



**DIEGO ZÚÑIGA**

**Racimo**



Lectulandia

Las desapariciones de varias niñas en Alto Hospicio, en el norte de Chile, a principios del siglo XXI desconciertan al protagonista de esta novela, el fotógrafo Torres Leiva, tanto como la turbia indiferencia de las autoridades al respecto. Rodeado, por motivos laborales, de políticos oportunistas, de policías inoperantes, de colegas de dudosa confiabilidad y de familiares desesperados y a veces heroicos, Torres Leiva se ve inmerso en un cuadro desolador, rudo como el desierto en que los hechos suceden, al tiempo que su propia vida da la impresión de estar cayéndose a pedazos. Escrita con fineza y precisión, *Racimo*, segunda novela de Diego Zúñiga, es una intriga llena de resonancias y escenas inolvidables que confirman a su autor como una de las voces jóvenes más sólidas y cautivantes de la narrativa chilena.

**Lectulandia**

Diego Zúñiga

**Racimo**

ePub r1.0

Titivillus 03-03-2018

Título original: *Racimo*  
Diego Zúñiga, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Lorena Amaro*

Por la carretera vacía  
como arteria de cadáver,  
algo rosado  
rueda con el viento:  
la pierna de una muñeca.

GONZALO MILLÁN

Estábamos muertos y podíamos respirar.

PAUL CELAN

# I

Un cuerpo a un costado de la carretera: una silueta, el pelo largo hasta la cintura, una mochila, un jumper, los focos del auto que la iluminan en medio del desierto, de la noche.

Un cuerpo a un costado de la carretera, una niña haciendo dedo, la neblina que la empieza a cubrir, las luces del auto iluminándola por unos segundos antes de que desaparezca en medio de la oscuridad.

Entonces frena.

Torres Leiva detiene el auto, mira el espejo retrovisor, no se ve nada. A lo lejos, frente a él, otras luces, un camión, el suelo que retumba, la silueta vuelve a aparecer en el espejo retrovisor, está ahí, a un costado de la carretera y ahora avanza hacia el auto de Torres Leiva. Lo hace sin mucha prisa, con su mochila al hombro, ya nada la ilumina, pues el camión se ha perdido en la noche.

Son pasadas las seis de la mañana, está empezando a bajar la neblina cuando ella abre la puerta del acompañante y le pregunta si puede encaminarla hasta donde él llegue.

Hace un par de horas, cuando recién comenzaba a atravesar el desierto, Torres Leiva detuvo el auto, agarró su cámara fotográfica y se bajó. Sintió, entonces, el frío. Sintió, también, una libertad inexplicable: la facilidad de caminar y desaparecer en la oscuridad, mirar el cielo negro, apuntarlo con la cámara, cambiar tal vez el lente, buscar algo sin saber muy bien qué.

Ahora ella lo mira en silencio. Está esperando que le responda, que le diga que se suba al auto, que claro, que la llevará hasta donde pueda. Pero Torres Leiva no dice nada. Son solo unos segundos, pero no habla; siente el frío, eso sí, siente cómo un viento se mete al auto.

Sube, le dice finalmente, y ella le hace caso y ahora está sentada a su lado, con la mochila en los pies, mirando la carretera. Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y cierra los ojos. Él escucha su respiración, la mira de vez en cuando, pero intenta mantener la vista fija en el camino.

Usted tiene un problema, dice, de pronto, ella: un problema grande.

Torres Leiva no responde nada, ella sigue con los ojos cerrados.

Yo también tengo un problema, pero no es tan grande.

¿Y cuál es mi problema?, pregunta él.

Son varios, dice ella rápidamente, pero yo creo que usted lo sabe todo. Hoy día tengo prueba de inglés. Debo aprenderme los verbos irregulares.

Saca un cuaderno de su mochila.

¿En qué curso vas?

Debería haber pasado a primero medio, responde ella y lee en voz alta algunos de los verbos irregulares que tiene anotados.

¿Y te gusta el inglés?

Me da lo mismo, pero mi mamá dice que es importante.

Tu mamá tiene razón, dice él, pero ella hace como que no lo escucha y sigue leyendo.

Comienza a amanecer. Él le pregunta dónde queda su colegio y ella le dice que cerca de Alto Hospicio. Después no le dice nada más. Baja la voz y sigue leyendo: pronuncia una palabra, cierra los ojos, los abre.

Él le pregunta si todos los días hace lo mismo, si todos los días tiene que salir a la carretera y esperar a que alguien la lleve, pero ella le responde cualquier cosa, le pregunta si sabe cuál es el pasado simple de olvidar, y también el pasado simple de entender, pero él no recuerda esas cosas. En realidad nunca aprendió inglés en el colegio ni en ninguna parte, así que no la puede ayudar.

Yo una vez vi nevar, dice ella, aquí mismo, todo blanco, todo, los granizos, la tormenta, caían pedazos de hielo.

Aquí no puede nevar, dice él con seguridad.

Yo lo vi en mi casa, todo lleno de nieve, todo esto blanco, dice ella y apunta hacia los cerros, allá al fondo, casi al final del desierto.

Torres Leiva conduce sin desviar la vista de la carretera; intenta imaginar el desierto blanco, lleno de nieve, pero no lo consigue.

A lo lejos se ve Pozo Almonte: esas casas en mitad del desierto, esa plaza, esos tamarugos. Están muy cerca de llegar a Iquique y ella aún no le dice adónde va; se ha quedado dormida, con el cuaderno encima de su pecho, mientras él conduce.

Una vez, cuando chico, recuerda ahora, vino al norte con su mamá. No tiene claro el año, pero sí sabe que su papá ya no vivía con ellos, que su hermano se había ido a México y que entonces pasaba mucho rato con su madre, acompañándola. Eran los tiempos, recuerda ahora mientras el cielo va cambiando de color y la niña ronca despacio a su lado, en que su padre ya se había ido a vivir con Teresa y los visitaba solo a fin de mes para dejar algo de dinero y luego volver a su casa. Fue entonces cuando su madre, un día, le dijo que tenía ganas de hacer un viaje con él en auto al norte. Torres Leiva pensó en un principio que era una broma, porque a su madre le gustaba hacer ese tipo de bromas: decir algo que nadie espera, decir algo incómodo, mirar las caras de desconcierto, de pregunta, y luego explicar el chiste y reírse. Decir, por ejemplo, quiero viajar al norte, quiero que le pidas a tu papá que te preste el auto porque voy a ir a Iquique a ver a una amiga. Decir eso, quedarse en silencio, demorar la explicación y reírse. Pero no, no hubo broma esa vez. Esa vez todo fue en serio.

Así que viajaron. A pesar de que el doctor le dijo a ella que era peligroso, a pesar de que su padre no les quiso pasar el auto y Torres Leiva tuvo que pedirle a su tío que les prestara el Fiat 600, a pesar de todo, partieron al norte una mañana de invierno,

cuando en Santiago se cumplían tres días de lluvias torrenciales y una niña había sido tragada por el río Mapocho, que se negaba a devolver el cuerpo.

Atravesaron el desierto de Atacama en ese Fiat 600 en el que su tío lo llevó muchas veces, junto a sus dos primos, a pasear por Santiago, a recorrer el Cajón del Maipo, a atravesar la ciudad desde Maipú hasta Las Condes. En ese mismo auto verde, pequeño, sucio, su madre condujo los casi dos mil kilómetros que separan a Santiago de Iquique, tarareando canciones de Umberto Tozzi y Niño Bravo durante todo el camino, mientras él iba en silencio, mirando el paisaje, las nubes, el desierto, los colores que cambian cuando llega la noche.

No recuerda si se detuvieron en algún punto a dormir. Sabe que bajaron en distintos servicentros, de noche, de día, al atardecer. Sabe que ahí compraron bebidas y papas fritas y unos Chubi que lo acompañaron hasta llegar a Iquique, pero no está seguro de que se hayan detenido a dormir en algún momento del viaje. Piensa en su madre. En ella conduciendo casi dos mil kilómetros, sin dormir, para ver a esa amiga que vivía en un edificio desde donde se escuchaban las olas golpeando en las rocas, casi al lado del mar, durante toda la noche, porque ahí, en ese departamento con olor a pichí de gato, recuerda Torres Leiva, sí durmió varios días. Quizá fueron dos o tres semanas, el tiempo que duró su estadía en Iquique, hasta que su madre empeoró y tuvieron que trasladarla en avión a Santiago.

Atravesar, ayer como hoy, el desierto sin dormir, rápido, ver la noche y ver el día y descansar, quizá, por un par de horas a un costado de la carretera, como los camioneros, que no distinguen la vida de los sueños, sino que solo conducen rápido, sin pensar que en esa pequeña línea que separa todo está la muerte esperando. Y aquí está la carretera y aquí está él, desviándose hacia Iquique y preguntándole a la niña dónde se bajará, cuando ocurre todo. Así. De golpe. Rápido.

Verla ahí, al borde de la carretera. Son solo unos segundos, el tiempo suficiente para darse cuenta de que es una niña, que está haciendo dedo, que tiene el pelo largo, desordenado, hasta la cintura, y que lleva un traje negro, que puede ser un jumper o una chaqueta, no alcanza a distinguirlo, la han dejado atrás, porque solo fueron unos segundos los que desvió la mirada de la carretera y la vio ahí, en la berma, haciendo dedo.

Déjame donde puedas, le dice la niña que está a su lado y él mira el espejo retrovisor y la ve caer lentamente, como si fuera una muñeca que se desarma.

Entonces frena.

Mira a la niña que está a su lado, vuelve a mirar el espejo retrovisor y baja del auto.

Camina rápido. Un par de camionetas le tocan la bocina, ninguna se detiene, simplemente disminuyen un poco la velocidad y luego siguen.

Camina rápido pero ya no lo ve bien: es solo un bulto a un costado de la carretera. Torres Leiva respira con dificultad. Camina. El sol golpea con dureza. Él transpira, jadea, no entiende por qué: son recién pasadas las siete de la mañana, pero ya el calor

es insoportable. Siente cómo los rayos del sol se pegan en el cuerpo y difuminan el paisaje, ese desierto que lo rodea, que lo abruma.

Respira con dificultad, pero ahora sí ve claramente el bulto tirado en la berma: es un perro grande, negro, jadea. Ambos respiran con dificultad. El perro es incapaz de moverse. Tiene una herida en una de sus patas. Torres Leiva mira hacia todos lados, busca a la niña, busca ese pelo largo hasta la cintura, ese jumper, ese rostro que alcanzó a ver por unos segundos mientras conducía. La busca, pero es inútil. La respiración del perro lo distrae. Se agacha para acariciarlo, pero el gruñido lo espanta. Es inútil. Mira, nuevamente, hacia todos lados. Se pone de pie. Busca a la niña, sabe que la vio caerse, pero no está. Mira hacia el auto y se da cuenta de que la otra se ha bajado y lo está observando.

El perro empieza a moverse, se arrastra hacia la tierra. Torres Leiva intenta acariciarlo una vez más, pero no sirve de nada. El animal jadea, gruñe hasta que se queda, lentamente, en silencio. Entiende, entonces, que debe volver al auto. Ya van a ser más de diecisiete horas conduciendo. Se aleja del perro sin dejar de mirarlo. Camina hacia atrás dando pasos torpes, son solo unos metros hasta llegar al auto, pero no quiere bajar la guardia. El perro es grande. Retrocede. El sol golpea con fuerza. El cielo está casi transparente. Llega al auto. Se apoya en el maletero. Cierra los ojos por unos segundos que se alargan hasta que siente sus rodillas doblarse. Abre los ojos. El perro ha vuelto a ser un bulto al lado del camino. Torres Leiva se da media vuelta y cuando va a subirse al auto la ve: una silueta que camina en el desierto, ya lejos de la carretera. La puerta del copiloto está abierta. Torres Leiva piensa en correr, en preguntarle adónde va, pero no hace nada. Simplemente se queda ahí, viendo cómo la niña se aleja, cómo desaparece en medio del desierto.

Es la resaca del sueño, una bomba que late en la cabeza. Torres Leiva no puede moverse, no quiere abrir los ojos, pero ya está despierto. Oscureció hace un rato, pero el calor todavía está ahí, en su cabeza, en la bomba, en las sábanas húmedas de la cama donde dormirá desde ahora en adelante.

La pieza no es muy grande: caben una cama —de plaza y media—, un velador, una lámpara pequeña, un mueble que podríamos llamar clóset, en el que se pueden colgar un par de camisas y pantalones. Una ventana da al patio interior de la residencial. Una ventana por la que se ve el cerro y, en él, un reloj gigante que marca, en este momento, las 23:37.

No ha comido desde la mañana, cuando entró a la residencial y el dueño le ofreció una taza de café y un sándwich.

Ahí, sentados a la mesa, Torres Leiva escuchó al hombre —cabeza blanca, moreno, ya mayor— hablar sobre Iquique, sobre la grandeza de un pueblo que ha perdido el rumbo por culpa de la iglesia católica y de los políticos.

Torres Leiva no hizo comentarios. Se mantuvo callado, asintió un par de veces,

evitó hablar hasta que el hombre le dijo que tenía que ir a hacer unas compras, que no se preocupara, que quedaba como en casa.

¿Cuántos días va a estar?, le preguntó mientras se levantaba de la silla y buscaba su bastón.

Varios meses, creo.

Los que usted quiera —le dijo y le tendió la mano—. Bienvenido a mi hogar. No se olvide: Mario Cáceres es mi nombre. Cualquier cosa que necesite, me busca aquí, en el primer piso.

Muchas gracias, don Mario.

El hombre se puso de pie y se retiró.

Ahora Torres Leiva piensa en las formas de combatir el dolor de cabeza. Se levanta, enciende la luz y busca en su mochila alguna pastilla; no hay nada. Papeles, puros papeles y rollos fotográficos.

Debería llamar a Santiago, pero no lo va a hacer todavía. Se vuelve a acostar, aunque esta vez saca las frazadas y el cobertor, solo deja las sábanas. Cierra los ojos.

Escucha el sonido de unos dedos golpeando la ventana. Primero es el sonido del vidrio, después el sonido de la madera. Cada vez más fuerte.

Psst, amigo.

Torres Leiva abre los ojos. Tras las cortinas, una sombra.

Psst, amigo.

Se levanta.

¿Quién es?

Hola, amigo. Aquí, de la pieza 7. ¿Tiene un cigarrito que me convide?

No fumo.

¿Y sabe si el de la pieza 4 fuma?

Recién llegué, dice y se disculpa.

Está bien, jefe, no lo molesto más. Buenas noches.

La sombra desaparece. Torres Leiva se queda mirando su maleta. Mira, también, el bolso de su cámara fotográfica. Lo guarda debajo de la cama. Se asegura de que la puerta tenga puesto el pestillo. Apaga la luz. Escucha unas risas y el sonido de un televisor; la voz de un hombre comentando un partido de fútbol. Las risas.

Se vuelve a acostar.

El dolor de cabeza no se acaba nunca.

Cierra los ojos.

La bomba sigue latiendo.

Se duerme.

Lo primero que le dicen es que llora sangre. Que desde hace varias semanas, todos los martes al mediodía, la virgen de la iglesia de Pozo Almonte llora sangre, mientras los fieles se arrodillan ante ella y le imploran a Dios, con gritos, que ayude a la

virgencita a contener tanto dolor.

La imagen que le piden a Torres Leiva, entonces, encierra ese color oscuro, rojo, denso, de las lágrimas de la virgen. El pueblo en medio del desierto. La sangre y los feligreses. Y, de alguna forma, también los gritos. No se lo dicen así, pero el editor es claro en esa idea de que la imagen, esta vez, lo será todo. Da lo mismo el periodista, sus palabras, su deseo de narrar lo que observe. Esta vez lo importante eres tú y lo que traigas ahí, le dice el editor y apunta a la cámara con su dedo índice y lo deja solo, en esa sala de redacción de *La Estrella*, donde no conoce a nadie.

Los periodistas y fotógrafos se mueven. Salen de las distintas reuniones de pauta que han tenido. No es un equipo muy grande, pero trabaja con mucho orden, o eso le parece a Torres Leiva. Es 11 de septiembre, sin embargo no cubrirán ninguna pauta en especial. Se cumplen 28 años, pero el editor general dijo que harían una nota breve, no más. Y si llegaba a ocurrir algo importante en Santiago, pues conseguirían información desde allá y listo, una nota rápida, pero no podían detenerse en eso. Necesitaban buscar otras noticias, eso dijo.

Entre medio del trajín, entonces, aparece el hombre que lo acompañará a reportear a Pozo Almonte.

Yo soy García, le dice el periodista.

Se saludan. Torres Leiva le dice su nombre de pila, pero luego le explica que mejor lo llame por su apellido, que siempre le han dicho así, Torres Leiva, y le da la mano. El saludo de García es firme, varonil, quizás en exceso. Mide casi veinte centímetros menos que Torres Leiva. Lleva un traje café claro, una corbata celeste, unos zapatos negros impecablemente lustrados. El pelo negro, con mucho gel, peinado hacia el lado izquierdo, perfecto.

Hay que llamar a un móvil, dice García, pero antes de que agarre el teléfono Torres Leiva le explica que él anda en auto y que no tiene problema en conducir.

Y ahora, entonces, nuevamente está arriba del auto, recorriendo la misma carretera por donde llegó. Sube los cerros llenos de curvas mientras García sintoniza en la radio una estación de noticias. Casi no habla. Torres Leiva lo agradece. La única voz que se escucha es la del locutor, que está informando sobre una reunión en La Moneda del presidente Lagos con sus ministros, quienes luego participarán en las distintas actividades para conmemorar el 11 de septiembre.

Una fecha complicada, como ustedes saben, pero hasta ahora no se ha registrado ningún incidente, dice el locutor y luego cambia de tema: anuncia un frente de mal tiempo que azotará a Santiago y al sur del país, un frente que se extenderá durante toda la semana, con lluvias y temperaturas bajo cero.

Eso sí, no se esperan precipitaciones para las fiestas patrias, dice contento el locutor, así que van a poder celebrar tranquilos y sequitos.

Comerciales y después una canción.

Torres Leiva sabe que tiene que hablar, al menos por cortesía, que probablemente debería preguntar esa serie de formalidades que toda relación laboral exige al

comienzo, pero se resiste. Conduce con la vista fija en la carretera, concentradísimo. Piensa en la imagen que le pidió el editor. La virgen y esas lágrimas de sangre. Es imposible. No va a conseguirla. Está seguro de eso, pero no puede hacer nada. Qué más da, piensa ahora y antes de que tenga que empezar a hablar, antes de que el silencio se vuelva horrorosamente incómodo, García le pregunta si conoce esa canción sobre la Virgen del Carmen, si alguna vez escuchó esa canción donde la gente le ruega por los pecadores del norte, dice García y tararea una melodía que Torres Leiva nunca ha escuchado en su vida, pero le dice que sí, que cree haberla oído alguna vez, que fue quizás en La Tirana, cuando visitó el lugar hace varios años, quizá fue ahí, dice Torres Leiva y García, de forma intempestiva, le explica que todo eso es una tontera, que toda esa fiesta pagana es una herejía absoluta.

Un escándalo, dice García, porque Jehová, que está en los cielos, les dijo a sus apóstoles que solo podían venerarlo a él, a nadie más, ¿entiendes? ¿Sabes eso, cierto?

Las curvas, a ratos, se vuelven difíciles de tomar. Hay que bajar la velocidad, no desconcentrarse nunca, así que Torres Leiva se toma todo el tiempo del mundo para responder. En realidad piensa si es correcto decirle que él tampoco cree en la virgen ni en las fiestas ni menos en Jehová ni en Dios ni en nadie.

Sí, es raro, dice finalmente.

Se hace un silencio demasiado largo, demasiado pesado que García entiende, cree Torres Leiva, como el instante preciso para insistir en el tema, para hablar de Jehová, de Babilonia la grande, de los falsos ídolos, del fin del mundo.

La culpa es de ellos, dice él, de la iglesia católica, de esa virgen, de esos santos.

En la radio, ahora, el locutor entrevista al director técnico de Deportes Iquique, quien promete que este año volverán a la primera división, que es la categoría que les corresponde y que nunca debieron perder, dice subiendo la voz. Luego se van a comerciales, pero antes el locutor anuncia que al regreso harán un contacto en directo con Santiago para saber si es que ya comenzaron los problemas en las calles de la capital.

Lo que pasa es que perdieron el rumbo, dice García, y Torres Leiva no sabe si está hablando de Deportes Iquique o de la iglesia o del director técnico o quizá de esas niñas que avanzan a un costado de la carretera, vestidas con uniforme escolar: un jumper, la camisa blanca, las calcetas blancas, los zapatos negros, llenos de polvo, el pelo largo que les llega hasta la cintura.

Atraviesan en este momento Alto Hospicio y ven las casas grises —a medio construir— en la mitad del desierto. Las casas de adobe, algunas de colores muy fuertes, chillones: verdes, amarillas, rojas, celestes. Algunas personas caminando por las calles de tierra, el polvo suspendido en el aire.

Cruzan rápido ese lugar. El sol subiendo hasta lo más alto para quedarse un buen rato ahí. La carretera casi despejada. Se ha perdido la señal de la radio.

Torres Leiva se queda pensando en esas niñas al borde de la carretera, mientras García insiste en el tema de la virgen, en lo pecaminosa que es aquella fiesta de La

Tirana, y los curas, dice, los curas que se roban la plata, que le roban a esa gente que todavía cree en ellos. Gente pobre, gente honrada pero lamentablemente perdida, dice García.

Al llegar al cruce con la ruta que los lleva a Pozo Almonte, finalmente decide cambiar de tema. O más bien se queda en silencio por unos segundos que no duran todo lo que quisiera Torres Leiva, porque ahora es el momento de las preguntas personales: de dónde es, por qué se vino a Iquique, qué hacía antes, qué está haciendo ahí, arriba de un auto, rumbo a un pueblo donde tiene que fotografiar a una virgen que llora sangre.

Entonces Torres Leiva le inventa una historia. Otra vida. Nada muy elaborado, todo bien rápido, los trazos gruesos: un trabajo en un diario santiaguino, un departamento de soltero, algunas novias, distintos proyectos que nunca llegaron a concretarse y el presente como un lugar más bien dudoso, no hay certezas, ninguna, había que probar, por eso estoy aquí, le dice Torres Leiva, porque quería probar otras cosas.

Parece que la respuesta es convincente.

García no vuelve a preguntar. Lo mira y le sonríe. Quizás espera que ahora sea él quien haga las preguntas. En realidad Torres Leiva está seguro de que García quiere contarle quién es, pero ya se ve desde ahí Pozo Almonte y siente que ahora solo deben hablar de trabajo, que es el momento de preguntarle si él cree que podrán ver a esa virgen llorar sangre, si conoce a alguien que alguna vez la haya visto.

García se ríe, una mueca extraña, una sonrisa incompleta que Torres Leiva no sabe muy bien cómo interpretar. Solo entiende que es mejor quedarse callado en ese último tramo del viaje. La carretera despejada. El pueblo a unos pocos kilómetros. Las casas grises, la plaza vacía, la gente durmiendo, algunos árboles llenos de tierra, el sol arriba y ese cielo casi transparente, grande, abierto. Ahí está Pozo Almonte como un error, en medio del desierto, a un costado de la carretera que ellos abandonan para buscar la iglesia. Tienen que ir donde el cura para ver a qué hora comenzarán las oraciones frente a la virgen. Deben aprovechar ese momento para tomar las fotos y que García pueda entrevistarlos. Se supone que va a hablar. Al menos eso les dijo el editor, que el cura desde hace rato quiere hablar, pues siente que aquel milagro debe compartirse con los demás creyentes, un milagro que va a traspasar las fronteras.

Lo que quieren acá es hacerse famosos, dice García cuando estacionan frente a la iglesia. Abre la puerta y le dice a Torres Leiva que él hablará primero, que no se preocupe, que esto será rápido, porque Jehová siempre lo acompaña en su trabajo.

No le voy a contar, eso sí, que no creo en la virgen, le explica García mientras se mira en el espejo del costado y se arregla el nudo de la corbata. Tú tampoco digas nada, le dice a Torres Leiva y camina hacia la iglesia, una construcción modesta, de madera. Las puertas están cerradas, así que avanza hacia un costado, donde está la oficina del sacerdote. Golpea pero nadie le abre. Golpea de nuevo con más fuerza.

Torres Leiva se baja del auto, agarra su bolso con la cámara fotográfica y le dice que se calme, que quizá el cura está durmiendo y que mejor vayan a dar una vuelta.

Dejan el auto estacionado frente a la iglesia y caminan hacia la plaza. Hay unos perros acostados dentro de una pileta sin agua que les empiezan a ladrar. Parecen galgos. No hay nadie más. Son pasadas las nueve de la mañana y esa plaza está completamente vacía. A lo lejos se alcanza a oír el rumor de los autos avanzando por la carretera. Los perros negros, vagos, no dejan de ladrar y García se asusta. Le dice a Torres Leiva que mejor vuelvan al auto, pero este no lo alcanza a escuchar, no, agarra la cámara y dispara. Se pone en cuclillas y no deja de sacarles fotos a los perros que siguen ladrando, esta vez con más fuerza, sin abandonar la pileta celeste, que en realidad tiene una tonalidad verdosa, llena de basura y ramas.

¿Qué estás haciendo?

Torres Leiva deja de tomar fotos, guarda la cámara en su bolso y le dice que camine rápido, que los perros no van a salir de ahí, pero que aun así es mejor apurar el paso. García avanza rápido. Cruzan la plaza y ven una botillería abierta. Torres Leiva mira su reloj: son recién las nueve y media de la mañana.

Preguntemos ahí si saben algo, dice García.

Una mujer atiende el negocio. Muchas botellas de cerveza Cristal y de Escudo y de Báltica. Unas garrafas. Dos refrigeradores blancos, llenos de calcomanías con el rostro de Cristo. Un televisor apagado. La mujer los mira y les pregunta qué quieren. Hay una puerta cerrada, tras la cual se escucha el llanto de un niño.

Buenos días, somos del diario y estamos acá por lo de la virgen, dice García de entrada.

¿Qué cosa de la virgen?, pregunta la mujer, rápido.

García, entonces, le explica, le da detalles, pero ella dice que no sabe nada.

¿Pero usted conoce al cura?

No sé nada yo, vuelve a decir la mujer y se queda mirando la entrada del lugar.

Gracias, que Jehová la acompañe, dice finalmente García y salen del lugar.

Los perros se han vuelto a dormir dentro de la pileta.

Voy a llamar a don Pedro, le voy a avisar que nos vamos a demorar un poco, dice García. Saca su celular, tiene varias llamadas perdidas, y se va caminando hacia donde estacionaron el auto. Torres Leiva piensa que debería llamar a Santiago para avisar que llegó bien, pero no tiene celular. Mira si hay algún locutorio, pero desde ahí no ve nada. Hay una banca afuera de la botillería. Deja su bolso con la cámara y se sienta. Mira el lugar. Piensa que quizá debería tomar algunas fotos de Pozo Almonte, pero se da cuenta de que no servirían: lo que necesita es a la virgen. A lo lejos ve a García gesticulando con la cara, moviendo los brazos.

La virgen llora por estas cosas, dice de pronto la mujer, váyanse, mejor.

Torres Leiva la observa un rato. Uno de sus ojos está cubierto por una delgada tela blanca, casi transparente. Antes no se había percatado de ese detalle.

Ella no va a llorar hasta que ustedes se vayan, dice y vuelve a entrar a la

botillería. Torres Leiva le va a decir algo, pero se da cuenta de que García camina hacia él. Viene rápido.

No me contesta don Pedro. Vamos a la iglesia.

Esperemos un poco. Tomémonos algo en esa fuente de soda, dice Torres Leiva e indica un lugar que está cruzando la plaza, un local con dos mesas afuera, algunas sillas, un toldo verde.

Estoy preocupado, esto no va a resultar.

Torres Leiva no lo escucha. Camina, con su bolso al hombro, hacia la fuente de soda. García lo sigue. Cruzan rápido la plaza, los perros duermen. Entran al local y se sientan al lado de la puerta. Los atiende una mujer mayor, el pelo blanco, las arrugas marcadas, camina con dificultad. Torres Leiva le pide un *schop*. García lo queda mirando.

Yo no quiero nada, dice y saca su celular. Vuelve a marcar el número del editor, pero nadie le contesta. La mujer vuelve con el *schop*. Tiene demasiada espuma. Torres Leiva da un sorbo largo. La mujer vuelve y deja un cenicero. Él no fuma. Parece que García tampoco, pues ni siquiera lo mira.

¿Usted sabe a qué hora abre la iglesia?, pregunta García.

Yo no voy a la iglesia, responde ella y los deja solos. El local está vacío. Hay un televisor apagado.

¿Qué vamos a hacer?, pregunta él. Torres Leiva levanta los hombros, bebe un poco más de cerveza y se pone a mirar a los perros, que siguen echados en la plaza. Realmente parecen galgos, un poco desnutridos, pero tienen esa misma forma aerodinámica, las patas largas, el pecho amplio, la mirada atenta.

García insiste con el celular. Ahora la línea suena ocupada. Se pone de pie y sale del lugar. Torres Leiva deja la cámara a un lado, también se pone de pie y camina por entre las mesas. Ve los calendarios que cuelgan de las paredes. Se queda pegado en uno con la imagen de Jesucristo sosteniendo a una mujer en sus brazos. De pronto, escucha una voz que habla en inglés. Se da vuelta y ve a la señora de cabeza blanca frente al televisor. Y ahí está la imagen: los aviones, los edificios. La mujer mira un momento la pantalla y cambia de canal, pero es lo mismo. Los edificios. Los aviones. El fuego. Torres Leiva se acerca al televisor. Le dice que no lo cambie, que deje ese canal: un hombre con chaqueta y corbata sostiene un maletín en su mano, mientras atrás el humo parece que se lo va a tragar. Luego cambia el canal y vuelven los edificios, los aviones, el fuego. La imagen una y otra vez y el relato de la periodista norteamericana de la cadena CNN, quien no se cansa de mover su cabeza de izquierda a derecha y tocarse el pelo.

La mujer le pregunta si entiende qué es lo que está pasando. Él no dice nada. De pronto escuchan el sonido de unas campanas y el ladrido de los perros. El hombre del maletín entre medio de los escombros. Las campanas que suenan muy fuerte. Los ladridos.

Torres Leiva se da media vuelta y va a buscar a García. Agarra el bolso con la

cámara, sale del lugar, no lo ve por ninguna parte. Ve, eso sí, a los galgos ladrando con fuerza, mientras forman un círculo. Ve el polvo suspendido en el aire. Las campanas. El sonido de las campanas de la iglesia que no se acaba nunca. Ve un bulto ahí, en el piso. Los perros lo muerden, lo zamarrean, lo arrastran por la tierra. Torres Leiva se queda quieto mirando la escena. Agarra su cámara, pero no alcanza a preparar nada porque aparece García, gritándole. Sus zapatos llenos de tierra. El celular en la mano.

Se acabó, dice, Babilonia la grande ha llegado. Tenemos que volver rápido.

Caminan. Las campanas ya no suenan. Las puertas de la iglesia siguen cerradas. Eso alcanza a ver Torres Leiva antes de abrir la puerta del auto. García se sube rápido. Torres Leiva mira, por última vez, la iglesia. No va a llegar con la imagen de la virgen.

Vamos, dice García, se acabó.

Torres Leiva abre el maletero del auto, deja el bolso con la cámara y, cuando va a cerrar, escucha un ruido. Mira hacia la iglesia: al costado hay una puerta abierta. Saca la cámara del bolso y camina. García le grita, pero Torres Leiva camina rápido, se asoma por la puerta y lo ve: un hombre acostado en el suelo, con los brazos extendidos en forma de cruz. El hombre dice algo que Torres Leiva no alcanza a descifrar, un idioma extraño, palabras que nunca ha oído. Se acerca lentamente, mientras el hombre sigue tendido, hablando y levantando la cabeza para mirar a la virgen que lo contempla. Y llora. Lloro la virgen y llora el hombre tendido en el suelo. La cara manchada de sangre y el sollozo entremezclado con las palabras indescifrables. Todo está oscuro. Torres Leiva necesita sacar la foto. Apunta, enfoca, dispara una, dos, tres veces, pero no consigue la imagen. Necesita más luz. Necesita acercarse más. Necesita esa foto. La historia. El llanto de la virgen por esas personas, por el mundo, por todos.

Sale de la iglesia y va a buscar un lente de la cámara que dejó en el bolso. García lo queda mirando. Antes de que hable, Torres Leiva le dice que la virgen está llorando sangre, que es verdad, que hay que sacar la foto. Pero García le dice, casi gritando, que se deje de hueviar y se suba al auto de una vez por todas.

Torres Leiva agarra el bolso y le obedece.

Durante el viaje no habla. García tampoco hasta que le dice que esto es por culpa de la virgen, de los católicos, de todos esos hombres que se han alejado de Jehová. Un discurso que se acaba de golpe cuando ven en la carretera a una niña haciendo dedo. Todo es rápido. La dejan atrás. Torres Leiva frena y la queda mirando por el espejo retrovisor: la niña avanza hacia el auto, pero antes de llegar cae al suelo.

García se da media vuelta y la ve ahí, tirada a un lado de la carretera. Torres Leiva pone reversa. Retrocede un par de metros. Se bajan del auto.

La niña tiene un corte en la cabeza y el jumper del colegio lleno de tierra. Perdió la conciencia.

Entre sus piernas corre un hilo de sangre.

El hombre camina directo a la cámara, sin soltar en ningún momento el maletín. Torres Leiva no sabe su nombre, tampoco su edad ni qué hace ahí. Sin embargo, puede imaginar una historia, un nombre, incluso. Puede llamarse Jonathan, tener 46 años, casado, dos hijos, una vida más o menos feliz, una vida más o menos resuelta, que ese día casi se transforma en un infierno si no es porque salió de su casa un poco atrasado y esos minutos, esos pocos minutos, le permitieron estar ahí, en esa imagen, con una nube de humo a su espalda, avanzando entre escombros, mirando al suelo, sin soltar en ningún momento su maletín.

Los periodistas no son capaces de articular un relato, ni siquiera reparan en el hombre; hablan de otras cosas, tratan de dar cifras, de cuantificar el horror, pero no lo consiguen. Torres Leiva, en cambio, no despega la vista del hombre; intenta ver hacia dónde dirige la mirada, porque sabe que no es el suelo lo que mira, sino otra cosa. Puede ser el polvo o los escombros, los vidrios rotos que trata de esquivar a medida que avanza y la cámara no deja de filmarlo. Torres Leiva imagina que al lado de él las personas gritan y corren, sin saber qué está sucediendo. El descontrol que no se filma, pero que el hombre refleja en su caminar, el maletín bien agarrado y la vista fija en algo que, probablemente, lo explica todo.

Se escuchan unos gritos. Torres Leiva se da vuelta por unos segundos y ve entrar a unos paramédicos con una camilla. El niño grita con fuerza, llora, tiembla. En la rodilla tiene una herida que sangra mucho, pero que él no ve; tiene los ojos cerrados. Eso alcanza a ver Torres Leiva, los ojos cerrados, la sangre, una mujer que corre tras los paramédicos. Todo rápido, unos segundos, luego un silencio en esa sala de espera, un enfermero que detiene a la madre frente a las puertas que dan hacia ese pasillo al cual tampoco pudo acceder Torres Leiva.

Quédese acá, le dice el enfermero a la mujer, quien respira con dificultad, jadea.

Torres Leiva vuelve a mirar el televisor. Ya no está el hombre. Solo queda el humo y las imágenes de los aviones y las torres desmoronándose. A su lado, una señora lee una Biblia de tapa negra, y cada vez que va a dar vuelta una página, cierra los ojos, junta las manos y dice algo que él no alcanza a escuchar. Es un murmullo antes de seguir leyendo. Al parecer es un capítulo del Nuevo Testamento, alguna carta de San Pablo en la que habla de la esperanza. Torres Leiva alcanza a ver escrita esa palabra. También cierra los ojos, pero no tiene nada que murmurar.

Yo creo que se va a morir, dice la mujer en voz alta mientras mira la pantalla. Después nos va a tocar a nosotros, hijo. A ti, a mí, a todas estas personas. Mira la tele, mira esa gente gritando. Él se va a morir y yo no sé qué voy a hacer.

Señora..., le dice un joven que está sentado al lado de ella.

Todos, todos nos vamos a morir. Tú también, todos, dice ella y guarda la Biblia en su cartera. Se pone de pie y se va, lentamente.

Torres Leiva se sienta. Deja el bolso de su cámara en el piso, entre medio de sus piernas. Tiene los zapatos llenos de tierra. Piensa en cómo habrá reaccionado el editor

al escuchar a García explicándole todo. Lo imagina entrando a la oficina, nervioso, tratando de contar la historia y no consiguiendo armar bien el relato, porque las palabras se tropiezan y la virgen se confunde con la niña, en mitad de la carretera, la sangre, las lágrimas, los aviones, el regreso a Iquique lo más rápido posible, el hospital, las explicaciones que nadie supo darles a los enfermeros y García que le insistió que se quedara ahí, que cuidara a la niña, que no se moviera de Urgencia y que no le dijera nada a nadie, que no diera detalles de cómo la encontraron, pero que estuviera tranquilo, porque él le explicaría todo al editor. Aunque quizás al editor le da todo lo mismo, piensa Torres Leiva, debe estar preocupado por quién va a ser el que cuente la historia de los aviones y cómo eso afecta a Iquique, alguien debe salir a reportear y ver cómo se arma esa nota con las voces de los iquiqueños y de los inmigrantes que trabajan en la Zofri.

Mira el bolso donde está su cámara fotográfica. Lleva varios años conviviendo con esa Canon T90. Se la regalaron para su cumpleaños número veinticuatro. Una fiesta sorpresa. Llegaron Lucía y sus amigos y le entregaron esa caja envuelta en un papel de regalo negro con blanco. Eran, en realidad, los amigos de Lucía, y eso nunca cambió. Se habían conocido en la universidad, algunos también eran compañeros de ella desde el colegio, todos se ubicaban: los amigos profesionales, la vida acomodada llena de viajes inesperados, importantes, que él y Lucía nunca pudieron hacer. Los temas de conversación: las familias, el éxito por sobre todas las cosas. No sabe, en realidad, por qué le hicieron esa fiesta sorpresa ni por qué le regalaron esa cámara, aunque tampoco quiere averiguarlo. Sabe, eso sí, que tiene que llamar a Santiago y preguntar por Matías. Para ese cumpleaños él todavía no había nacido, pero sí Antonia. Tenía más de cuatro años, estaba aprendiendo a leer cuando fue el accidente. No sabe cómo aguantaron tanto con Lucía, tampoco quiere elucubrar nada ahora. Matías nació poco tiempo después del accidente y resultó ser un pequeño respiro. Sin embargo, no duró mucho. Volvieron las peleas, las recriminaciones. ¿Qué se hace con eso? Ahora nada, piensa. Tiene que llamar a Matías, pero no se puede mover de ahí hasta que aparezca algún doctor que le explique cómo está la niña, si ya despertó, si ya está todo bien.

Pero el doctor no viene. Aparecen más pacientes: un muchacho que pide ayuda porque su madre se va a desmayar; un niño que tiene la mirada perdida y está pálido, casi como un fantasma; una mujer que está a su lado y que mira el pasillo por donde debe venir la enfermera para decirle que es su turno, que ahora sí, que el doctor la atenderá y que todo va a estar bien.

Pero no viene nadie.

Torres Leiva se pone de pie, agarra el bolso con la cámara y camina hacia el teléfono público que está a la entrada de Urgencia.

Marca un número, espera unos segundos, escucha una voz, cuelga.

El ejercicio lo va a repetir tres veces hasta que esa voz, de mujer, le pregunte si está todo bien, si el viaje no fue tan duro, si vio lo de los aviones en la televisión.

¿Alejandro? ¿Estás ahí?

Sí.

¿Viste lo de los aviones?

Sí, ¿dónde está Matías?

En el colegio, todavía no sale.

Pero a lo mejor suspendieron las clases.

No seas exagerado. ¿Llegaste bien?

Yo creo que suspendieron las clases, mira, está la cagada, dice Torres Leiva mientras ve en el televisor a un grupo de mujeres que corre por las calles de Nueva York, entre medio de los edificios, el polvo, las sirenas. Corren y lloran y gritan, aunque eso no lo alcanza a escuchar.

No, te digo que no. Llamé y salen a la hora de siempre.

Cuida a Matías. Lo llamo más tarde.

Torres Leiva cuelga el teléfono y se vuelve a sentar, pero esta vez no es por mucho rato: aparecen dos hombres que se presentan y le dicen que son carabineros, que necesitan hablar con él un momento, pero en otro lugar.

Acompáñenos, por favor, le dice el que lleva los lentes oscuros y unos *jeans* nuevos, azules, impecables.

Solo son un par de preguntas, le dice el otro, el que lleva un pantalón *beige* y los zapatos negros, como de colegio.

Torres Leiva agarra su cámara y los sigue hacia una oficina que está al lado del mesón de Urgencia. Entran, el de los lentes cierra la puerta y le dice que tome asiento, por favor.

Yo soy el suboficial mayor Ernesto Contreras y él es el suboficial Pedro Vega, dice el hombre de lentes. Ambos se mantienen de pie.

Nos llamaron del hospital porque nos dijeron que usted encontró a una niña en el desierto.

¿Nos puede contar cómo sucedió todo?, pregunta Vega.

La oficina es un cubo blanco, sin ventanas, una mesa al centro, cuatro sillas, la puerta, nada más.

Tengo entendido que usted iba en un auto junto a otra persona, y que en mitad del camino encontraron a la niña. ¿Es correcta esta información?

Sí.

¿Dónde está esa otra persona?, pregunta Contreras.

Se fue a su trabajo.

¿La niña estaba inconsciente cuando la encontraron? ¿Alcanzó a hablar con ella?, pregunta Vega.

La encontramos y se desmayó y nos vinimos al hospital, dice Torres Leiva.

Los carabineros se miran entre ellos. Aún no se sientan. Tampoco lo van a hacer. Solo hacen un par de preguntas más y le dicen a Torres Leiva que queda citado al segundo juzgado de policía local.

¿Cómo se llama la persona con la que venía?, preguntan finalmente.

Torres Leiva se queda unos segundos —quizás son demasiados segundos— en silencio antes de decir: no sé.

Los carabineros lo miran extrañados, pero no alcanzan a decir nada más porque un enfermero golpea la puerta y les dice que el doctor necesita hablar con ellos.

La conversación es rápida y breve: la niña está en coma, tiene un TEC cerrado, todo indica que ha sido abusada, el pronóstico es reservado, dice el doctor en ese orden: el coma, el TEC cerrado, el abuso, el pronóstico reservado y luego pregunta, sin dirigirse a nadie en específico: ¿qué edad tiene la niña?

Ninguno, por supuesto, es capaz de responder. Se miran y, finalmente, el suboficial mayor Ernesto Contreras le explica al doctor que no saben nada de la niña, que no son parientes sino dos carabineros.

Él fue el que la encontró, dice indicando a Torres Leiva.

¿Alcanzó a hablar con la niña?, le pregunta el doctor.

No.

Necesitamos contactar a algún familiar.

No se preocupe de eso, nosotros vamos a empezar una investigación, dice Contreras, así que estaremos comunicándonos. Por favor manténgame al tanto de todo lo que ocurra.

Le pasa una tarjeta al doctor y otra a Torres Leiva y sale de la oficina, rápido, junto a Vega. El doctor los sigue. Torres Leiva se queda solo, en esa habitación. Mira la tarjeta: aparece el nombre de una mujer. Una vendedora de seguros. No entiende nada. Agarra su bolso y también sale del lugar. Arriba del auto, mientras conduce hacia el diario, se acuerda de que en el asiento trasero está la mochila de la niña.

La niña se llama Ximena, tiene catorce años, cursa el primero medio B en el liceo Pedro Prado de Alto Hospicio.

Los datos los lee, Torres Leiva, en el cuaderno de Matemáticas y se repiten en el de Ciencias Naturales y en el de Artes Plásticas. Solo en el de Música el dato de la edad es distinto: doce años. En ninguno, eso sí, logra encontrar algún teléfono o dirección.

Pasará toda la hora de almuerzo hojeando esos cuadernos, buscando algo que, en realidad, no sabe muy bien qué es. Pero verá los ejercicios de fracciones, verá los dibujos de unas plantas al lado de la palabra fotosíntesis, verá una lista con los verbos irregulares en inglés y verá, también, unas notas para tocar una canción de Violeta Parra en flauta: «Run Run se fue pal norte».

La oficina del diario está casi vacía. Todos se fueron a almorzar, aún no vuelve el editor ni tampoco García. Torres Leiva está sentado en la sala de reuniones mirando los cuadernos. Sigue hojeándolos. En el de Artes Plásticas hay muchos dibujos que muestran el desierto bajo un cielo de distintos colores: el cielo negro, el cielo rojo, el

cielo azul medio violeta, el cielo blanco, también. El desierto, eso sí, siempre es lo mismo: una mancha café claro.

Hay otros dibujos en los que el desierto se cambia por el mar: una mancha azul oscuro y el cielo celeste, blanco, rojo, naranja y a veces, solo a veces, el sol.

En la mochila no hay nada más.

Torres Leiva agarra su cámara y le empieza a sacar fotos a los cuadernos. También a los dibujos, al desierto, al mar, a los cielos que cambian de colores. Saca fotos mientras espera que vuelvan sus compañeros. Piensa en las fotos de la virgen que debe revelar, en el hombre tirado en el piso, en las lágrimas, en el viaje de vuelta. Piensa qué le habrá contado García al editor, si le habrá dicho que él no tiene nada que ver, que la niña apareció de pronto y solo atinaron a llevarla al hospital.

Piensa en cómo hubiera sido sacarle fotos a ella ahí, tirada a un lado de la carretera. Esa imagen se repite y se va a repetir por mucho tiempo en su cabeza. No la compartirá con nadie. Estará guardada en ese lugar donde Torres Leiva acumula imágenes que ve y que piensa que algún día podrá fotografiar. Imágenes que en un momento lo hacen dudar de si realmente las vio. Recuerda una, sobre todo: su madre y su padre, una playa, el sol que empezaba a esconderse, ellos en la orilla. Una playa sin nombre en un lugar sin nombre. Solo ellos tres, un quitasol, un bolso, las toallas, una pelota de fútbol, el mar tranquilo como una piscina, eso pensó él: una piscina enorme para ellos tres. No sabe qué edad tenía, pero piensa que era un niño por sus padres, porque estaban ahí, en la orilla, juntos, entrando al mar. Ahora piensa que la luz era perfecta, que si hubiese tomado esa foto, la imagen tendría la luz precisa, media anaranjada, como de otra época: ellos jóvenes entrando al mar. Primero caminan hasta que el agua les llega más arriba de la cintura; entonces deben nadar. Él se queda en la orilla. Los observa. El sol se esconde. Sus padres vuelven cuando el cielo está profundamente rojo, minutos antes de volverse azul y luego negro.

No existe esa foto. Tampoco sabe si existió alguna vez esa tarde y esa playa, pero todo está guardado, intacto.

Empiezan a volver los periodistas. Aparecen, en la sala, un hombre y una mujer. Ambos llevan chaquetas azules. Se quedan mirando con Torres Leiva.

¿Usted trabaja acá?, le pregunta la mujer, quien mira los cuadernos y la mochila y la cámara, todo revuelto sobre la mesa.

Sí, ¿a quién buscan?

Parece que a usted.

Se presentan: ella se llama Ana Figueroa. Él se llama Roberto Castro. Son de Investigaciones, quieren saber la historia de la niña. Necesitan su ayuda, que les cuente todo, paso por paso, que recuerde todo, que esto es importante y que esté tranquilo porque no le va a pasar nada.

Sabemos que usted no tiene que ver con esto, dice Roberto, a veces pasan estas cosas.

¿Podemos ir a alguna oficina? No le vamos a quitar mucho tiempo, dice Ana.

Las preguntas van a ser las mismas que tuvo que responder Torres Leiva hace unas horas. Se los va a advertir, eso sí, después de terminar de contar la historia y ellos no van a entender nada, porque los que tienen que investigar esto son ellos y no Carabineros, cómo se llaman esos carabineros, quiénes son, cómo aparecieron. Torres Leiva no alcanza a responder nada porque llegan el editor y García y la conversación se interrumpe para siempre. El editor le pide explicaciones a Torres Leiva, que dónde ha estado, que por qué no regresó con García y que quiénes son ellos, pregunta mirando a los detectives.

García no le explicó nada. Omitió, se hizo el desentendido y ahora le dice al editor que hubo un problema, que no se lo quiso decir antes para no molestarlo.

No tengo tiempo, le dice el editor a García y manda a Torres Leiva a sacar unas fotos a la Zofri. Envío a un periodista a entrevistar a los musulmanes que tienen galpones y necesita fotos de ellos porque con eso va a abrir el diario mañana.

Es lo último que dice. Le pasa un papel con los datos de la persona que tiene que contactar y se va a su oficina. García lo sigue, en silencio. Torres Leiva no entiende nada.

Me tengo que ir, les dice a los detectives finalmente.

Agarra el bolso con su cámara, guarda los cuadernos en la mochila y sale del lugar.

Ana y Roberto lo acompañan en silencio. Después hablan entre ellos algo que él no alcanza a escuchar. Se despiden a la salida. Ana le pasa su tarjeta, le dice que van a volver, que necesitan su ayuda.

Él camina hacia su auto, que está a la vuelta del diario. Casi no hay gente, a pesar de que son las tres de la tarde y están en el centro de Iquique. Se ve desde ahí la Plaza Prat, su reloj alto. No alcanza a ver el Teatro Municipal. Se sube y conduce un par de cuadras, en dirección a la Zofri. Mira el papel en el que el editor le anotó las indicaciones para llegar al lugar: no tomar el camino que lleva hacia el mall, doblar a la derecha antes y entrar al sector de galpones. Al fondo, a la izquierda, está la calle donde tienen sus bodegas los musulmanes. Preguntar por Claudio Araya.

Deja el papel en el asiento del copiloto. Se enciende en el tablero del auto la luz roja que indica que queda poca gasolina. Busca un servicentro. Lo encuentra cuando ya está cerca de los galpones. Ve que hay un teléfono público. Carga gasolina y estaciona el auto. Se baja, echa un par de monedas en el teléfono y marca el número. Esta vez le contesta Matías. Al principio no quiere hablar y le pasa el teléfono a Lucía. Estaba viendo la tele, dice ella, espérame un poco. Torres Leiva escucha cómo lo llama. También escucha la voz de un hombre que le dice que tiene que hablar con su papá, que siempre es bueno hablar con el papá. Finalmente, Matías vuelve al teléfono y le pregunta cómo está.

¿Qué estabas viendo?, le pregunta Torres Leiva.

Un partido de fútbol, dice y agrega, rápido: hoy día me nombraron capitán de la selección del colegio. Soy el defensa central.

Te felicito mucho, hijo.

No es fácil, dice Matías, tienes que saber mandar al resto.

Pero tienes que estar contento, eso es lo más importante.

No, papá, lo más importante es entregarlo todo en la cancha.

¡Matías, la leche!, grita Lucía quizá desde qué lugar del departamento. Torres Leiva sabe que la conversación se va a acabar.

¿Cuándo vas a venir, papá?

¡Matías!

No sé, hijo, espero que pronto. Te voy a llevar la camiseta de Chile.

¡Matías!

Ya la tengo, papá.

¡Matías, está enfriándose la leche!

Anda, tu mamá te está llamando.

Te quiero mucho, papá.

Yo también.

Matías cuelga. Torres Leiva se queda unos segundos con el auricular en la oreja, escuchando el sonido de la línea telefónica. Cuelga, finalmente, y regresa a su auto. Cuando está abriendo la puerta, los ve: dos tipos se bajan de un auto estacionado justo al lado del suyo, se acercan, él los reconoce, le muestran sus placas y le dicen que los tiene que acompañar porque hay un problema.

Quédate callado, le dice el que lo toma del brazo. Lo suben al auto. Cierran la puerta con seguro. Se alejan de la ciudad.

En el cerro, una ballena blanca dibujada con tiza. Debajo de ella unas palabras que no se alcanzan a leer. Que no las alcanza a leer Torres Leiva desde el asiento trasero de ese auto con los vidrios polarizados. Los hombres conversan con un carabinero que está en una caseta. Han recorrido la ciudad durante más de cuarenta minutos, no han dicho una palabra. Partieron cerca de la Zofri y bajaron hasta la costanera, el mar, el puerto a lo lejos, los edificios. Recorrieron primero la costanera, cruzaron todo Iquique hasta llegar a Chipana, donde termina, de alguna forma, la ciudad. Más allá están las casas de los marinos y de la gente del ejército, hay algunas discotecas, algunos edificios y condominios que recién se construyen. Pero llegaron hasta Chipana y subieron hacia el cerro Dragón y recorrieron esas casas de cemento a medio construir. Fue en ese sector donde Torres Leiva vio, en algún momento que estuvieron detenidos ante un semáforo, una de esas señaléticas antiguas, verdes, con la imagen de una ola. La vio ahí, por Chipana, pero recordó que también la vio antes, en el centro, en la costanera: esa ola grande, borrosa. Siguieron subiendo. Pasaron al lado del estadio Tierra de Campeones, los hombres se bajaron un par de veces en distintas casas, pero luego siguieron conduciendo hasta volver a la costanera, la playa, el mar. Torres Leiva no ha dicho ni una palabra. Apenas subieron al auto le

dijeron que irían a la comisaría, que no se preocupara, que esto sería rápido y cerraron la ventanilla que separa los asientos delanteros de los traseros. Pero aquí están, estacionados al pie de un cerro, al lado de esta caseta de Carabineros en donde se controla a los autos que entran y salen de Iquique. Más allá, si avanzan por la carretera, está el aeropuerto y otras playas. No las va a conocer todavía Torres Leiva, solo va a ver este cerro y esa ballena blanca dibujada con tiza y una camioneta que ahora se estaciona al lado del auto donde está él. Se bajan tres carabineros, entran a la caseta, Torres Leiva mira su cámara. Es lo único que alcanzó a subir al auto. Apunta hacia la caseta, mueve el *zoom*, los ve ahí, a través de una ventana, conversando todos alrededor de una mesa. Uno está de pie, agita las manos. La imagen es muy oscura, de todas formas dispara. Vuelve a enfocar, pero esta vez se da cuenta de que el hombre de pie lo está mirando. Dispara. Una, dos, tres veces. No quedan más fotos en el rollo. Lo saca y se lo guarda en el bolsillo. Los carabineros salen de la caseta, se despiden del que estaba haciendo guardia. Torres Leiva pone la cámara en el bolso. Ve venir a los dos hombres con los que llegó y se les suma uno más. Ese abre la puerta, se sienta a su lado. Los otros adelante. El viaje se reanuda. El hombre que ahora lo acompaña no le dice nada. Mira su bolso, después dirige la mirada hacia la carretera. Regresan a la ciudad. Los hombres hablan sobre el atentado. Ahora va a empezar la guerra. Los negros tienen la culpa, dice el copiloto. No sé, dice el hombre que está al lado de Torres Leiva, yo creo que los mismos gringos armaron todo. No seas huevón. Claro que sí, les sirve. ¿De qué mierda estás hablando? Mira, piensa, es imposible que dos aviones hayan estado volando por la ciudad sin que nadie se diera cuenta. Aquí vuelan muchos aviones así y nadie hace nada. No seas huevón, aquí da lo mismo. A quién le importa esta mierda. Ahora va a empezar la guerra, esos negros no tienen idea, la cagaron. No son negros, son árabes. La misma huevada.

Son musulmanes, dice el hombre que conduce.

¿Cuáles son esos?

Los negros, los que tienen ese local de alfombras en la Zofri, los que rezan.

Hay que doblar aquí.

Sí sé.

Pero dobla aquí.

Nos pasamos.

Los negros rezan a una hora determinada.

Vamos a tener que dar la vuelta allá.

Se arrodillan y miran hacia un lugar y rezan, yo los he visto.

Yo también, dice de pronto Torres Leiva y todos se quedan en silencio.

Avanzan por la costanera. Ahí está Cavancha, la bahía, el casino, los edificios grandes con vista al mar, los hoteles, la gente que trota o anda en bicicleta, los que se bañan, los que no saben que adentro de ese auto tres carabineros llevan en silencio a un fotógrafo hacia un lugar que él no tiene idea cuál es. Porque ya entendió que lo de la comisaría era cualquier cosa, porque el paseo se está convirtiendo en un viaje

demasiado largo. Y él tiene que volver al diario. El editor lo va a matar. Piensa en esa foto que les debe tomar a los musulmanes —que les debió tomar a los musulmanes hace varios minutos— y que ahora se vuelve más lejana que nunca, pues el auto ha doblado hacia el cerro, hacia el lugar por donde llegó a Iquique y, entonces, se vuelve un viaje hacia atrás, un retroceso, la ciudad empieza a convertirse en una imagen pequeña: ya han ingresado a la carretera que los llevará al desierto, hacia Alto Hospicio y luego puede ocurrir cualquier cosa.

Van subiendo. Desde ese lugar no se puede ver el cerro con la ballena blanca. Sí se ve, en cambio, el famoso cerro Dragón, que está ahí, a un costado de la ciudad.

Suben, agarran las curvas a una velocidad media, no se apuran, no conversan, la radio está apagada, el carabinero que va a su lado tiene los ojos cerrados y lleva su mano, desde que se subió al auto, pegada al arma que tiene ahí, dentro de la funda, al lado del bolsillo derecho.

La ciudad ha quedado atrás. Lo que viene es el desierto, la carretera vacía por unos minutos y luego Alto Hospicio. La carretera divide el pueblo en dos. Ellos van a girar a la izquierda, hacia la parte desde la que se puede ver el mar. Van a recorrer una calle angosta y se van a perder entre medio de las casas de dos pisos, las que nunca terminaron de construir, hasta llegar a una que tiene la fachada de color amarillo. En el antejardín un perro negro les ladra. El conductor se baja, toca el timbre, no aparece nadie. El perro no deja de ladrar. Se acerca a la reja, lanza algunos mordiscos al aire, le muestra los dientes, no se cansa.

No debe haber llegado todavía.

Apúrate y así lo encontramos en el camino.

Pero dijo que iba a estar acá.

El viejo siempre miente. Súbete.

Pero nunca deja al perro afuera si no está.

Vámonos.

Perro de mierda, deja de ladrar, le dice y le tira una patada a la reja. El perro se altera más y salta, con la boca abierta, salta y choca contra la reja.

El hombre se sube, finalmente, al auto. Vuelven a la carretera, dejan atrás Alto Hospicio y un poco más allá se meten por un camino de tierra. A lo lejos se ven unas fábricas, el humo, el polvo que entra por las ventanas del auto, el movimiento, las piedras, la mano que sujeta el arma.

Saben, yo me tengo que ir a trabajar, dice de pronto Torres Leiva, si quieren mañana podemos ir a la comisaría y arreglar el problema.

¿Este huevón es imbécil?

Pásame la cámara.

El conductor lo observa por el espejo retrovisor. Detiene el auto en mitad del camino. Atrás, el polvo lo borra todo; adelante, las fábricas, el humo.

Bájate.

El hombre que está a su lado le quita el bolso con la cámara fotográfica.

Bájate, conchetumadre.

Torres Leiva intenta abrir su puerta, pero no puede hacerlo.

Vamos, no se quiere bajar.

La puerta está trabada.

El copiloto se baja y la abre. Torres Leiva sale del auto, el polvo le entra en los ojos.

Escúchame, huevón, te voy a decir una sola cosa, le dice el hombre.

El sol empieza a bajar, despacio. Los colores cambian. El sabor de la tierra en la boca. Torres Leiva lo mira pero, finalmente, el hombre no dice nada. Se sube al auto y parten hacia las fábricas.

Se llevaron el bolso con su cámara. Empieza a caminar hacia la carretera. En un momento, cuando ve que el trayecto va a ser largo, se detiene. Mira hacia todos lados.

No hay nada.

Los cerros, las fábricas y la carretera a lo lejos.

Antes de volver a caminar se toca los bolsillos: tiene el rollo fotográfico y la tarjeta de Ana.

Una vez me raptaron, le dice a ella. Tenía seis o siete años cuando un hombre me agarró del brazo y me condujo hacia un edificio en mitad del centro de Santiago. No sé si estábamos en el Paseo Ahumada o en el Paseo Estado cuando el hombre me hizo caminar rápido entre medio de la gente. Yo iba con mi hermano, pero no se dio cuenta: siguió caminando mientras yo me alejaba de él y me acercaba a ese edificio en el que pasaría toda esa tarde, encerrado en una pieza sin ventanas, con un colchón en el piso y nada más. Después no me acuerdo muy bien cómo volví a casa. Según mi papá, todo fue un malentendido y en la noche aparecí en una comisaría del centro, lo llamaron por teléfono, me fue a buscar y regresé. Me acuerdo que pasó mucho tiempo sin que habláramos del tema. Pero un día contó la historia, en un almuerzo, cuando ya se había ido de la casa. Ahí la historia se transformó en uno de los pocos relatos familiares que mi papá era capaz de contar por completo. El resto de sus historias eran siempre imágenes borrosas, anécdotas estúpidas que a nadie le interesaban. Pero el relato del secuestro siempre funcionaba para captar la atención de las personas, que después lo llenaban de preguntas que él, por supuesto, no era capaz de responder.

Mi mamá, en cambio, nunca volvió a hablar del tema. Alguna vez lo conversamos con mi hermano, pero no fuimos capaces de entender muy bien qué había pasado. Lo único que sabíamos es que yo desaparecí y él siguió caminando.

¿Y qué hace él?, pregunta ella.

No sé, vive en México.

¿Y tu mamá?

Se murió.

Lo siento, dice ella, rápido.

Nada, está todo bien, dice Torres Leiva y sonríe. Mira sus zapatos, aún llenos de tierra. Está sentado en el *living* de un departamento pequeño en el que viven Ana, Leonor y Matilde.

Leonor, que tiene cinco años, está en casa de su padre.

Matilde duerme apoyada en las piernas de Torres Leiva, que no ha dejado en ningún momento de hacerle cariño.

Ana está sentada frente a él, en un sillón pequeño, mientras toma un té. Tiene el pelo negro y la piel muy blanca, los labios pintados, usa lentes. Está anocheciendo, ellos se van borrando en la oscuridad, la poca luz que entra por el balcón ya no es suficiente. Ana le ofrece otra taza de té, pero él le dice que no, que muchas gracias. Se quedan un momento en silencio. Han repasado, primero, su encuentro con Ximena, ese cuerpo tirado en la carretera. Ella le pidió que le contara todo detalladamente, por favor, cómo la había encontrado, qué hacía ahí, si alcanzó a escuchar algo, a ver a alguien rondándola, preguntas que Torres Leiva fue respondiendo lentamente. Le habló de ese cuerpo inconsciente a un costado de la carretera, de la ropa sucia, de la sangre que le corría entre las piernas. Pensó, en algún momento, comentarle lo de la otra niña, la que recogió en la madrugada hace días, pero se quedó callado. Optó por relatarle, una y otra vez, el viaje por Iquique en ese auto de Carabineros. Hablan de eso ahora. Dice que está casi seguro de que eran los mismos carabineros que lo visitaron en el hospital, pero no es capaz de describirlos como ella se lo pide. No recuerda sus nombres, y sus rostros se han desfigurado con el paso de las horas. Le dice que lamenta, por sobre todo, la pérdida de su cámara, y que mientras caminaba hacia la carretera, en mitad del desierto, por ese camino de tierra, pensó en que muchas veces le intentaron robar la cámara y él se opuso, o puso, mejor dicho, su cuerpo: lo golpearon una vez que fue a sacar fotos a un partido de fútbol y el equipo local descendió a segunda división. Los hinchas no lo podían creer: tiraron palos, fierros, incendiaron una de las graderías, y a la salida del estadio hicieron barricadas y lo atacaron, una turba, diez, veinte encapuchados que le tiraban el bolso y él se resistía, lanzaba patadas, se cubría la cara, no soltaba el bolso, no soltó el bolso nunca. Pero ahora se lo quitaron con una facilidad que lo deprime. Se lo dice a Ana y ella intenta consolarlo, pero es inútil: no sabe quién es, tampoco sabe por qué lo subieron a un auto y lo dejaron botado en la mitad del desierto, ni menos por qué la llamó a ella. Ana no dice ninguna de estas cosas, pero Torres Leiva lo piensa, aunque tampoco puede decírselas él en voz alta. No tiene sentido. Prefiere ir hacia otro lado y ella lo sigue. Él pregunta, ella responde. Ella le cuenta que alguna vez quiso estudiar biología, que lo de Investigaciones fue más o menos azaroso, decisiones rápidas que derivaron en que terminara estudiando ahí, preparándose para ser detective. Aunque ella nunca dice la palabra detective. Él sí, él la dice muchas veces, le gusta cómo suena, le gusta la importancia y la gravedad de la palabra.

Pero nadie se presenta como detective, insiste Ana, es ridículo.

¿Pero entonces qué eres?

¿Yo?, dice ella y se ríe, yo soy una mujer que trabaja en Investigaciones, que vive sola, con su hija y su gata, que parece que te quiere mucho, ¿no?

Y eso que apenas me conoce, dice Torres Leiva.

Ya se me acabó el té, ¿quieres algo? ¿Un café?

No, creo que tengo que irme.

Torres Leiva toma a Matilde en brazos y la deja a su lado. Ella se despierta, se estira, es blanca y muy peluda y tiene los ojos de distinto color, aunque eso, a esta hora, con las luces apagadas, todavía no se puede ver. Le hace cariño y se pone de pie.

Gracias por todo, dice él, yo sé que soy un desconocido y eso...

¿No quieres que te vaya a dejar?

No, está bien.

¿Pero tienes plata para el colectivo?

Sí, no te preocupes.

¿Pero estás bien?, insiste.

La respuesta podría ser ambigua, piensa Torres Leiva, podría relatarle una vez más todo lo que fue el viaje por Iquique hasta llegar a Alto Hospicio, podría hablarle de la sensación que tuvo al quedarse tirado en medio de la nada, la carretera muy lejos, las fábricas, el humo y el polvo pegado a sus zapatos, el sabor de la tierra en la boca, el camino pedregoso, la carretera lejos y los autos que pasaban rápido, sin fijarse en él, que estaba haciendo dedo a un costado de la carretera.

Mañana voy a hablar con mi compañero para ver qué podemos hacer, dice Ana, y además está todo lo de la niña.

La niña, dice Torres Leiva y no termina la frase: suena el timbre. Ana se aleja y abre la puerta: son un hombre y una niña. Es pequeña, tiene muchos rulos y lleva un vestido rojo y una mochila. Entra rápido al departamento y se va corriendo hacia una de las piezas. Matilde también se levanta y la sigue. El hombre mira a Torres Leiva, se acerca a saludarlo.

Gabriel, dice y Torres Leiva le da la mano y luego se despide de Ana, rápido, todo es así, demasiado rápido: el abrazo y el timbre y las presentaciones que no se completan y él que sale del departamento y baja las escaleras y camina hacia el centro, hacia la Residencial O'Higgins, sin recordar muy bien cómo llegar, pero avanza. Lo único que tiene claro es que la residencial queda hacia arriba, hacia el cerro, entonces camina. La ciudad está vacía. Acaba de anochecer y los perros son los únicos que transitan por las calles, en esas pequeñas plazas mal iluminadas, las palmeras, el centro con sus tiendas abiertas pero sin gente. Las luces amarillas. Las luces del centro de Iquique son amarillas, no iluminan mucho, pero lo intentan. Arman sombras que se mueven, lentamente, por los lugares que va dejando atrás Torres Leiva. Hay un olor extraño, un olor a podrido, ácido. Alguien se lo había advertido antes de viajar a Iquique: en las tardes las pesqueras trabajan y producen un olor a harina de pescado insoportable. Torres Leiva se tapa la nariz con el antebrazo

pero es inútil. Es el olor y una neblina que empieza a caer, cubriéndolo todo. Sube. Encuentra la calle O'Higgins. Ve una de las señaléticas con la ola grande. Debajo lee, por primera vez, la palabra «evacuación». Piensa que debería llamar a Matías para desearle las buenas noches, pero no lleva ninguna moneda. Quiere llegar a la residencial, tirarse sobre la cama, no hacer nada por un buen rato. Continúa sintiendo el olor. No quiere pensar en la niña, no quiere pensar en su jefe, en esas fotos que no sacó, en su cámara, en el periodista que dejó plantado en la Zofri, en su auto que debe seguir estacionado en la gasolinera, en el editor, que seguramente lo va a retar, le va a pedir explicaciones y él va a tener que contar, una vez más, el viaje con esos carabineros. No se lo va a creer, imposible, lo va a despedir, va a tener que volver a Santiago, volver a sacar fotos de matrimonios y bautizos, fotos donde todo el mundo sonríe, extasiado, y él trata de convertirse en un fantasma capaz de retratar tanta felicidad junta, tanta alegría desbordada. Va a tener que volver a vivir en la casa de su tía, en La Cisterna, en esa pieza al fondo del patio. Va a tener que volver, pero avanza y ya se ve la residencial, ahí está, la puerta, el timbre y don Mario, que le dice que lo están esperando: García está sentado en el *living* y sostiene en su mano una Biblia de tapa negra.

El mundo se va a acabar pronto, dice don Mario.

Torres Leiva se mira los zapatos, no piensa en nada. Apenas entró a la residencial, García le preguntó que adónde se había metido, y él le contó la historia: le dijo lo del paseo en el auto, lo de estos carabineros, lo de Alto Hospicio, pero García no le creyó y sigue sin creerle, mientras don Mario le dice que es por culpa de la gente que ha llegado a Iquique, los afuerinos que solo desean enriquecerse, los peruanos, los bolivianos que arrancan de la pobreza de sus países gobernados por hombres que no creen en Jehová.

Es la codicia y Satanás, dice don Mario, el problema es que Babilonia la grande ya se acerca y tenemos que estar preparados, hijos, tenemos que leer la Biblia y seguir la palabra de Jehová.

Esto es como Sodoma y Gomorra, dice García.

Exacto, hijo, y usted no lo sabe, le dice don Mario a Torres Leiva, usted no lo sabe pero aquí han pasado muchas cosas malas, muchas. Lo que le acaba de ocurrir no es nuevo, hijo, porque esta ciudad está contaminada y ya no se puede hacer nada más. ¿Y sabe por qué?... Por los católicos, por toda esa gente que está equivocada.

Hay que orarle a Jehová, dice García, es la única forma que tenemos de salvarnos.

Torres Leiva los escucha mientras se termina de tomar una taza de té. Ninguno de los dos ha sido capaz de preguntarle si está bien ni cómo pudo volver. Siguen hablando de la ciudad, de lo mal que está todo, de Satanás. También hablan de lo que ocurrió en Estados Unidos, una muestra más de que el fin de los tiempos está cerca, porque allá sí que hay codicia y materialismo, gente perdida, todos, excepto los

Testigos de Jehová, los hermanos, dicen ellos, que transitan por el camino correcto, sin desviarse, sin dudar, seguros de que la palabra de Dios los llevará al reino de los cielos.

Amén, queridos hermanos, dice don Mario y se pone de pie. Agarra su bastón y se despide.

No se olvide de ponerle pestillo a la puerta de calle, dice antes de encerrarse en su pieza.

García saca una cajetilla de cigarros y se pone de pie. Busca algo en sus bolsillos. Lo encuentra.

¿Puedo fumar?

Torres Leiva mueve los hombros, no sabe en realidad si se puede fumar adentro de la residencial. Le dice que a él le da lo mismo. Tengo que dejarlo, pero es difícil, dice García y enciende el cigarro. Recién ahí le ofrece uno a Torres Leiva pero este niega con la cabeza. Desde la pieza de don Mario se escucha un televisor encendido. Probablemente las noticias. La voz de una mujer. Torres Leiva busca un cenicero y lo deja sobre la mesa.

Está todo mal, dice García, el jefe no te va a creer. ¿Dónde te dejaron?

Cerca de unas fabricas.

No, no, no te va a creer. Desconfía de ustedes, dice que son flojos. La última vez despidió a una niña que vino de Santiago. Era decente, pero no duró una semana.

Torres Leiva se queda en silencio.

El problema es lo de la mañana. No despierta, ¿sabes? Nos van a mandar a declarar.

García se termina el cigarro y enciende otro.

¿Dónde están las cosas?

¿Qué cosas?

La mochila, lo que llevaba la niña.

Ah, en el auto. Tengo que ir a buscarlo.

¿Dónde dejaste el auto?

Te dije que en la gasolinera. Allá en la Zofri.

¿Pero por qué dejaste el auto allá?

Torres Leiva mueve los hombros. El humo del cigarro le llega a la cara. Nunca le ha gustado, pero se acostumbró hace años. Su madre filmaba mucho y no le preguntaba a nadie. Lucía también fumaba. Él lo intentó un par de veces, pero no hubo caso: le daba asco el sabor del tabaco, tosía, era un espectáculo triste.

Parece que no estás entendiendo, dice García mientras sube el tono de voz, apaga la colilla del cigarro en el cenicero y se pone de pie.

Parece que no estás entendiendo, vuelve a decir y sale de la residencial, rápido. Torres Leiva lo sigue hasta la puerta, lo ve subirse a su camioneta y partir.

La neblina se ha vuelto más densa. Hace frío. El olor que sintió un rato antes desapareció. Tiene que ir a buscar su auto, lo sabe, pero no quiere. Sube a su pieza, se

pone un chaleco, guarda el rollo de fotos que alcanzó a sacar de la cámara, saca unas monedas que dejó en el velador y la llave de repuesto del auto. La otra se quedó en ese bolso. Su cámara. Piensa en todos los años que la llevó consigo. Las fotos. Los matrimonios, los bautizos, las fiestas interminables. Los cumpleaños que alcanzaron a celebrar junto a Matías. Los cumpleaños de Antonia. Esas fotos reveladas, que quién sabe donde están, piensa ahora mientras sale de la residencial y busca un colectivo. Camina varias cuadras para encontrar uno. El hombre lo lleva de mala gana. La Zofri queda lejos. Le cobra el doble de lo habitual, pero Torres Leiva no sabe cuánto es el habitual, así que paga.

Cuando llega a la gasolinera ve su auto ahí, estacionado, completamente solo. El bombero que atiende está durmiendo adentro de una caseta. Torres Leiva mira el auto por todos lados. Parece intacto. Lo abre y está todo tal como lo dejó. La radio, su chaqueta, su billetera, los documentos, todo. Abre el maletero. Busca la mochila. No la ve. Es cierto que la luz es poca, pero no logra encontrarla entre los papeles y la basura que ha acumulado durante tanto tiempo. Cómo no va a estar. La dejó ahí. La dejó aquí, dice en voz alta, pero no está.

La mochila no está.

Abre las demás puertas, busca en todo el auto, enciende las luces, registra cada rincón, pero no la encuentra.

Camina hacia la caseta donde duerme el bombero. Le toca el vidrio. El bombero no despierta. Insiste. El bombero abre los ojos y le hace un ademán con la mano. Se cubre los ojos.

Necesito hacerle una pregunta, le dice Torres Leiva, pero él no se mueve. Se vuelve a quedar dormido. Torres Leiva se da media vuelta y revisa el lugar. Unos basureros. No encuentra nada. Unas cajas de vino, papeles, un par de neumáticos pinchados, una polera con la cara del alcalde de Iquique, bolsas de basura.

Nada.

La neblina lo cubre todo.

El olor ha vuelto a aparecer.

Las fábricas de harina de pescado están a un par de metros de la gasolinera. Desde ahí se ven algunas de las torres echando humo. O eso cree Torres Leiva, aunque no podría asegurarlo. Es el humo y es la niebla: la noche lo confunde todo.

Están todas las luces apagadas. Abre lo más despacio que puede la puerta, pero de todas formas hace ruido. Le pone doble pestillo y sube a su pieza. En el pasillo del segundo piso hay dos hombres tomando cerveza y viendo un partido de fútbol, con el volumen bajo, casi en silencio. No lo saludan cuando pasa. No le dicen nada en realidad, no despegan la vista del televisor.

Esa primera noche, Torres Leiva no puede dormir. Es el frío y las frazadas que no lo abrigan lo suficiente. Es el ruido de las latas de cerveza y una mujer que grita

desde la casa de al lado, son los golpes en su ventana cuando ya todos deberían estar durmiendo, son los sueños y los recuerdos.

Cierra los ojos. Cuando empieza a amanecer, se duerme. Y lo van a despertar, un par de horas después, los golpes en la puerta, lo buscan, le dice don Mario, una niña, abajo, lo busca. Él le grita que ya va, que lo espere un poco.

Torres Leiva mira su reloj: no alcanzó a dormir más de tres horas. Le duele la cabeza, se siente un poco mareado, es la resaca, nuevamente, son los golpes en la cabeza que no se detienen, es el sol que llega directamente a su ventana, pero tiene que levantarse. Se pone los pantalones, agarra una polera y baja.

No hay nadie, pero ve el teléfono descolgado. ¿Aló?

Hola, habla Ana.

Todo es rápido: ella le pregunta por la niña, ella le pregunta si es verdad que cuando la encontró estaba vestida con ropa de colegio, ella le pide que por favor le cuente todo de nuevo, que no se olvide de ningún detalle, que haga memoria, que lo necesita.

La memoria: la niña y la carretera, el jumper, la mochila, los cuadernos, los ojos. Torres Leiva reconstruye ese día, lo intenta, el pelo largo hasta la cintura, los ojos que nunca ve, piensa ahora, el color de esos ojos que desconoce y la voz, pero el jumper y los zapatos negros llenos de tierra, y los calcetines blancos, sí, la niña estaba así cuando la encontró, le dice a Ana, y ella le explica que es imposible, que desapareció hace casi dos años, que no puede ser la misma ropa, que por favor sea más preciso.

Torres Leiva se queda en silencio unos segundos y después dice: García estaba conmigo, él también la vio, dice, pero ella le responde rápido y bajando la voz que no se puede confiar en él.

Voy a ir al hospital en la tarde, le dice finalmente Ana, ¿puedes ir?

Torres Leiva le dice que sí, que se ven allá, pero no está seguro de que pueda llegar tan temprano. Tiene que ir al diario, hablar con el editor, dar explicaciones, muchas explicaciones y conseguir, además, que le presten una cámara fotográfica.

Sí, sí, nos vemos allá, le dice y cuelga.

El editor no le cree, por supuesto. Le pide detalles. Todos le piden detalles y él habla, pero nunca parece ser suficiente. Nunca lo ha sido, tampoco. Es probable que por eso, cuando tenía catorce, decidió cubrirse la cara con esa Canon AE-1 que le regaló uno de sus tíos para navidad. El tío Roberto, el que se había ido a Australia apenas fue el golpe y que volvía de vez en cuando, el que hizo una vida allá, en un pueblo cerca de Melbourne: una familia grande, una mujer australiana, unos hijos australianos que no conocían Chile, que nunca lo querían acompañar, pero él viajaba para las fiestas de fin de año, lo hacía siempre y esa navidad le regaló esa cámara, su primera cámara, que estaba usada, se dio cuenta Torres Leiva al abrirla, alguien ya había sacado fotos con ella, pero no dijo nada, dio las gracias y pensó qué cosas iba a fotografiar.

Solo un compañero en el colegio tenía una cámara, pero él nunca le prestó mucha

atención. Era un mundo ajeno, desconocido, difícil de conseguir. Eso pensaba Torres Leiva, que era mejor no mirar mucho eso porque nunca iba a tener una. No le importaba. Él jugaba a la pelota en los recreos y a veces se encerraba en la biblioteca porque había estufa y un televisor a color donde a veces, solo a veces, las bibliotecarias los dejaban ver monos animados. Pero le llegó esa cámara y decidió esconderse tras ella: fotografiar todo lo que pudiera, encerrarse en esas pocas imágenes que lograba revelar, porque no era barato hacerlo. Solo años después, cuando entró a estudiar fotografía a un instituto, supo cómo armar su propio estudio para revelar fotos. Decir estudio, por cierto, es demasiado generoso: la pieza chica de la casa de su mamá, la pieza en la que durmió su hermano hasta que se fue de Chile, se transformó en el lugar perfecto para guardar todo lo que no se usaba hasta que él decidió adueñarse y transformarla en ese espacio donde pasaba muchas horas al día, solo, en la oscuridad, revelando las fotos que le mandaban a pedir desde el instituto, y cuando no tenía más fotos que revelar para las clases, entonces trataba de ponerse al día, pues pasó muchos años sacando fotos sin poder revelarlas. Muchos años. Los 80. La calle. El centro de Santiago. Las cuadras que rodeaban el colegio donde estudió. Las salas de clase vacías, los días que hacían la cimarra con los compañeros y se iban a caminar por el Paseo Ahumada y el Portal Fernández Concha, la Plaza de Armas, la Estación Mapocho. Fotos de aquellos lugares inútiles, fugaces, que iban haciéndose reales en ese cuarto pequeño de su casa en Estación Central. Los adultos que miraban siempre con desconfianza, los ojos cerrados, la vista fija en el piso, la ciudad llena de humo, las bombas lacrimógenas, la gente corriendo, el Parque O'Higgins o el cerro San Cristóbal. A veces, el cerro Santa Lucía. Mañanas enteras perdidas en esos lugares llenos de árboles, la lluvia, la ciudad extendiéndose como un manto negro y usado. La gente marchando y él siempre a un costado, viéndolos pasar, tratando de capturar alguna imagen que años después revelaría. La obsesión por fotografiar a los otros fotógrafos mientras disparaban en mitad de la calle. Muchos rollos gastados en esos retratos dispersos, casi siempre desenfocados. Fueron muchas fotos que se perdieron, finalmente, entre cambio y cambio de casa. Mudanzas en las que solo sobrevivían las cosas necesarias, porque luego vivieron un buen rato como allegados en distintas casas y no podían —no debían— llevar más de lo necesario. Rollos escondidos en los bolsillos, las fotografías dispersas en los pocos libros que se salvaban en cada mudanza y que las tiene guardadas junto a los pocos libros que dejó en casa de Lucía antes de irse.

A veces piensa en esos años. Ahora los recuerda, mientras espera que la secretaria del diario le traiga la cámara que le van a prestar para ir a reportear. El editor le dice que va a tener que cuidarla con su vida, porque es la única que tiene el diario, y que no se la presta a nadie, pero que hará la excepción porque necesita que vaya rápido a sacarle fotos al ministro de Obras Públicas, que viene a inaugurar unas multicanchas en el sector de El Morro. Que se apure, porque antes del mediodía va a hablar con la prensa, y después necesita que vaya a tomar unas fotos a Bajo Molle, le dice, camino

al aeropuerto, donde vive la familia del iquiqueño que está perdido en Nueva York.

La secretaria le pasa la cámara con un bolso.

Cuídela, le dice.

Él la mira.

No entiende nada: es una cámara digital, tiene un visor, es pequeña. Una Canon EOS30D. Nunca había visto una. Pasó mucho tiempo discutiendo con sus colegas, no iba a cambiarse a una cámara digital, su Canon T90 lo había acompañado durante tantos años y eso estaba bien. Todo bien. Pero ahora le pasaron ese modelo. Seguro que llegó por la Zofri. Probablemente aún no se puede conseguir en Santiago. La mira como un niño, la revisa, la toca con desconfianza, pero también con una fascinación que le cuesta reconocer. No lo quiere hacer. Adentro del bolso hay un manual con las instrucciones. La enciende. Eso lo sabría hacer cualquiera. La enciende y ve cómo la imagen del lente se puede ver en el visor.

Lo están esperando, le dice la secretaria.

Él guarda la cámara y sigue al periodista con quien le toca reportear. No lo había visto antes. Tampoco ha visto a García. No lo vio en la oficina y tampoco lo va a ver, en unas horas más, cuando vuelva a dejar la cámara y las fotografías. En su puesto el computador está apagado y solo se ve una chaqueta sobre la silla. Esa imagen no se modifica. Ya es tarde. Se ha demorado más de la cuenta en traspasar las fotos del ministro y de los familiares del iquiqueño perdido desde la cámara al computador del diseñador. Está atrasando todo. Cuando logra hacerlo, finalmente, mira por última vez el puesto de los periodistas: García sigue sin aparecer. Está anocheciendo cuando sale del diario. Va quince minutos atrasado. Antes de subirse al auto mira hacia todos lados. La luz amarilla de la calle. No hay nadie. Se sube y enciende rápidamente el motor.

Llega casi veinticinco minutos tarde. Afuera de Urgencia, un grupo de mujeres ha puesto un lienzo con la palabra «justicia». Llevan colgadas en sus cuellos las fotos en blanco y negro de unas niñas. Torres Leiva busca a Ana entre medio del tumulto, pero no la encuentra. Unos carabineros miran desde lejos a las mujeres, que conversan entre ellas y que sostienen con fuerza el lienzo que cubre casi toda la entrada de Urgencia. Unos enfermeros les piden que por favor se retiren, pero ellas no hacen caso. Los carabineros tampoco se acercan. Una de las mujeres entrega una fotocopia a cada persona que ingresa al lugar. En esa fotocopia, la imagen de cada una de las niñas que llevan colgadas en sus cuellos: son sus hijas, sobrinas, nietas que están desaparecidas.

Torres Leiva recibe una fotocopia, pero no alcanza a leerla. Aparece Ana junto a una señora mayor, baja, delgada, que tiene el pelo blanco y corto: es la abuela de Ximena.

Ana los presenta y ella le dice buenas tardes y le da la mano. Es una mano pequeña y resquebrajada. Torres Leiva la siente áspera. Le pregunta cómo está. Ella le da las gracias. Es así: pocas palabras, la voz dura y cortante, muchas gracias y nada

más.

Después, Torres Leiva entenderá. Después le contarán la historia de Ximena, la historia de la señora Mirna, la historia de esas madres y abuelas, pero ahora está aquí, en la entrada de Urgencia, solo con Ana, pues la señora Mirna se acaba de despedir y va rumbo a su casa en Alto Hospicio. Se terminó el horario de visitas, su nieta está inconsciente y nadie sabe cuándo va a despertar. Ana la acompañó casi todo el día y le dijo que lo mejor era que se fuera a su casa, que si había noticias le avisarían a ella y la llamaría, que no se preocupara. La señora Mirna está ahora esperando la micro frente al hospital. Pasó la noche en Urgencia, durmió un par de horas en esas sillas duras, Ana la acompañó a almorzar en el casino del hospital junto a las otras madres. Ahora le cuenta eso a Torres Leiva, mientras se alejan del lugar, caminando. Él le indica donde tiene el auto, le dice que estacionó un par de cuadras más abajo. Ella lo sigue. Abajo está el centro, el mar. Él le pregunta por esas mujeres, por ese lienzo. Ella le cuenta brevemente la historia. Le dice que hay unas niñas desaparecidas, unas niñas que iban en el mismo colegio que Ximena, en Alto Hospicio, y que desaparecieron hace años.

Las mamás están esperando que se despierte, dice Ana, piensan que ella puede saber donde están las demás.

¿Pero hace cuánto se perdieron?

Hace tiempo, pero es complicado, dice ella y le cambia el tema. Lo lleva hacia otro lado. Él no se da cuenta, pero la sigue. Hablan de cualquier cosa mientras caminan hacia el auto. Él le cuenta que tuvo que ir tomarles fotos a los familiares del iquiqueño que está desaparecido en Nueva York. Ella no conoce la historia. Él se la cuenta: se fue hace dos meses a Estados Unidos. Estaba estudiando un doctorado y en las mañanas trabajaba en una oficina, como *junior*. La última vez que sus padres hablaron con él fue la noche del 10 de septiembre. Estaba feliz. Al principio había tenido problemas con el idioma, con el calor, con la velocidad, pero esa noche, le contaron los papás al periodista con que fue Torres Leiva, esa noche estaba contento porque le había ido bien en un examen y ya se sentía más cómodo en el trabajo. Era una oficina en el piso 89 de una de las torres, se demoraba varios minutos en subir. La primera vez pensó que había un problema, que no era normal estar tanto rato adentro de un ascensor, pero ya se estaba acostumbrando, les dijo y luego se despidió y no han sabido de él desde ese llamado y ahí estaban, desesperados, tratando de contactar a alguien que los pudiera ayudar.

¿Y no te da cosa tomarles fotos?, pregunta Ana.

Torres Leiva sabe que debiese decirle que sí, que por supuesto que le incomoda, que casi siempre se siente como un intruso. Debiera decir eso, pero en realidad no lo piensa.

Es trabajo, dice finalmente.

La imagen de los padres con una foto del hijo el día de su graduación de la universidad. Los hermanos y otra foto de él, jugando a la pelota. Los abuelos, los

primos.

A veces les alegra que uno vaya y converse con ellos, dice.

Pero sacar fotos es otra cosa, es invasivo.

Depende.

Si a mí me pasara algo así no te dejaría entrar a mi casa.

Yo creo que sí.

No.

Están detenidos ante un semáforo esperando que la luz cambie de color. Ella tiene el pelo tomado en una cola, muy ordenado, demasiado ordenado, piensa él, aunque se le ve bien. Se lo va a decir, pero el semáforo cambia de luz y, entonces, cruzan la calle y siguen caminando. Están a unas pocas cuadras de la residencial. Él se lo dice y ella le pregunta por las cosas de la niña, la mochila, los cuadernos. Le pregunta si pueden ir a buscarlas ahora.

Hubo un problema, dice Torres Leiva y le cuenta lo del auto, la mochila, el maletero, la neblina y la noche, el bombero durmiendo en la caseta, la gasolinera abandonada.

¿Qué vamos a hacer?, dice ella.

Están ya muy cerca de la residencial. Aún no cae la neblina, pero ya corre una brisa que los hace tiritar. Están llegando al auto. Él piensa. Quiere dar una respuesta, quiere decirle que sí, que tiene una idea, que se perdió, pero que...

¿Y las fotos?, pregunta ella.

¿Qué fotos?

Las fotos que le sacaste.

Las fotos: arriba de la mesa, en la sala de reuniones del diario. La mochila, los cuadernos, todo.

Las fotos.

¿Están en la cámara?

No, no, dice Torres Leiva.

Llegan al auto. Le dice que se suba, que lo acompañe a la residencial.

No, no, dice ella, tiene que volver a su casa. Ya es tarde.

Vamos, dice él y se sube al auto.

Ella abre la puerta y le insiste en que está apurada.

Tengo las fotos en la casa.

Ella se sube y van a la residencial. Por suerte no está don Mario. Entran rápido y le dice que lo espere en el comedor.

Sube a la pieza y abre el cajón del velador.

No está el rollo de fotos.

Conchetumadre.

Mueve las monedas y las pocas cosas que alcanzó a dejar ahí. Unos papeles, boletas, una caja de fósforos.

Mira hacia todos lados. Mira la ventana, la revisa, revisa el pestillo de la puerta.

La cama sigue deshecha, tal como la dejó en la mañana. Tira hacia atrás las sábanas. Busca en el piso, da vuelta su bolso. Registra todo. No está el rollo.

Vuelve a abrir el cajón del velador y revisa. Lo saca y lo da vuelta sobre la cama: las boletas, los papeles, la caja de fósforos, el rollo.

Lo toma y sale de la pieza. Parece que no hay nadie en la residencial. Baja y encuentra a Ana hablando por celular.

Te tengo que cortar, dice ella cuando lo ve. Guarda el celular.

Toma, dice él y le pasa el rollo.

Gracias, le dice ella y lo guarda en el mismo bolsillo en el que lleva el celular.

¿Dónde las van a mandar a revelar?

En Investigaciones tenemos un estudio, le explica. Se pone de pie y le da las gracias.

Pero quédate a tomar un té.

No, tengo que irme. Disculpa.

Pero un té, nada más.

Insiste. Ella mira la hora en el reloj que está colgado en una de las paredes del lugar.

Vale, una taza, dice y él entra a la cocina y busca la tetera. Busca y hace ruido.

¿Te ayudo?

No, aquí la encontré. ¿Hablabas con Leonor?

Ella revisa su celular por mientras. El calienta el agua y busca en los muebles el té. Se escucha el sonido de la tetera, el pitido largo y fuerte. Encuentra el té, el azúcar, faltan las tazas.

No, con mi mamá, dice ella, vive en Antofagasta, pero viene a verme todos los meses. ¿No quieres que te ayude?

Las tazas.

Apaga el fuego y se acaba el pitido.

No, ya está, dice.

Iba a venir este fin de semana, pero le dije que estaba con mucho trabajo.

¿Pero ella es de Antofagasta?

Torres Leiva pone todas las cosas en una bandeja y camina lentamente hacia el comedor.

No, todos somos de Santiago, pero se vino al norte cuando yo me vine. Estuvo en Iquique al principio pero no le gustó.

Torres Leiva deja las cosas sobre la mesa.

¿Y cómo está Leonor?

Con el papá, responde ella sin dejar de mirar el celular.

Ah, qué bueno, dice él porque no sabe qué más decir. Piensa en que no ha llamado a Matías, que debería hacerlo ahora, antes de que se vaya a dormir. Piensa, también, que en algún momento va a tener que contarle a Ana lo de su hija. Después no piensa en nada. La queda mirando.

Yo de verdad me tengo que ir, dice ella.

Él pone una bolsa de té en su taza y le sirve el agua caliente. Ella mira cómo cae el agua, cómo se va poniendo café, luego roja. Recién ahí él se da cuenta del detalle: el ojo izquierdo de ella, una leve mancha negra al lado de la pupila, pequeña, realmente imperceptible a una distancia que no sea la que los separa en este momento, cuando ella le dice que está bien, que no más.

Él aleja la tetera y se sienta.

¿Y a ti te gusta Iquique?

¿A mí? No, ¿a quién le puede gustar esto?

A mí me gusta mucho, dice él, pero la mentira es insostenible. Se ríen juntos.

¿Es un poco rara, no?

Sí, muchos autos, muchos militares.

Sí, los autos, dice él.

Seguro que tú también te comprarás uno.

No, yo tengo otros intereses, dice y se ríe.

Esta era la ciudad de Pinochet.

¿En qué parte tenía los departamentos?

Cerca de Playa Brava, en esa rotonda que da a Chipana.

¿A la entrada?

Sí, es un condominio. Dos torres y están construyendo otra.

Suena el timbre.

Ya, ahora sí que me tengo que ir, dice Ana y se pone de pie. Anda a abrir la puerta. Te ayudo a ordenar esto.

No, no, deja ahí, dice él mientras camina hacia el *living*. Abre la puerta, pero no hay nadie.

Te están haciendo pitanzas, dice Ana y se despide.

Mañana te llamo y te cuento cómo salieron las fotos.

Cruza la calle y toma un colectivo.

Él se queda un rato ahí, en la puerta, esperando.

No se ven hace varios días, pero ahora los vuelve a unir el trabajo: un incendio en un cité, el humo negro que empieza a cubrir toda la ciudad, el aire que se hace insoportable. No se puede respirar, todavía no es mediodía, ellos van directo hacia el fuego.

García tiene una radio con la que puede interceptar la señal de Carabineros. Va escuchando atentamente. Torres Leiva prueba los distintos lentes y filtros en su cámara. Revisa las fotografías que ha sacado en los últimos días. Tiene que borrarlas. La memoria está casi llena. Va a tener que sacar muchas fotos. Es probable que el incendio sea la portada del diario de mañana, así que no puede fallar: las llamas casi tocando el cielo, descontroladas, destruyendo todas esas casas antiguas, ese barrio

lleno de cités, lleno de inmigrantes, las casas de madera y esos edificios de adobe en los que viven todos hacinados. Se van a encontrar con eso: las familias arrancando, tratando de salvar sus pocas pertenencias. Los peruanos y bolivianos viendo cómo el fuego se lleva todo. Esas imágenes son las que quieren y el hombre que conduce el móvil los lleva hacia allá.

Los voy a tener que dejar un poco antes, dice el conductor, pero ninguno responde.

¿Los tengo que esperar?

¡Pero claro!, grita García, que baja el volumen de la radio, pues ya están casi llegando.

Le dice en voz baja a Torres Leiva: me soplaron que estaban quemando cocaína, se les fue de las manos, necesitamos corroborar esa información. Tienes que estar atento. Jehová nos va a ayudar, pero hay que estar ojo al charqui.

Torres Leiva asiente y sigue probando lentes. Ya están cerca. El humo ha oscurecido el lugar. La gente corre hacia la playa. Algunos vecinos están parados fuera de sus casas, mirando el incendio. Seguramente tienen miedo de que los pueda agarrar a ellos, así que miran atentos, miran las llamas desde ahí.

Enfoca. Dispara. Una, dos, tres veces. Sigue sin acostumbrarse completamente a que ahora puede disparar las veces que quiera. Si se equivoca, borra. Su vida nunca había sido tan simple y le cuesta aceptarlo.

Hasta acá puedo llegar, les dice el conductor. Frente a él, un carabinero desvía el tránsito. La gente sigue corriendo. Algunos han salido con bolsos y otras pertenencias.

Espérenos a la vuelta, le dice García antes de bajarse.

Torres Leiva abre la puerta y lo primero que hace es cubrirse la cara. El humo le entra a los ojos. Están llorosos, no ve nada, escucha los gritos, son muchos gritos y las sirenas.

Tenemos que hablar después, le dice García, me llamó el diputado Mamani, quiere vernos, quiere hablar sobre la niña.

Torres Leiva no tiene idea quién es Mamani, pero no alcanza a preguntar, pues García se ha puesto la chaqueta sobre la cabeza y avanza directo al incendio. Él lo sigue. El carabinero les dice que no pueden pasar, pero García le muestra su credencial de periodista. El oficial insiste: no pueden, es peligroso.

Tienen que evacuar, grita por un megáfono.

Torres Leiva se ha alejado de García y ha conseguido pararse en un lugar donde el humo es más soportable. El viento se lo lleva hacia el otro lado. Sin embargo es difícil respirar. Una mujer le ofrece agua en una botella. Él se lo agradece y se limpia los ojos. El fuego está a solo unos metros, pero necesita acercarse para sacar mejores fotos.

Una mujer llora sentada en el borde de la vereda. No la acompaña nadie. Ahí llega García, que se consiguió una mascarilla. Le habla al oído, le acerca la

grabadora. Torres Leiva presencia la escena. Sabe que debiese estar fotografiándola, que mañana aparecerán sus palabras en el diario, que García la va a llenar de preguntas imbéciles que ella contestará con monosílabos, porque no logra contener el llanto.

No quiere, pero dispara:

Una.

Dos.

Tres veces.

Cambia el lente, enfoca su rostro, la grabadora interfiere en el retrato. García lo ve y se da cuenta. La saca y él sigue disparando. Atrás de ella, las mangueras y los bomberos. Quiere que la imagen sea perfecta, que aparezca ella sentada, llorando, y atrás el fuego, las casas derrumbándose. Pero no lo consigue. Dispara, sigue disparando, mira las fotos en el visor, pero no encuentra el ángulo. No lo va a encontrar, tampoco, a pesar de que disparará diez, veinte, treinta veces. No lo va a encontrar.

Vamos, tenemos que entrar, le dice García y le pasa una mascarilla. Los bomberos gritan, llegan más carros, solo uno de los grifos de la calle funciona. La gente sigue bajando hacia el centro, hacia la playa. Corren con sus bolsos, con los niños en brazos, los llevan en coches, la llama se ha vuelto más grande, incontrolable, roja.

Una explosión.

Se escucha una explosión y luego viene el derrumbe: el techo de la casa, los bomberos corriendo, los gritos y Torres Leiva que dispara sin mirar, por intuición, dispara todas las veces que puede, apoyando la cámara contra su cuerpo. Dispara mientras retrocede. No ve a García. Por un momento piensa que quizá está atrapado en los escombros, que el fuego se lo va a llevar. Piensa eso pero luego lo escucha: hay que irse, se acabó, dice, se acabó y se aleja del fuego, de los bomberos, de esa llama que ha empezado a agarrar las casas de la otra cuadra.

Algunas cámaras de televisión graban el incendio. Se escucha un helicóptero sobrevolando. García se saca la mascarilla y le dice que vuelvan al diario, que mejor esperan el informe de bomberos, que se va a desmayar, que lo sostenga.

Torres Leiva guarda la cámara en el bolso y lo sujeta. García respira con dificultad. Caminan al auto, que los espera lejos del incendio.

Regresan al diario. García escribe rápido la nota. La deja a medio terminar y le pregunta al editor si se puede ir. Tiene los ojos llorosos y un dolor de cabeza que lo mantiene aturdido.

Sí, sí, le dice el editor y le pide a Torres Leiva que vaya a dejarlo a su casa.

Torres Leiva despacha las fotos y lleva a García en su auto. Caminan un par de cuadras y antes de subir los ve: una camioneta roja estacionada a un par de metros, dos hombres que lo observan.

¿Qué pasa?, pregunta García, que ya está sentado, con el cinturón puesto.

Torres Leiva cierra la puerta, enciende el motor y parten.

La camioneta los sigue.

No despega la vista del espejo retrovisor.

García parece no darse cuenta, pues habla de cualquier cosa. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, los ojos cerrados, habla. Cuenta una historia, en realidad, o algo parecido a una historia. Empieza con una revista. Dice que lo leyó en la *¡Despertad!*, en el último número. Un hombre en un pueblo de Estados Unidos. Un hombre moribundo al que se le aparece un ángel. Un cocainómano en un pequeño pueblo del sur de Estados Unidos que una mañana despierta, transpirado, y ve encima suyo un ángel que lo abraza, que le da calor, que le pide que siga durmiendo, que esté tranquilo, que él lo cuidará.

Era Satanás, dice García, ¿entiendes? Satanás, porque él se puede disfrazar de ángel, él puede parecer una persona buena, pero detrás está la oscuridad y nosotros debemos luchar contra ella. ¿Lo sabes?

La oscuridad, repite García y Torres Leiva lo escucha, o hace como que lo escucha, en realidad, pues conduce y mira, constantemente, el espejo retrovisor, que le muestra esa camioneta cada vez más cerca.

De pronto dobla. El giro es brusco. García tambalea en el asiento, abre los ojos, se agarra de donde puede. Torres Leiva no sabe hacia dónde lo llevará esta calle nueva, no es muy grande, pero avanza.

Nos vienen siguiendo, dice Torres Leiva antes de que García hable. No despega la vista del espejo retrovisor. Avanza. Vuelve a doblar en la esquina siguiente. Parece que los perdieron.

García se da media vuelta y no ve ningún auto.

¿Quién nos viene siguiendo? ¿Qué te pasa, huevón?, le pregunta, fuerte, y le dice que pare, que su casa queda hacia el otro lado.

Es una camioneta roja, empieza Torres Leiva, los vi a la salida del diario.

¿Quién nos va a seguir? ¿En qué estás metido, huevón?

Los garabatos van a continuar, porque Torres Leiva seguirá zigzagueando entre las calles, conejeando, como dicen los colectiveros, eso intenta hacer Torres Leiva mientras sube por una calle y ya está cerca del cerro Dragón.

¡Pero habla, huevón!, le insiste García. Torres Leiva no responde. Está concentradísimo. Parece que los perdieron. Dobla en un pasaje y se estaciona. Apaga el motor. Ambos huelen a humo, todavía, el auto huele a humo y ese olor no desaparecerá por un buen rato. Ni del auto ni de la ropa que llevan en ese momento.

¿Cómo llegamos a tu casa?

¿Pero quién nos seguía? ¿Quién te va a seguir?

No sé. Ayer también estaban afuera del diario. Me siguieron, pero después de unas cuadras doblaron y nos lo vi más.

¿Pero son los pacos?

Yo creo.

Que Jehová nos proteja, dice García y le da las indicaciones para llegar a su casa.

Vive cerca del Tierra de Campeones. Poco antes de llegar al pasaje que los lleva a la casa de García, Torres Leiva vuelve a ver la camioneta. Sí, es la misma. Los sigue por un par de cuadras, pero luego dobla y desaparece.

La amenaza se repetirá por varios días, durante las próximas semanas, pero eso no lo sabe aún Torres Leiva, que estaciona, finalmente, fuera de la casa de García, una casa grande, dos pisos, antejardín, tres perros —de razas difíciles de identificar, aunque quizá no sean de ninguna raza— y dos autos estacionados: un Mitsubishi Pajero blanco, cuatro puertas; un Toyota Célida negro, con alerón.

García se desabrocha el cinturón y le da las gracias.

¿Qué me querías decir? ¿Quién es el diputado Mamani?, le pregunta Torres Leiva antes de que se baje.

García se queda detenido, con la mano a punto de abrir el pestillo, son solo unos segundos, la vista detenida en un lugar impreciso, pareciera estar dándole forma en la cabeza al recuerdo, decir algo, decir algo.

Se da media vuelta y lo dice:

Después te cuento lo de Mamani.

¿Pero quién es?

Antes de ayer me dejaron una mochila afuera de la casa, dice García: le explica de qué color es la mochila, le dice que no tenía nada adentro, que estaba cerrada, que al principio tuvo miedo y dudó en abrirla, pero luego su mujer le dijo que no fuera tonto y la abrió y no encontró nada. La tiraron en el basurero que hay afuera de la casa. Pero esa noche, antes de dormirse, cuando ya estaba acostado, recordó que sí conocía esa mochila.

Pero no tiene sentido porque la tienes tú, le dice a Torres Leiva y Torres Leiva le explica que ya no la tiene, que se la robaron.

Chucha, dice García y se toca la frente. Cierra los ojos.

¿La botaste?

No, no, la tengo, pero te la paso después. También tenemos que hablar de otra cosa. Estoy escribiendo un libro, pero me siento mal, dice y ahora sí abre el pestillo y sale del auto, rápido.

Abre la reja y al mismo tiempo alguien abre la puerta de la casa. Es una mujer rubia, en realidad es una mujer con el pelo teñido —de eso se dará cuenta tiempo después Torres Leiva, cuando la vuelva a ver antes de que partan de viaje a Tacna— y ella lo abraza y detrás aparecen dos niños más o menos iguales a García, que también se aferran a él.

Torres Leiva no sabe todavía que esa mujer se llama Sara, que tiene nueve años menos que García, que primero fueron amantes —dos meses, luego cuatro, después un par de años— hasta que consiguió que él dejara a su mujer y formara, así, una familia con ella. No están casados, a pesar de que ella le insiste, casi todos los días, en que le pida el divorcio a su exmujer y así puedan presentarse en el Salón del Reino y casarse frente a sus hermanos Testigos de Jehová.

Pero nada de eso sabe aún Torres Leiva, que enciende el motor y se aleja de esa casa, de esa imagen de familia feliz. Aquello lo seguirá por un rato —le dará vueltas a la imagen de la mochila, también— hasta que vuelve a aparecer en el espejo retrovisor la camioneta roja y, entonces, empieza nuevamente a conejear por esas calles desconocidas de Iquique. Ahora, eso sí, es más difícil, porque ya se hace de noche y piensa que va a perderse, está seguro de que va a entrar a algún pasaje sin salida, piensa que esa calle estrecha por la que avanza lo llevará a ninguna parte, y se asusta, y dobla en la primera esquina que encuentra.

Ahora sí.

Un centro de llamados.

Lo ve ahí, a un par de metros. Se estaciona al frente, baja rápido y le pide al hombre que atiende tras el mesón un teléfono.

La número cuatro, le dice y Torres Leiva entra a una caseta y busca en su billetera el papel donde anotó el número de teléfono de Ana. Marca. No le contesta. Cuelga. Vuelve a marcar. Tampoco. Insiste. Insiste. ¿Aló?

¿Ana?

Sí, ¿quién habla?

Yo, dice Torres Leiva, como si eso fuera suficiente. Se escuchan los gritos de Leonor, parece que se ríe, son carcajadas.

¡Paren, que no me dejan escuchar!, grita Ana. ¿Aló?

Sí, disculpa, ¿con quién hablo?

Conmigo, vuelve a decir Torres Leiva, tengo un problema.

Sí, dime, responde ella.

¿Estás bien?, pregunta él.

Sí, dime.

Pero no suenas muy bien.

Sí, es que la niña está un poco inquieta.

Ah, entonces mejor no te molesto.

No, dime, qué pasa. Te escucho.

Torres Leiva empieza:

Me están siguiendo. Una camioneta roja. No sé qué hacer. ¿Me puedes ayudar? ¿Puedo ir a tu casa?

Las carcajadas de Leonor continúan. No hay respuesta. Se escucha la voz de un hombre. Leonor le dice que pare, que se va a hacer pipí, que por favor no le haga más cosquillas.

¿Venir ahora? No puedo ahora, dice ella, estoy con la niña, está inquieta. Pero anda a hacer la denuncia. No puedo hacer más, perdona.

Torres Leiva no alcanza a contestar cuando ella le cuelga. Se queda un rato con el auricular en la mano. Piensa qué hacer.

Cuelga.

Marca otro número.

¿Aló, Lucía?

Hola, ¿cómo estás?

Bien.

La palabra queda a mitad de camino. Falta una frase, completar con algo más esa respuesta breve. Seguramente Lucía espera eso, porque tampoco habla.

¿Está Matías?

Sí, lo llamo. ¡Matías, tu papá!

El niño se pone al teléfono, lo saluda, le habla rápido, le dice que está jugando Play Station con Francisco.

¿Quieres hablar con él?

No, dice Torres Leiva.

¡Francisco, ven a hablar con mi papá! ¡Te va a caer bien! ¡Cuéntale que van a tener un hijo con mi mamá!

Habla con tu papá, le dice Lucía.

¡Francisco, ven poh! Mira, te va a caer bien mi papá. A él también le gusta el fútbol. ¡Mira, ven!

Lucía le quita el teléfono.

Oye, mejor llámalo en otro momento. Está un poco inquieto.

Bueno, responde Torres Leiva y corta.

Paga las dos llamadas y sale del lugar.

Mira hacia todos lados. No ve la camioneta roja. Se sube al auto y vuelve a la residencial. Antes de llegar, eso sí, no deja de mirar en ningún momento el espejo retrovisor. Aunque ya no hay rastros de la camioneta.

Entra rápido a la casa, sube a su pieza y se acuesta.

Esa noche sueña con su madre. Van atravesando el desierto en un auto. Ella conduce y le dice algo que, cuando despierte, él no va a recordar.

Recuerda perfectamente el último matrimonio que le tocó fotografiar. Era una pareja ya mayor, tenían entre cincuenta y sesenta años, piensa. No cometió la imprudencia de preguntar la edad, pero en la ceremonia había hijos adultos y muchos nietos que no dejaron de correr, durante toda la tarde, por esa casa de Melipilla donde vivían los novios. Era una parcela generosa, recuerda Torres Leiva. Le impresionó, sobre todo, un invernadero que tenían detrás de la casa, cerca de una piscina donde se bañaron los niños después de que un cura bendijera la ceremonia.

Era un invernadero grande, como el de la Quinta Normal, le dice a Ana, que toma un té mientras lo escucha. Están en su departamento. Leonor duerme desde hace unos minutos. Luchó contra el sueño lo más que pudo, hasta que Ana se acostó a su lado y, finalmente, se rindió.

¿Y te gustaba hacer eso?

Claro. Imagínate ese invernadero, encontrarte con ese invernadero ahí, en mitad

de una parcela.

Y le sacó fotos, todas las fotos que pudo. Tenía que probar la luz, le decía a los familiares de los novios, y le sacó fotos al mediodía y también cuando empezaba a atardecer y los niños se bañaban en la piscina, mientras sus abuelos y sus padres bailaban Giolito y su Combo y La Sonora Palacios. Y en algún momento, cuando ya caía la noche y los más jóvenes se pusieron a preparar un asado, el dj cambió el rumbo de la música y puso Los Huasos Quincheros. El novio, entonces, tomó el único micrófono que había en el lugar, el mismo que utilizó para leerles una carta a sus hijos y a sus nietos, y a los hijos y a los nietos de quien ahora era su mujer, poco después de que el cura los bendijera, ese mismo micrófono tomó entonces, y se puso a cantar «El corralero». Al principio solo, y luego toda la familia —numerosa, treinta, cuarenta personas— se unió a su canto, pues todos se sabían perfectamente la letra, y no solo de esa canción, sino también de las que siguieron cantando cuando el dj detuvo la música y un hombre trajo un par de guitarras que tocaron con fuerza durante la última parte de la noche.

Sácale fotos a mi papá con la guitarra, le pidió uno de los hijos del novio, y Torres Leiva disparó una, dos, tres veces, sabiendo que aquellas imágenes serían inútiles, pues ya la luz se había ido; pero disparó, de todas formas, sobre esos rostros desenfocados hasta acabar con todos los rollos que había llevado al matrimonio, cuando ya era pasada la medianoche.

Después de eso se fue y reveló las fotos al día siguiente. El mismo día que las entregó le salió lo del trabajo en Iquique y se vino.

Ana termina de tomarse el té. Aparece Matilde y se sube arriba de sus piernas.

¿Y las fotos quedaron bien?, le pregunta.

No. Algunas. La luz era muy mala.

La gata se acuesta sobre las piernas de Ana y se duerme. Tiene una cama en el balcón del *living*, frente a ellos, un balcón chico que da a la multicancha de El Morro. Es un edificio de cinco pisos, son varios blocks que rodean la multicancha. Más allá está el mar, pero no se escucha ni se ve desde ahí. Solo la multicancha, que a esa hora de la noche está vacía, con las luces apagadas.

Ana le pidió disculpas al día siguiente de su llamado. Le explicó que esa noche estaba con el papá de Leonor, que estaban en medio de una discusión, que por eso no pudo atenderlo. Torres Leiva le dijo que estaba bien, que no era su obligación, que ni siquiera eran amigos, pero que no se le ocurrió a quién más llamar.

Está bien, si a mí me tenías que llamar, le dijo ella muy segura y él no dudó en hacerlo esta misma noche, cuando volvió a ver la camioneta roja apenas salió del diario. En realidad esta vez no la llamó: se subió a su auto y fue directamente al departamento, tocó el timbre y ella lo hizo pasar y ahí están, desde hace unas horas, conversando.

Ximena aún no despierta del coma. Hablan de ella, de cómo avanza la investigación, de su familia que tampoco parece. Solo su abuela, que ha construido

un hogar en esa habitación donde duerme su nieta, llena de cables que la mantienen con vida. Ha llevado sus peluches, sus cuadernos, un poco de ropa, pues sabe que va a despertar, eso dice, que va a despertar, y que cuando lo haga es necesario que ella se sienta en casa, que no se desoriente, que entienda rápido que todo fue un mal sueño. Lo que no sabe la abuela, sin embargo, es que si despierta la enviarán a una pieza común, donde tendrá que compartir con otras personas, todas achoclonadas, con incómodos horarios de visita y enfermeros impávidos, que nunca sabrán —ni querrán— responder sus preguntas, porque son así, porque eso es un hospital y ella tendrá que entender rápido aquellas coordenadas, el lenguaje de esos pasillos fríos y mal iluminados.

Pero Ximena no despierta todavía, y es difícil que pueda hacerlo, dice Ana, quien ha estado en constante diálogo con los médicos. La niña respira, pero no abre los ojos.

Hay en ese sueño —en el sueño de Ximena— una historia de horror, piensa Torres Leiva, un relato quebrado y lleno de miedos, un lugar imperfecto, el viaje que nunca podrán reconstruir. Lo imagina así: un tren que se pierde en unos bosques, un tren de carga y ella colgada del techo, viajando así durante toda la noche junto a otros niños, aferrados como pueden, atravesando ese bosque oscuro hasta que desaparecen. Lo imagina así: un viaje que nunca termina, que intentan abandonar, sin conseguirlo.

¿Has hablado con Matías?

Sí, le dice él y no agrega mucho más. En los días siguientes le mostrará fotos, fotos de Matías, muchas, y también algunas donde aparece Lucía junto a Antonia, aunque nunca dirá sus nombres. Solo hablará del niño, de su obsesión por el fútbol y los dinosaurios. De su personalidad amistosa, de esos días en que iban al parquecito que quedaba cerca de su casa y lo veía en acción: hablaba con todos los niños, mayores y menores, daba igual, él hablaba e inventaba juegos, les prestaba su pelota o los dinosaurios que a veces le dejaban llevar. Pasaba horas jugando, sin darse cuenta de que su padre lo estaba fotografiando en todo momento.

Ana verá fotos de ese parque, de esos niños, de Matías jugando con los dinosaurios en la tierra, pero ahora no sabe nada de aquello. Ya es tarde. Torres Leiva tiene que irse. Lo dice en voz alta: me tengo que ir, y se pone de pie.

Ella lo acompaña a la puerta. Antes de despedirse, le insiste en que tiene que ir a Carabineros a poner la denuncia. Que después todo se puede poner más feo.

¿Más feo?, pregunta él y luego se ríe: no va a pasar nada. Prometo no volver a molestarte.

No me molestas.

Él le da un beso en la mejilla y le da de nuevo las gracias.

Si sé algo más de Ximena te aviso, le dice ella y cierra la puerta.

La próxima vez que él vuelva a ese departamento, no va a tener que salir de noche, cuando la niebla se toma la ciudad y el mar se escucha desde ahí.

La próxima vez él dormirá en el sillón, y unos días más tarde, cuando Leonor se

quede con su padre durante un fin de semana, Torres Leiva dormirá con Ana. Y esas noches se repetirán hasta transformarse —de una u otra forma— en la cotidianidad de sus vidas.

Aunque no durará mucho.

Un día, Ana le pide que le cuide el departamento mientras viaja junto a Leonor a Antofagasta: su madre está enferma y quiere pasar unos días con ella. Torres Leiva acepta, sin problemas, y esa noche va a buscar ropa a la residencial. Va lo más tarde posible, pues no quiere encontrarse con don Mario y tener que dar explicaciones por las noches en que no ha vuelto a dormir. Sabe que él se las exigirá, así que va tarde. Hace un bolso y baja en silencio por la escalera. Cuando abre la puerta, se encuentra con García.

Te tengo que contar algo, le dice.

Se suben a su auto, que está estacionado frente a la residencial. García enciende un cigarro, baja el vidrio de su puerta y empieza.

## II

La historia es así: se perdieron hace unos años, cuatro, cinco, tal vez seis. Salieron de sus casas una mañana rumbo al liceo y no volvieron más.

Eran niñas, tenían entre nueve y quince años, todas iban a un mismo liceo —el Pedro Prado—, todas llevaban su uniforme, sus jumpers, sus zapatos negros, sus corbatas rojas, sus camisas blancas, sus mochilas llenas de cuadernos. Algunas se conocían entre sí. Las unía el liceo y, en la mayoría de los casos, una población —La Negra— en la que nacieron y crecieron, a un costado de Alto Hospicio, cerca de los cerros, en ese lugar donde solo hay tierra y más allá algunos basurales clandestinos que usa la Municipalidad de Iquique. Tenían tres o cuatro años cuando vieron pavimentar algunas de las calles, y las casas de madera se fueron transformando en casas de adobe. Crecieron en un lugar que apareció, años antes de que nacieran, de un día para otro, a fines de los 80, en medio del desierto. Una toma de cientos de personas que no tenían dónde vivir y que de pronto armaban, con más ganas que otra cosa, una ciudad: unos palos de madera y la voluntad de cambiar sus vidas, que no iban hacia ningún lado allá abajo, en Iquique. Las niñas vieron cómo sus padres trabajaban todo el día en lo que fuera para llegar en la noche, solamente, a dormir. No hablaban con ellos, no había tiempo ni ánimo. Eso lo entendieron desde muy chicas. La infancia se acabó muy rápido, pero no alegraron nunca, no correspondía. Luego vino el liceo y se dieron cuenta, muchas de ellas, de que la vida era eso y nada más. Que tal vez estudiando algo las cosas podían cambiar, pero no. Iban porque había que ir. Caminaban hasta la pasarela que cruza la carretera y une las dos partes de Alto Hospicio, y esperaban a que llegara la micro que las dejaba en la puerta del liceo. Aprendieron, con los años, que si se quedaban dormidas y salían atrasadas de sus casas, entonces podían hacer dedo en la carretera o subirse a alguno de los colectivos piratas que las llevaban por cien pesos. Aprendieron, también, más rápido que nadie a desconfiar: de sus compañeros, de sus hermanos, de sus padres, de sus madres, del vecino que las miraba mucho y del hijo del vecino que a veces las invitaba a salir. Por eso nadie entiende nada, por qué un día salieron de sus casas, temprano, y no volvieron más. Nadie las vio. Nadie sabe nada, pero entonces apareció Ximena ahí, cuando veníamos de vuelta, a un lado de la carretera, y empezó esto.

La niña está inconsciente en el hospital, respira con dificultad. Los médicos que la cuidan piensan que se va a morir en cualquier momento, pero prefieren no decírselo así a su abuela. La señora Mirna no habla, llora mucho eso sí, pero no habla. A veces, cuando está sentada afuera de la habitación de Ximena, deja de llorar y piensa. No sabemos qué piensa, pero está ahí, sola, en silencio, esperando que su nieta despierte. La ha podido ver un par de veces, llena de tubos, su cara hinchada, los ojos cerrados, las máquinas que trabajan, los médicos que se pasean y que no se atreven a darle un

pronóstico más claro. Hablan en ese idioma ininteligible, lleno de siglas y de palabras que no hacen más que esconder lo que no son capaces de decir. Pero la señora Mirna está ahí, no se mueve. No se va a mover. Trajo una frazada y el frasco en el que lleva los escarabajos que come todos los días, desde que le detectaron hace un tiempo cáncer a la uretra. Los cría en frascos con pan, come cerca de sesenta escarabajos al día y, al parecer, por lo que le han dicho en el consultorio de Alto Hospicio, la enfermedad ha comenzado a desaparecer. Pero ella no se fía. Los sigue comiendo cuando despierta y poco antes de dormir. Ximena no sabe que su abuela tiene cáncer. Se lo detectaron poco después de que ella saliera de la casa, temprano, y no volviera más. Mirna lo descubrió porque empezó a orinar sangre. Por un momento pensó que le había vuelto la menstruación, pero era imposible. Llevaba varios días pidiendo ayuda en la Municipalidad de Iquique para que buscaran a Ximena, pero nadie la tomaba en cuenta. Entonces se vio esa mañana sentada en la taza del baño con todo lleno de sangre. Pensó que era por los nervios, pensó cualquier cosa hasta que en la tarde, cuando fue al baño nuevamente, se dio cuenta de que no era una casualidad, pues ahí estaba una vez más la sangre. Ella ha estado todos estos días esperando afuera de la sala donde su nieta duerme. En la tarde han ido más familiares de las niñas a preguntarle cómo sigue Ximena. Ella da siempre la misma respuesta: bien, igual, los doctores dicen. Pero no es capaz de explicar mucho más. Cuando le contaron que estaba en el hospital de Iquique, Mirna le pidió al único vecino de su cuadra con auto que por favor la llevara. Así que agarró un chaleco, la Biblia y partieron. En el camino no dijo nada, se fue rezando con los ojos cerrados, sin soltar la Biblia. Cuando llegó al hospital y la hicieron pasar a la habitación, Mirna sintió que se iba a desmayar. Pero avanzó, rápidamente, hasta entrar a la pieza y verla ahí, recostada, su pelo largo, negro, sus ojos cerrados, la misma niña que desapareció hace casi dos años: el mismo largo del pelo, la misma cara, el tiempo detenido y a un lado, en una silla, su ropa del colegio. Entonces Mirna volvió a sentir que se desmayaba.

Y se desmayó.

El diputado Mamani aparece escoltado por dos hombres y le dice que no se levante, que no es necesario, aunque Mirna no hace ningún intento de levantarse. Él se pone en cuclillas, a la altura de ella, que está sentada tomando un té, y apoya una de sus manos en su rodilla, que está cubierta por una frazada. Es casi medianoche. El diputado acaba de llegar a la ciudad, después de haber tenido que ir a sesionar a Valparaíso. Tiene ojeras. En realidad, si uno se fija bien, los ojos están pequeños y rojos, pero le sonrío a Mirna y le pide disculpas por la hora. Le explica lo de su trabajo y le dice que apenas supo la noticia, viajó a Iquique. Y aquí estoy, le dice, para ayudarla en lo que pueda.

Mirna le da las gracias, pero le dice que prefiere seguir sola en esto. Podría agregar otros motivos: las idas a la municipalidad para que no le dieran nunca una

audiencia con el alcalde, la burocracia en forma de oficinas que se multiplican sin que nadie se haga cargo de nada, los carabineros y las explicaciones inútiles, el pasado irreconciliable, la búsqueda de su esposo durante tantos años ya. Casi treinta años. Mirna podría decir muchas cosas, pero simplemente le explica que prefiere seguir sola en esto, que muchas gracias pero que está bien, que su nieta va a sobrevivir y que a estas alturas eso es lo único que le importa.

El diputado Mamani le toma una mano y le dice que la escuche. Ella lo mira: sus ojeras, la piel quemada por los años de sol, los dientes tan blancos, el pelo largo y abundante, las canas.

Esto no se trata solo de su niña, empieza él, esto es algo difícil de explicar, pero es un problema grande, un problema que afecta a toda la comunidad de Iquique y Alto Hospicio, ¿me entiende? Yo comparto su dolor y su preocupación. Usted sabe, yo perdí a Camilita cuando tenía once años, la perdí y tuve que aprender a vivir con ese dolor, con esa ausencia, con ese vacío en mi corazón. Un dolor que nunca se acaba, señora, porque todos los días, cuando me levanto temprano en la mañana, todos los días, cuando abro los ojos, en lo primero que pienso es en ella, en su libertad, en su sonrisa, en su mirada inocente y tan llena de vida. Pienso en todo lo que le faltó por vivir. Y, a veces, cuando mi mujer sigue durmiendo unos minutitos más, yo me levanto al baño, cierro la puerta y empiezo a llorar —dice el diputado Mamani y sus ojos le brillan, o eso cree ver Mirna, sus ojos pequeños, rojos, brillantes—. Y, a veces, no puedo controlar el llanto, pero me contengo, lo intento, no quiero que mi esposa me escuche, porque ella también, todos los días, sufre por nuestra niña, por Camila, que hoy ya sería una estudiante universitaria, una muchacha hermosa, inteligente. Por eso la necesito, señora Mirna, por eso necesito que me deje ayudarla. Piénselo. Por esas niñas, por su niña, tenemos que estar unidos y trabajar juntos, acompañarnos, dejar atrás las diferencias, dar vuelta la página, porque no podemos estar siempre pensando en el pasado, dice, no nos hace bien. Es necesario que demos un paso adelante y trabajemos juntos, porque yo sé que es difícil, sé lo que significa estar sentado horas y horas en un hospital, afuera de la pieza donde intentan salvarle la vida a una hija. Lo sé, señora Mirna. Por eso, piénselo. No me diga nada ahora. No me responda ahora. Piénselo. Y cualquier cosa que necesite, me avisa. Aquí tiene mi tarjeta. No dude en llamarme —dice él e intenta abrazarla, pero Mirna se queda inmóvil—.

El diputado, finalmente, se pone de pie y se va, junto a sus dos escoltas. Mirna lo observa alejarse por el pasillo. Lo ha visto muchas veces: en la televisión, en los diarios, en la inauguración de la multicancha que hicieron cerca de su casa en Alto Hospicio, en los actos de fin de año del liceo de Ximena. Lo ha visto muchas veces, pero nunca se había dado cuenta de esa cojera en el pie derecho que no le permite caminar bien. No sabe si es algo que le habrá sucedido hace poco o si es algo que siempre tuvo, pero lo ve alejarse, cojeando, por el pasillo del hospital.

La prima de Ximena desapareció dos meses antes que ella. Los últimos que la vieron fueron sus compañeros de primero medio. Dicen que después de clases se subió a un auto blanco y que no supieron más, hasta que al día siguiente, cuando estaban saliendo del liceo, apareció su madre y preguntó por ella. Los alumnos se miraron entre ellos y nadie dijo nada, primero, hasta que una de sus mejores amigas mencionó el auto blanco y luego nada más, porque a partir de ese momento, a partir de la imagen de Daniela arriba de ese auto, el relato se volvió mudo, inexacto y vinieron los rumores. Ximena prefirió no escucharlos, pero ahí estaban. Llegaron a su casa, llegaron a la casa de su tía, los carabineros del retén de Alto Hospicio decidieron divulgarlos, entre cervezas y comidas, en La Negra y en las otras poblaciones: la vida miserable y la posibilidad de cambiarlo todo. Los abusos, las familias a medio camino, los pedazos y la sangre, la vida que parece estar en otro lado.

Cuando pasaron dos días y Daniela todavía no regresaba a casa, Ximena decidió sacarle fotocopias a un retrato de su prima y pegarlas en los postes de luz: primero en La Negra y después en las otras poblaciones, incluso en Iquique: puso la foto en el hospital y en los consultorios y en la Zofri y en el centro. El rostro de Daniela —una cara redonda, el pelo rubio y largo, los lentes— multiplicado, en blanco y negro, como si en un momento fuera parte de la ciudad, y abajo unas palabras: Daniela Soto desapareció el martes 7 de octubre en Alto Hospicio. Ayúdenos a buscarla. Cualquier información al número #443010.

Ximena y Mirna recibieron algunos llamados, pero nadie fue capaz de decir algo concreto. Un hombre dijo que la había visto en Cavancho, bañándose en la playa; una niña dijo que la había visto en el centro de Alto Hospicio; una mujer dijo que la había visto rondando la comisaría de Iquique. Ximena fue a todos esos lugares, pero no la encontró. También la invitaron de un par de radios comunales para hablar sobre su prima; incluso, fue al matinal de Telenorte y pidió, frente a las cámaras, que por favor si alguien sabía algo y tenía miedo de decirlo, que lo hiciera de forma anónima, pero que hablara, porque ella y su familia no podían seguir viviendo así, con la angustia de no saber dónde estaba Daniela. Ahí, frente a las cámaras, Ximena, que tenía catorce años, le habló también a su prima: si te fuiste por decisión propia, le dijo, si lo hiciste, prima, por favor dínos que estás bien. Te prometo que tus papás no te van a decir nada ni te van a obligar a volver, prima. Te lo prometo.

Minutos después, mientras hablaba un psicólogo con los conductores del programa, tuvieron un contacto telefónico con el diputado Mamani, quien prometió que prestaría toda la ayuda posible para encontrar a Daniela. Destacó la valentía de Ximena, aprovechó de reiterar el abandono en que el alcalde de Iquique tenía toda la zona de Alto Hospicio y no pudo evitar mencionar al general Pinochet. Entonces los conductores —dos muchachos que aún estaban estudiando en la universidad— asintieron con sus cabezas al mismo tiempo, y cerraron el contacto dándole las gracias al diputado Mamani.

Esa tarde, cuando Ximena volvió a su casa, después de haber recorrido todo el

centro de Iquique entregando la fotocopia con la imagen de su prima, se encontró con dos carabineros en el *living*, quienes hablaban desde hacía un rato con su abuela Mirna.

Saludaron a Ximena y estuvieron, durante una hora, haciéndole preguntas sobre la vida de su prima, sobre sus amigos, sus pololos, sobre la supuesta relación que tenía con un profesor del liceo y con un conductor de camiones que la visitaba todos los fines de mes. También le preguntaron si ella sabía que su prima estaba embarazada cuando desapareció y le dijeron que, según las informaciones que habían logrado recabar, ella se encontraría en la casa del padre de esa guagua; no sabían con toda seguridad, todavía, si estaba en Camiña, en Pisagua o en Antofagasta, donde la habían visto durante esos días.

Le preguntaron a Ximena si conocía esos detalles y ella dijo que no.

Los carabineros le anunciaron a la señora Mirna, entonces, que si ellos lograban comunicarse con Daniela, se lo harían saber a la madre y también a ella, pero que no estuviera preocupada, porque según sus informaciones, la niña se encontraría bien.

Los hombres se pusieron de pie, se despidieron y se fueron en silencio de la casa.

Días después de este encuentro, Ximena saldría de ese mismo lugar y desaparecería por casi dos años hasta el momento en que la encontramos al borde de la carretera.

No sabían que eran primas cuando se conocieron en el tercero básico C del Pedro Prado. Sus familias se habían peleado en algún momento de los años 90, cuando el alcalde Soria llegó al municipio, por segunda vez, y empezó a entregarles materiales para que construyeran, con sus propias manos, en los terrenos que les dio la municipalidad. La familia de Ximena y la familia de Daniela habían participado juntas de la primera toma que se hizo en ese terreno, que luego sería Alto Hospicio: no había nada, solo tierra, los cerros, la basura que tiraban los camiones municipales, nada más. Una carretera que cortaba el lugar en dos, más allá algunas fabricas. Una de estas, un día de enero de 1986, explotaría en medio del desierto. El papá de Ximena trabajaba ahí. Ese día tenía turno y llegó temprano a manipular aquellos materiales con que armaban bombas de racimo. Las bombas se hacían durante el día en aquella fabrica y luego, durante la noche, distintos camiones atravesaban esos pequeños campamentos que conformaban Alto Hospicio para luego bajar y cruzar Iquique, cuando todos dormían, hasta llegar al puerto y enviarlas a Irak y otros países que estaban en guerra. Era en ese entonces un secreto, o un rumor que a veces se transmitía entre los iquiqueños, que no veían esos camiones, pero los imaginaban bajando por el cerro rumbo al puerto, todos juntos, en fila, cargando esas bombas de racimo cuando la ciudad dormía. Dicen que bajaban a eso de las cuatro de la mañana, quizás a las cinco, cuando la madrugada se hacía notar en el silencio de las calles, en el frío. Pero nunca nadie los vio realmente, a pesar de que el rumor jamás

desapareció. Prefirieron desviar la mirada, dejar que aquellos camiones recorrieran la ciudad a esa hora fría, pues aquella empresa les daba trabajo a muchos iquiqueños, aquella empresa era vital para la economía del lugar. Pero si un día uno de esos camiones chocaba, si un día alguno de esos conductores se quedaba dormido y volcaba, la ciudad hubiese desaparecido completamente. La imagen de una explosión envolviendo el lugar, las bombas esparciéndose por la ciudad, en todas las direcciones posibles, incontrolables. Sabían que podía ocurrir eso, pero nadie dijo nada hasta esa mañana de enero de 1986, cuando aquella fábrica explotó en medio del desierto. Fueron veintinueve obreros los que murieron ese día. Uno era abuelo de Tamara y otro de Constanza. También estaban el padre de Ximena, el de Amanda, un tío de Daniela y otro de Francisca. Ninguno de ellos las vería crecer. Ninguno iba a imaginar que un día sus hijas, sus sobrinas, sus nietas, se iban a encontrar en un mismo liceo, y menos que terminarían desapareciendo.

Los veintinueve obreros murieron en el mismo instante en que ocurrió la explosión.

Ximena nació un par de meses después, la misma semana que Daniela. Se hicieron amigas porque les gustaba cantar. Bailaban, también, pero las dos se diferenciaban del resto de sus compañeras por la voz: Ximena y los tonos agudos, Daniela y los tonos graves. Entraron al coro del liceo y después compitieron en un par de festivales de Alto Hospicio: una vez empataron, otra vez ganó Ximena y la última vez ganó Daniela, cuando ya tenían trece años y les gustaba imitar a Britney Spears y Christina Aguilera. Antes, les había ido bien con Myriam Hernández y también incursionaron en algún momento en el sound, a pesar de que en general estos grupos eran liderados por hombres. Pero a ellas les daba lo mismo ese detalle: en el festival en el que empataron —que se hizo en el patio del Pedro Prado—, ambas llevaron a sus grupos sound y salieron al escenario a cantar canciones que habían escrito ellas mismas: una mezcla entre Myriam Hernández, Shakira y Alegría, unas letras que hablaban sobre hombres hermosos que las habían abandonado, sobre la rabia y los celos, sobre el llanto que no podían contener todas las noches al saber que esos hombres nunca regresarían. Y todo al ritmo de esas baterías electrónicas mientras ellas se movían en el escenario, con el desplante de quien sabe que el mundo le pertenece por completo, así bailaban y movían sus pelos largos que les llegaban hasta la cintura, al ritmo de esas baterías y esos teclados que acompañaban sus voces en mitad de la noche, frente a todos los alumnos del Pedro Prado. El jurado —que estuvo compuesto por los dos profesores de música del liceo más la inspectora— no pudo decidirse por cuál lo había hecho mejor, así que decidieron premiarlas a ambas con dos galvanos en los que aparecía la imagen del frontis del liceo y atrás unos cerros.

Esa noche se fueron a celebrar juntas, a la casa de un amigo de Daniela, que vivía en Iquique, cerca de la playa. Sus familias seguían sin hablarse, pero a ellas eso les daba lo mismo. Tampoco intentaron averiguar qué había pasado en esos años cuando

sus mamás —que eran hermanas— se pelearon. Ellas se hicieron amigas, se hicieron hermanas, pues las dos eran hijas únicas, y se acompañaron hasta que Daniela desapareció y, entonces, Ximena no dudó en salir a la calle a buscarla.

Por ese tiempo, su mamá ya se había ido con un hombre, con quien formó una nueva familia. Nunca más se hablaron. A veces conversaba por teléfono con su abuela Mirna: al parecer tenía dos niños y también criaba a la hija de su pareja, una niña del matrimonio anterior de él. Vivían en Chañaral. Nunca preguntaba por Ximena. Y Ximena, en un momento, también aprendió a no preguntar por ella. Aunque a veces pensaba en cómo hubiera sido su vida junto a esa familia. Imaginaba esos hermanos, ese padrastro, esa vida de familia. Los veía ahí, sentados en las primeras filas, cerca del escenario, cuando se subía en los festivales y cantaba. Aplaudirían, aplaudirían con fuerza, imaginaba ella, gritando su nombre, sonriendo, orgullosos de su voz, de su desplante, de su ángel.

Eso tenían Ximena y Daniela, repetían los jurados en todos los festivales: ángel.

Antes de conocer a Pablo, Daniela se enamoró de un hombre mayor. Los separaban casi treinta años. Él tenía una familia, dos hijas mayores que Daniela, un matrimonio que no funcionaba desde hacía mucho tiempo, una mujer que ya no lo quería, una casa, un trabajo en Iquique como cargador de un galpón en la Zofri. Eso sabía Daniela. No preguntaba más de la cuenta. Hablaban de otras cosas. De su futuro, de sus sueños, mucho. Cuando él la pasaba a buscar en la tarde a Alto Hospicio e iban hacia las playas que están en las afueras de Iquique, lejos, sin que nadie los molestara, ella hablaba de lo que quería ser cuando grande, de su deseo de seguir cantando y bailando. Él la escuchaba atentamente, en silencio, y le decía que podría hacer todo eso, que era talentosa, que tenía ángel. Nunca se acostaron. A veces, cuando ella recordaba ese tiempo que pasó junto a él, se preguntaba si no fue por culpa de eso que no siguieron juntos. Él nunca le insistió, lo conversaron, ella le dijo que no se sentía preparada, que esperaran, que la entendiera, por favor, y él decía que sí, que no había problema, y se abrazaban y se besaban arriba de su auto, muy lejos de la ciudad. Ximena nunca supo de esta historia, los padres de Daniela tampoco. Días después de que ella desapareciera, su madre encontraría un diario de vida. Sin embargo es difícil rastrear los vestigios de esta historia: nadie los vio juntos, nadie sospechó de esas tardes en las que Daniela bajaba a Iquique y se encontraba con este hombre; nadie iba a ser capaz de entender esta relación. Fueron siete meses los que estuvieron juntos, entre febrero y septiembre de 1998. Un día él no la volvió a llamar, después ese día se transformó en una semana, en dos semanas, en un mes hasta que llegó fin de año y Daniela entendió que se había ido para siempre.

Esa misma noche de año nuevo, después de que Daniela llorara toda la tarde, encerrada en su pieza sin que nadie de su familia comprendiera ese encierro ni ese llanto, apareció Pablo. Se vieron en la fiesta que organizó Francisca, la vecina de

Ximena, otra de las niñas que desaparecería meses después. Había otras dos en esa fiesta, donde fueron puros niños del Pedro Prado, incluido Pablo, que se había matriculado hacía unos días, pues venía llegando de Santiago.

Hay una foto que los muestra a todos en el patio de la casa, abrazados. Atrás, una pared de adobe, el piso de tierra, un par de globos que están a punto de desaparecer de la imagen y los niños: nueve mujeres, ocho hombres, todos tienen entre once y quince años; las niñas con vestidos, los niños con pantalón y camisa; en sus cabezas tienen serpentinas. Todos sonríen, incluso Daniela, que a esa altura de la noche, cuando ya eran casi las tres de la mañana, llevaba un par de horas conversando y bailando con Pablo, el único niño rubio de la foto, rubio y con una cicatriz en la frente que se hizo jugando a la pelota por la sub 15 de Palestino, meses antes de que a su padre lo despidieran de la panadería donde trabajaba y decidiera comprarse un terreno en Alto Hospicio para empezar un negocio.

Quizás decir rubio sea exagerar un poco, pero tenía el pelo castaño claro, corto, y era el único que no llevaba una camisa: tenía una polera negra, que se remangaba hasta los hombros, unos *jeans* nuevos que su papá le regaló para navidad, y unas zapatillas de fútbol Adidas, las mismas que usó Zinedine Zidane en el Mundial de Francia 98. Era el jugador favorito de Pablo, el hombre en quien pensaba cuando entraba a la cancha de La Cisterna y se ponía la 10 de Palestino. No era muy rápido, pero arrastraba el balón como si tuviera un pequeño imán en el pie. Era imposible quitárselo y eso desconcertaba a todos: a jugadores, a cuerpos técnicos, a sus propios compañeros y a la gente que iba a verlo al estadio. Más de una vez se acercaron a su padre, en distintos campeonatos, para convencerlo de que cambiara de equipo, que se fuera a la U o al Colo, pero él no decía nada, pues no creía que el futuro de Pablo tuviera que ver con el fútbol.

Esa noche, Pablo no habló en ningún momento de fútbol, solo se dedicó a bailar y a responder las preguntas que ella le hacía. ¿Por qué se había venido a Alto Hospicio? ¿Por qué la polera y no una camisa? ¿Por qué esas zapatillas? ¿Por qué le gustaba bailar y no se quedaba con los otros niños?

Pablo, con absoluta paciencia, respondía a cada una de las preguntas de Daniela, quien no dejó de hablarle durante toda la noche: tenía rabia y pena, aunque no se le notaba. Escuchaba a Pablo, pero en realidad pensaba en dónde estaría ese hombre que le prometió tantas cosas. Bailó con Pablo hasta un poco antes del amanecer, cuando se dio cuenta de que ya no quedaba casi nadie en la fiesta, solo ellos y su prima y Francisca.

Me tengo que ir, dijo de pronto y entró al *living*, se puso un polerón y se fue caminando a su casa.

Daniela desapareció el 7 de octubre de 1999. Llevaba pololeando con Pablo casi seis meses. Lo quería, lo quería mucho o, al menos, todo lo que podía querer a alguien en

ese momento. Su familia también lo quería. De hecho, iban a ir a Arica ese fin de semana largo. El papá de Pablo ya le había dado permiso y tenían todo listo: partirían temprano y se quedarían en la casa de un tío de Daniela. Irían a la playa, saldrían en la noche a caminar por la costanera, acompañarían a los papás de Daniela a jugar Carioca o, simplemente, a ver televisión en esa casa de dos pisos que el tío Alberto dejaría sola ese fin de semana, pues iría a ver a unos familiares al sur, a Chillán.

Daniela perdió la virginidad con Pablo una noche que se quedaron solos en la casa de él. Fue poco tiempo después de que empezaran a pololear. Ella no quería. Ella no quería estar con él, no quería acostarse, pero tampoco había mucho más que hacer, el futuro era cualquier cosa, no era capaz de armar algo, no tenía ganas de ir al liceo ni de salir de su casa. Pero Pablo estaba siempre: la quería mucho y no entendía qué pasaba. Estaba enamorado de ella y, sobre todo, de eso que no lograba entender. Estaba enamorado de su historia, de esos silencios, de esos momentos en que ella se encerraba en sí misma y desaparecía. A veces ocurría cuando estaban todos, compartiendo en el patio o almorzando en el casino del liceo. Ella se quedaba en silencio y se iba, quién sabe dónde, muy lejos, caminaba, primero, y luego corría por una carretera que no terminaba nunca, cerca de las playas, al sur de Iquique, rumbo a Tocopilla, luego Antofagasta, Copiapó, La Serena, Santiago, Temuco, Puerto Montt, lejos, atravesando esas ciudades; a veces, una mujer detenía su auto a un lado de la carretera para llevarla por unos cuantos kilómetros hasta que Daniela decidía bajarse y seguir caminando, muy lejos de Alto Hospicio, de ese liceo, de ese patio, de esos compañeros, de Pablo.

Demoraba unos segundos en volver. Nadie se daba cuenta, excepto él. Y no le decía nada. Le sonreía. Intentaba explicarle, así, que todo estaba bien, que no se preocupara, que algún día, quizá, podrían irse juntos, que él iba a acompañarla por esa carretera. Pero ella no quería viajar con él, no quería viajar con nadie.

Un mes después de empezar a pololear, a ella se le atrasó la regla. Fueron sin duda, hasta ahí, los peores días de sus vidas. Tenían catorce años y ninguno quería hablar de lo que iba a hacer si es que ese atraso resultaba ser finalmente un embarazo. Pensaron, cada uno en silencio, cómo sería esa vida. Entendieron rápido, eso sí, que no querían interpretar un papel que no les correspondía, porque el futuro y sus padres, y la adolescencia y el amor que nunca iba a ser suficiente. Incluso, fueron a visitar a la virgen de La Tirana. Harían una manda. Se casarían. Eso dijeron en voz alta. Que si Daniela no estaba embarazada, se casarían cuando salieran del liceo. Al día siguiente hicieron dedo y llegaron a la iglesia de La Tirana, pero estaba cerrada. Deambularon un rato por el pueblo, pero no había mucho que hacer. Volvieron a la carretera y regresaron, ya tarde, a Alto Hospicio.

El atraso duró siete semanas. Cuando le volvió a llegar la regla, Daniela sintió que algo más se estaba yendo. Anotó en su diario algo sobre aquella sensación, pero solo su madre leyó esas palabras. Después de esos días infinitos, la relación de Pablo y Daniela cambió. En algún momento de esas siete semanas se odiaron con

vehemencia y sin culpas, pero ninguno se atrevió a expresarlo. Daniela escribía en su diario, Pablo guardaba silencio, ya no había atraso, sin embargo se querían, se necesitaban, los unía algo que no podían nombrar, pero que estaba ahí: ninguno dudaba de eso.

Y así vivieron los meses que antecedieron a aquel 7 de octubre de 1999, con toda la intensidad que les permitían sus catorce años.

Los últimos que vieron a Daniela fueron sus compañeros de curso. Ese día, Pablo no fue a clases, tuvo que acompañar a su papá al trabajo, como se había hecho costumbre en esas semanas, y cuando volvió a Alto Hospicio fue a la casa de ella y no la encontró. Podía haber salido con Ximena o con alguna amiga, podía haber ido a comprar a la Zofri o a recorrer el centro de Iquique, a pesar de que ya había atardecido y Daniela en general nunca se quedaba hasta la noche allá abajo. Pablo se fue, entonces, a su casa, y a eso de las once de la noche escuchó la puerta: los papás de Daniela.

Esa noche fueron a Carabineros a poner la denuncia, pero les dijeron que esperaran, que quizás estaba en la casa de alguna amiga o de algún familiar y que ya iba a regresar. Pero no regresó, como tampoco lo habían hecho Constanza, Amanda ni Tamara, que ya llevaban tiempo desaparecidas.

Daniela no regresó esa noche, ni la siguiente ni cuando Ximena empezó a repartir su fotografía en almacenes y colegios, ni menos cuando desapareció Francisca y más tarde Elena, hasta que publiqué el reportaje en *La Estrella* y Carabineros tuvo que salir a dar explicaciones, porque se supone que estaban investigando la desaparición de las niñas, pero nadie les decía algo concreto a las familias, esquivaban el trabajo, la información, e insistían en la posibilidad de que fuera abandono de hogar. Esa era la tesis que manejaban, que difundían. Les daba lo mismo pensar en las coincidencias, detenerse en los detalles que las unía: todas iban en el liceo Pedro Prado, todas vivían en una misma población, todas fueron vistas por última vez a la salida del liceo.

Cuando desapareció Ximena, empezaron los rumores. Alguien dijo que a las niñas las maltrataban en sus casas, que una se había ido porque su padrastro la violó y que otra se había cansado de que la obligaran a trabajar. Los carabineros empezaron la búsqueda mucho después de que las familias pusieran las denuncias. Los rumores eran fuertes. El abandono de hogar en busca de mejores oportunidades, lejos de esas casas de adobe y de esa tierra. Tacna. Se habían ido a Tacna o a Santiago, aunque ninguna se llevara un bolso ni dejara carta de despedida. Los carabineros recorrían los alrededores de Alto Hospicio creyendo en ese futuro y en esos viajes, en esa otra vida que deseaban las niñas, que no eran tan niñas, porque muchas tenían pololos y ya se habían acostado con más de una, decían.

Cuando la mamá de Daniela encontró su diario de vida, se sentó en la cama, lo leyó dos, tres veces y se quedó detenida, esas dos, tres veces, en los días que hablaban de ese hombre, de esa relación, de esos viajes a la playa en auto y del

momento en que él nunca más volvió a aparecer.

La mamá de Daniela fue a la casa de Pablo y le preguntó si sabía quién era ese hombre. Pablo le dijo que no. Se quedaron callados, en la puerta de la casa. Él pensó, entonces, en los silencios de Daniela, en esos momentos en que ella se iba de donde estaban y se perdía en aquel lugar que él nunca logró descubrir. Pensó en eso, pero no fue capaz de decir nada más.

Pocos días después de que publiqué el reportaje, la mamá de Constanza —once años tenía cuando la vieron por última vez a inicios de 1996— decidió llamar al número de teléfono que le dio una de sus hermanas, en algún momento de todos esos años que su hija llevaba desaparecida.

Ella no creía en eso, le parecía cualquier cosa, pero no había respuestas, no había nada, en realidad: marcó el número y le contestó doña Emilia. Le dio hora para unos días después, que parecieron ser semanas, meses, hasta que esa mañana despertó temprano, le dijo a su marido que tenía que ir a hacer unos trámites al centro de Iquique y salió de la casa cuando aún estaba oscuro. Tomó la micro que bajaba a la ciudad. No había asientos libres, casi todos los pasajeros iban de pie, ella logró acomodarse al final del pasillo, cerca de la puerta trasera.

La micro bajó a Iquique lentamente. La ciudad era una mancha amarilla; el mar, un territorio negro con algunos puntos blancos que terminaba en ese lugar donde se confundía con el cielo, muy lejos de la orilla.

Se juntaron en la Plaza Prat. Doña Emilia llegó tarde, le costaba caminar, andaba con unas muletas. La mamá de Constanza nunca la había visto. Su hermana se la describió alguna vez, pero el pelo blanco era más blanco y los ojos eran más verdes y grandes de lo que imaginó. Una mujer baja, gorda, con una falda que llegaba hasta el piso, avanzando lentamente hacia ella, que la esperaba abajo del reloj, al centro de la plaza.

Se sentaron en una de las bancas, doña Emilia cerró los ojos, le tomó las manos y le pidió que le describiera a Constanza. Ella no supo por dónde empezar. Entonces, doña Emilia habló de las manos pequeñas y del pelo largo, lleno de rulos que se amontonaban en su cabeza; habló de los lentes y de los ojos pequeños; habló del sobrepeso y de la sonrisa. Le dijo que era una niña silenciosa, que le gustaba dibujar, que cuando grande quería ser enfermera.

Ella empezó a llorar. Recordó perfectamente esa última mañana, el jumper, la camisa blanca, las ojeras, el problema de siempre con ese pelo desordenado.

Doña Emilia le dijo que se calmara, pero ella no podía controlarse. Había poca gente en la plaza, un par de señoras barriendo, tres escolares que deambulaban por ahí, los hombres que avanzaban rápido camino a los bancos. Cuando se calmó, doña Emilia le dijo que la acompañara a su casa, que necesitaba que estuvieran solas, que sentía algo, le dijo, sin soltarle las manos.

Atravesaron la plaza en dirección a El Morro, cerca de la playa. Doña Emilia vivía ahí desde que nació. Dicen, de hecho, que fue amiga de Freddy Taberna, que tuvieron algo, pero que después él se enamoró de quien sería la madre de sus hijos y la mujer que lo acompañaba en el momento en que se lo llevaron los militares. Dicen que a la mañana siguiente de que lo ejecutaran, doña Emilia fue a la casa de los padres de Freddy y les dijo que había soñado con él, que lo vio en el mar, nadando, que no sabía exactamente qué lugar era, pero lo vio nadando mar adentro, sin mirar nunca hacia la orilla.

Tiempo después se sabría que lo habían asesinado en Pisagua, pero nunca encontraron su cuerpo. Algunos vecinos estaban seguros de que doña Emilia podía saber dónde buscarlo, pero ella nunca más quiso hablar de Freddy.

Llegaron a su casa caminando. No le gustaban los colectivos, desconfiaba de sus conductores, prefería andar a pie, a pesar de las muletas. Abrió la puerta y le ofreció a la mamá de Constanza un vaso con agua. Se sentaron en el *living*, volvió a tomarle las manos, cerró los ojos y le dijo que ahí estaba: veo tres hombres y una mujer. Constanza va en el asiento trasero de ese auto, la mirada perdida, en silencio. Nadie habla, en realidad. Atraviesan una carretera, dijo doña Emilia pero no lograba ver bien hacia dónde iban, no, no, no es el desierto, hay árboles, un bosque, está oscuro ya, ella duerme.

La mamá de Constanza empezó a temblar, sobre todo sus manos. Tranquila, le dijo doña Emilia, la veo, está con vida, no se preocupe, está ahí, durmiendo, nadie habla pero están llegando a una cabaña, se escuchan las olas, yo las escucho, el bosque, el auto atraviesa el bosque hasta llegar a esa cabaña, el conductor apaga el motor, se quedan todos en la oscuridad, hablan, ella está viva pero con mucho sueño, parece que desde hace días que no logra dormir bien, pero la veo, está entre dos hombres, en el asiento trasero, ellos se bajan, ahora la acompaña una mujer, ellos entran a la cabaña, encienden las luces, la mujer le hace cariño en el pelo, pero Constanza sigue durmiendo, hay un olor, dijo doña Emilia, hay un olor extraño que viene de afuera, de esos árboles grandes, de la tierra, del bosque. La mujer le habla al oído, en voz baja, le habla pero Constanza sigue durmiendo, no despierta, los hombres vuelven, oscuro, todo está oscuro, alguien apagó las luces de la cabaña, no se ve nada, no, la leña, el mar, las rocas, el rumor de las olas, la oscuridad, dijo doña Emilia y luego se quedó en silencio, abrió los ojos y fijó la vista en la puerta de su casa, fueron varios segundos que se extendieron en medio del silencio, hasta que le soltó las manos y le dijo que prefería no seguir, que la disculpara pero que mejor se volvieran a encontrar otro día.

Se levantó y la acompañó a la puerta. La mamá de Constanza le hizo preguntas, todas las que pudo hacer en ese breve trayecto desde el sillón hasta la puerta, pero doña Emilia le volvió a decir que no podía hablar, discúlpeme, pero no puedo, no, dijo ella y se despidió, cerró la puerta y la mamá de Constanza se quedó ahí, afuera de esa casa en El Morro, sin saber qué hacer.

Empezó a caminar hacia el centro, pero luego se devolvió y tocó la puerta una, dos, tres veces: doña Emilia no le abrió, no le iba a abrir y tampoco se volverían a ver, porque ella no le contestaría el teléfono y no habría forma de encontrarla. Pero esa cabaña en medio del bosque no desaparecería de la memoria de las madres, porque todas escucharían la historia, el auto, los tres hombres, la mujer, las olas, los árboles, Constanza; todas escucharían esa historia y volverían a tener la esperanza de que sus hijas, sus nietas, estuvieran con vida.

Sin embargo esa idea se oscureció el día en que empezó a correr otro rumor: nunca se supo de quién era la ouija, si de la prima de Elena o de la hermana de Tamara. Lo que sí es seguro es que después de esa noche, una de las dos no pudo guardar el secreto y habló.

Y lo que dijo fue lo siguiente: llevaban varias semanas juntándose, los viernes, muy tarde, en la casa de los padres de Tamara. A esa hora, ese día, ellos bajaban a Iquique a trabajar descargando camiones cerca del Terminal Agropecuario, camiones llenos de frutas, de verduras, de abarrotes, cajas chicas y grandes que debían guardar durante toda la noche en distintas bodegas. En esa ausencia, las niñas se encerraban en la pieza de Tamara, sacaban la ouija y la llamaban. Lo intentaron todos los viernes del mes de diciembre de 1999 sin conseguir ninguna respuesta muy segura, pues apoyaban sus dedos en el vaso dado vuelta sobre la tabla, y este siempre se movía — no había dudas de que se movía— en distintas direcciones, armando palabras en idiomas que ninguna de ellas conocía. Pero el primer viernes de enero recibieron una señal que las desconcertó: el espíritu hablaba en español. Era un hombre, se llamaba Mario, tenía 47 años cuando murió muy cerca de ellas. Les dijo: M-u-y-c-e-r-c-a-d-e-u-s-t-e-d-e-s—. Le hicieron preguntas: su apellido, si tenía familiares vivos, su lugar de nacimiento, en qué trabajaba antes de morir. Y el vaso se movió lentamente, dando las respuestas necesarias: su apellido era González, tenía familiares vivos, nació en Pozo Almonte y trabajaba en una fábrica, les dijo. Ellas se miraron. La prima de Elena le preguntó cómo murió y el vaso se movió más lento que las otras veces sobre la tabla y marcó las letras n, o, s, e. ¿Te mató una persona?, le preguntó la hermana de Tamara y esta vez el vaso se movió más rápido, de un lado a otro, sin detenerse sobre ninguna de las letras hasta que se quedó fijo en la letra r. Después se dirigió a las a, c, i, m, o.

No entiendo, dijo la hermana de Tamara y entonces el vaso se movió de nuevo de un lado a otro, muy rápido hasta que se quedó detenido en la letra a y no volvió a moverse.

Dijeron las últimas palabras, esperaron a que el espíritu se fuera tranquilo y recién entonces dejaron de apoyar su dedo en el vaso. Guardaron las cosas y se durmieron. No dijeron nada. Solo se acostaron, se dieron las buenas noches y durmieron.

Al viernes siguiente, apenas invocaron al primer espíritu, sintieron que esa noche iba a ser importante: el espíritu hablaba en español, el espíritu sabía sus nombres y sus fechas de nacimiento, el espíritu hizo mover rápidamente el vaso cuando le

preguntaron su nombre: T, a, m, a, r, a.

Ellas se asustaron. Su hermana soltó, de hecho, el vaso, pero la prima de Elena le agarró la mano y la hizo volver a apoyar el dedo, y entonces siguieron haciéndole preguntas, preguntas íntimas que solo podía hacer la hermana de Tamara, y cuya respuesta solo conocían las dos. Preguntas que el espíritu respondió sin problemas en la media hora que duró todo, pero cuando ya estaban seguras de que hablaban con Tamara, cuando ya habían entendido que solo ella podía saber las cosas que llevaba respondiendo varios minutos y le preguntaron dónde estaba su cuerpo, vieron que algo cambiaba en el vaso. De un momento a otro, mientras ellas esperaban que se moviera entre las letras y fuera indicando la respuesta, el vaso se empañó.

Se miraron un momento, sin soltarlo, sintiendo cómo empezaba a calentarse, pero la prima de Elena no aguantó. Sacó el dedo y se puso de pie, intempestivamente: botó la mesa y el vaso rodó unos segundos hasta que se quebró.

Ninguna fue capaz de decir nada. La prima de Elena salió corriendo de la pieza y la hermana de Tamara se quedó ahí, viendo los restos del vaso.

Se puso a llorar.

La prima de Elena regresó un rato después y la vio ahí, sentada en el piso, temblando.

Se abrazaron.

Nunca más volvieron a juntarse.

Pocas semanas después empezó a correr el rumor de que habían hablado con Tamara. Ninguna de las dos pudo desmentirlo. La prima de Elena se fue de Alto Hospicio a fines de ese año. La hermana de Tamara se quedó ahí, buscándola.

Una mañana, en la puerta de su casa, encontraron la mochila de Tamara. Adentro, los cuadernos, el estuche, el delantal del colegio. Ese mismo día su familia fue a Carabineros. Una mujer los atendió. Miró la mochila, revisó el estuche, el delantal, los cuadernos y les dijo que esto era importante, así que mejor dejaran todo en la comisaría; que lo harían parte de la investigación y que lo enviarían a Santiago para buscar huellas dactilares y ese tipo de cosas. Que estuvieran tranquilos, porque podía ser el primer paso para encontrar a la niña, les dijo ella y se llevó la mochila a una oficina. Cerró la puerta y no volvió a salir.

Hay un auto blanco en esta historia. El modelo es impreciso, la patente no existe, pero los alumnos del Pedro Prado hablan de un auto que días antes de que desapareciera Daniela estaba rondando el liceo. Un auto blanco y nuevo, conducido por un hombre al que ninguno sería capaz de describir.

Ximena buscó ese auto, buscó a ese hombre y buscó, también, al hombre del que se enamoró Daniela. Trató de recordar alguna conversación, se juntó con Pablo para saber si él tenía más información, pero ninguno de los dos sabía de esa historia. Sin embargo, insistieron. Siguieron pegando la imagen fotocopiada de Daniela en todos

los lugares posibles, a pesar de que muchas veces se encontraron con que la gente la rompía o la rayaba, el rostro tirado en el piso, arrugado, en la tierra. Muchas veces fueron a Carabineros, pero nunca hubo respuesta, nunca hubo avances en la investigación.

La única vez que estuvieron cerca de saber algo fue esa tarde en que apareció en la casa de Ximena el carabinero a cargo de la investigación. Ellos terminaban de pintar un lienzo con el nombre de Daniela, que colgarían afuera de la Municipalidad de Iquique, cuando llegó el carabinero —que se presentó como Ernesto— y pidió conversar con el dueño de casa. Solo estaban ellos. Él dijo, entonces, que volvería más tarde, pero Ximena lo encaró. Le dijo que estaban cansados de buscar a Daniela y que nadie hiciera nada. Pablo quedó mirándola, sorprendido. Intentó detenerla, pero ella siguió.

¿Cómo no van a saber dónde está? Nos mienten. Se están burlando.

Baje la voz, primero que todo, le dijo el carabinero y le pasó una carpeta: ahí está toda la investigación.

Ella la abrió y empezó a ver las hojas.

Dile a tu familia que la lea para que se convenzan. Tu prima y las demás niñas se fueron de la casa porque no aguantaban más miseria. Ustedes lo saben, dijo, saben que están abandonados y que por eso se van. Ustedes también se irán. Yo los entiendo. No las busquen más. Ellas están bien. No pierdan el tiempo.

El hombre se dio media vuelta y salió de la casa.

Al día siguiente, cuando Pablo y Ximena iban saliendo hacia Iquique para colgar el lienzo con la cara de Daniela, la mamá de una de las niñas dijo que había recibido un llamado telefónico de su hija. Fue un llamado rápido, entrecortado. La niña dijo que estaba en Tacna, que unos hombres la habían llevado, que no la dejaban salir, que tenía miedo, y después se hizo un silencio largo y la llamada se cortó.

Los familiares de las niñas fueron donde el alcalde Soria para exigirle que las ayudara. Se encadenaron a las afueras de la Intendencia, un par de periodistas fuimos a cubrir la noticia, pero no hubo ninguna respuesta: ni el alcalde, ni los tribunales, ni el suboficial mayor a cargo de la investigación, que se encontraba en ese momento en Santiago entregando los informes que su equipo había logrado armar, después de meses de trabajo, fueron capaces de responder a las familias. Ninguno, tampoco, se interesó en el llamado de esa niña. Podía ser cualquier niña, podía ser un invento de esa madre.

Tres días después, una mujer que recorría los basureros de Alto Hospicio para recolectar cartones encontró otra mochila en la que había cuadernos y ropa de colegio. Era una mochila rosada. La llevó a Carabineros, pero nadie la quiso recibir.

A la mañana siguiente de que Carabineros anunciara en la prensa los resultados de la investigación y diera por cerrado el caso, Ximena desapareció.

El rancho se llama La Ponderosa. Queda a doce kilómetros del centro de Alto Hospicio, entre medio de unos cerros. Solo se puede llegar en camioneta, aunque algunos corren el riesgo y van en autos que finalmente se quedan atrapados en la arena. El primero que me habló de las fiestas fue el loco Martínez, un día que nos tomábamos una cerveza cerca de la Casa del Deportista. Iba a pelear el nieto del Tani Loayza con un boliviano. Alguien había llegado al diario a contarnos que Luis, el nieto del Tani, venía de ganar en las siete peleas que tuvo en una gira por Perú y Bolivia, y que se notaba la sangre. Tenía diecisiete años, pero ya se movía con la misma agilidad y certeza que su abuelo. Eso, al menos, decían los periodistas deportivos del diario, así que esa tarde salimos del trabajo y lo fuimos a ver, pero al final no sé por qué problemas se suspendió la pelea, entonces terminamos en esa fuente de soda que queda cerca de la Casa del Deportista y nos empezamos a tomar unos *schops*. En realidad el que se tomaba los *schops* era el loco Martínez, pues yo no bebo alcohol, pero ahí nos quedamos un rato hasta que empezó a hablar de las fiestas en la casa de los Biaggini, allá, en el rancho La Ponderosa.

El loco Martínez ya se había tomado varios *schops* de medio litro, así que no detuvo en ningún momento su relato. Tampoco escatimó en detalles: las fiestas de los Biaggini se habían hecho famosas en los 80, pero los elegidos eran muy pocos. Al menos los civiles, pues generalmente llegaban uniformados que pasaban todo el fin de semana en el rancho: veinte hectáreas de desierto, una casa de más de mil metros cuadrados, un par de cerros, el camino de tierra, muy lejos de la carretera. Alguien contó que una vez fue uno de los hijos de Pinochet y que la fiesta se alargó por varios días hasta que su padre llegó a Iquique y lo mandó a llamar. Se decían demasiadas cosas del rancho, me dijo el loco Martínez, demasiadas cosas que nadie podía comprobar, pero él podía asegurar que las fiestas donde los Biaggini eran una cosa de otro mundo, por lo menos las que hacía en los 90, que es cuando empezó a ir, fiestas que no se pueden dimensionar, porque el gordo Biaggini era un hombre que tenía otro tipo de parámetros: todo muy grande, excesivo, pero siempre silencioso, porque si nos íbamos a construir una casa de más de mil metros cuadrados, lo mejor era hacerlo muy lejos de la ciudad, en medio del desierto, así no se molesta a nadie, decía el gordo, pero la casa era de mármol, tenía tres pisos y una piscina olímpica que parecía un espejismo ahí, en medio de la nada. Aunque todo eso uno lo veía recién a la mañana siguiente de llegar a la fiesta, cuando la resaca, García, cuando la resaca no se podía hacer palabra, era simplemente esa puntada en la mitad de la cabeza y luego en todas partes, abrir los ojos y sentir esas náuseas mientras salías de la casa y veías esa piscina y unos caballos que yo no sé cómo sobrevivían a tanta locura y a tanto calor, todo seco, lleno de tierra, el polvo, me decía el loco Martínez, el polvo se te quedaba pegado en la garganta, por eso uno solo se dedicaba a tomar, es que sino te atorabas, el polvo, la tierra, era difícil estar ahí, pero en la noche te olvidabas de todo,

con tantas chiquillas hermosas y tantas botellas de *whisky* que sacaba el gordo Biaggini, con sus hermanos y con su hijo mayor, no sé de dónde, la verdad, pero lo que te quiero contar es que la última vez que fui al rancho, la última vez que pude ir a una de esas fiestas, algo pasó, García, tú me tienes que entender, me tienes que entender aunque no sea capaz de explicártelo con palabras ni con gestos, porque uno llegaba y las mujeres ya no eran mujeres, ¿me entiendes? Había algunas, sí, unas mujeronas que se te acercaban y te hacían cariño, porque al final uno iba a esas fiestas a buscar eso: un poco de cariño, un poco de amor entre medio de tanta soledad, no pedías más, no querías más, porque el gordo Biaggini siempre ha sido así, García, un hombre intachable y generoso, un hombre que entendió que la abundancia heredada no debía gastarla solo, entonces las fiestas eran eso, siempre, una celebración interminable, hermosa, llena de sorpresas, de amigos, de hombres que a las tres o cuatro de la mañana se te acercaban y te empezaban a confesar sus problemas, esas vidas destrozadas que no era fácil armar, por el alcohol y las enormes lagunas que surgían en sus relatos, me entiendes, García, yo sé que me entiendes porque tú eres inteligente, eres un hombre correcto, intachable, guiado por Dios, que nos protegerá el día que acabe todo esto, ese día en que todos tendremos que rendirle cuentas y después vendrá el cielo, ese lugar que a veces imagino que puede ser como la casa de los Biaggini, como las fiestas en La Ponderosa, con esos grupos de música *sound* y de *cumbia* tocando hasta que ya nadie más se podía sus pies, ni las niñas que bailaban con nosotros, con sus ojitos rojos, idos, tan llenos de verdad y de misterio, tan llenos de vida y de futuro que a ratos parecían ser la única razón para mantenernos a flote en esa casa enorme, llena de piezas que muy pocos conocían, piezas, muchas piezas y el subterráneo y la piscina y la noche eterna, una noche blanca, García, ahí arriba, en el cielo donde no podía haber más estrellas porque sino ya no hubiese sido noche, tú me entiendes, tantas estrellas que se movían, que no lográbamos abarcar, mientras el frío nos calaba los huesos, nos mordía los huesos hasta que no éramos capaces de soportar tanta noche y nos dormíamos en esos sillones de mimbre que tenía puesto el gordo Biaggini alrededor de la piscina olímpica, abrazados a esas mujeres, siempre, García, siempre, pero esa última noche fue distinto, esa última noche había hombres que veía por primera vez en el rancho, ¿me entiendes?, no es que conociera a todo el mundo, uno podía ir y no hablar con nadie, pero nos ubicábamos, éramos los elegidos, al fin y al cabo, los que teníamos la dicha de disfrutar esas fiestas interminables, pero esa noche estaban esos hombres y las mujeres ya no eran las mujeres, no, García, eran pequeñas y tenían esos ojitos rojos, pequeños, tan verdaderos que daba miedo mirarlos por mucho rato, pero los hombres las acompañaron esa noche a todos lados, nunca dejaron de mirarlas, nunca permitieron que hablaran con nosotros, con los que siempre íbamos a las fiestas del gordo Biaggini, nunca las dejaron solas, nunca, me dijo el loco Martínez y después de llegar a ese momento del relato se lo tragó un silencio que duró hasta que los mozos empezaron a ordenar el local y, entonces, tuvimos que partir. Cuando nos pusimos a

caminar le pregunté al loco Martínez si sabía lo de las niñas de Alto Hospicio, pero no me respondió nada. Se había tomado como siete *schops*, creo, siete u ocho, o quizá más, no sé, pero caminamos un par de metros hasta que llegamos a una esquina y le dije que tomáramos un colectivo, que nos fuéramos juntos. No dijo nada. Siguió caminando, con las manos adentro de su abrigo negro y largo, un abrigo inexplicable para cualquier iquiqueño, pero que él nunca dejaba de usar. Y se fue caminando, tambaleándose, hasta que dobló en la siguiente esquina y desapareció.

Nunca volvimos a hablar de las fiestas en La Ponderosa, Torres Leiva, pero aquí estamos.

### III

Se acaba de cumplir un mes desde que los aviones chocaron contra las Torres Gemelas, y la imagen se repite ahora, en el televisor del diario: los aviones, el golpe, el humo y el derrumbe, mientras Torres Leiva escucha cómo un experto en astrología intenta explicar, en el matinal, algunas señales que habrían anunciado este ataque terrorista.

García acaba de salir de la reunión de pauta. Lleva en la mano una carpeta con el logo del gobierno. Se acerca a Torres Leiva y le dice que lo va a tener que acompañar a Alto Hospicio, que tienen que ir a ver la premiación de la orquesta juvenil, que viene la primera dama y hay que entrevistarla. Torres Leiva mira la carpeta. Piensa, en realidad, en ese hombre que alguna vez vio en la televisión, el hombre del maletín que caminaba entre los escombros. Nunca más volvió a ver esa imagen.

Vamos en mi auto, dice García finalmente, y va hacia su escritorio, agarra las llaves, su chaqueta y le dice que lo espera afuera.

Torres Leiva mira la carpeta con el logo del gobierno: adentro, muchas hojas con información sobre la orquesta juvenil, sus orígenes, el inicio del proyecto a nivel nacional, fotos, muchas fotos de la primera dama con distintos niños de Arica, de Calama, de Frutillar, de Puerto Montt. Los niños y sus instrumentos, los niños interpretando quizá qué canción en un gimnasio techado, frente a sus padres y a sus compañeros, tocando con una concentración absoluta, la mirada fija en las partituras, la felicidad de no estar haciendo nada más, la sonrisa tensa que se logra ver en algunos.

Torres Leiva cierra la carpeta, agarra el bolso con la cámara digital y sale. Afuera, García está sentado en su Mitsubishi Pajero. En el asiento de atrás hay un maletín, un par de biblias de tapa negra, y varias revistas *¡Despertad!* y *La Atalaya*. Torres Leiva deja su bolso al lado de las revistas y se sube. No ha vuelto a Alto Hospicio desde esa primera vez que estuvo ahí. No le quiere decir a García que en realidad preferiría quedarse en Iquique. En realidad todavía no existe la confianza. Es cierto: pasaron toda esa noche conversando sobre las niñas de Alto Hospicio, García le contó todo, y también le habló de su proyecto, del libro que está escribiendo, pero todo eso no es suficiente. Torres Leiva no se atreve a decirle que no quiere ir y ya es tarde: García conduce rumbo al cerro. Poco después de que le contó la historia, también le contó del proyecto del viaje a Tacna: un canal de Santiago iba a venir a Iquique a reportear y estaban preparando un viaje a Perú con Investigaciones. Él quería sumarse. Iba a hablar con el editor: la idea es que fueran juntos, que arrendaran un auto o que quizás partieran en ese mismo *jeep* y que fueran con Investigaciones a recorrer Tacna. Torres Leiva lo sabía de antes, pero prefirió hacerse el desentendido. Ana le había contado: era un trabajo en conjunto con las policías de Perú, lo estaban organizando desde

hacía varias semanas pero no se podía hacer público. De hecho, la idea es que fueran sin que nadie se enterara. Lo del canal de televisión era cierto, pero la idea es que apareciera mucho después el reportaje. Era difícil que dejaran ir a García con ellos, eso sí. A ella no le gustaba. Ni a ella ni a los de Investigaciones.

¿Cómo está tu hijo?, pregunta de pronto García. Van subiendo por Zegers. Hay en esa calle varias señaléticas con la ola. Están viejas. Apenas se distingue una flecha que indica hacia el cerro. Pasaron Los Héroes, acaban de entrar en la carretera rumbo a Alto Hospicio.

Bien, debe estar en el colegio ahora.

¿Cómo se llamaba? ¿Marcos?

Matías.

Eso, Matías. ¿Lo vas a invitar a Iquique?

Yo creo.

Ojalá que venga, así lo podemos juntar con los niños. Los sábados en el Salón del Reino hacen actividades para ellos. Le encantaría.

Me imagino, dice Torres Leiva, pero en realidad no logra imaginar en ningún contexto a Matías jugando con esos niños Testigos de Jehová ni acompañándolo al Salón del Reino. Sí se imagina a Lucía pidiéndole explicaciones: que por qué lo llevaste a ese lugar, que qué tienes en la cabeza, que es una secta, que cómo se te ocurre, y así todo se transformaría en una discusión interminable.

Torres Leiva imagina todo eso y sonrío. A esta altura no le queda otra.

¿No te gustaría un día acompañarme al Salón del Reino?

No, yo quiero acompañarte a Tacna, dice Torres Leiva y desvía, por fin, el tema. García lo mira y le dice que no sabe todavía si va a haber viaje, que apenas sepa le dirá, pero que lo tiene contemplado.

Lo tiene contemplado: necesita sus fotos, necesita imágenes que acompañen su investigación, eso lo sabe Torres Leiva.

Sí, yo creo que vamos a ir.

Se quedan en silencio un buen rato. Van dejando atrás la ciudad.

Me acuerdo que la primera vez que vine a Iquique, dice Torres Leiva, el cerro Dragón tenía más forma de dragón, más grande el espinazo, era impresionante.

Yo nunca le he encontrado la forma de dragón, dice García.

El espinazo se ve muy claro. Yo me acuerdo que mi mamá detuvo el auto y nos bajamos a sacarle fotos. Ella sacaba las fotos, en realidad. Tenía una Polaroid.

¿Pero dónde está el espinazo?, dice indicando con la mano hacia el cerro, yo nunca vi nada, y eso que viví por ahí, en una casa chica, cuando me casé. Desde mi ventana se veía el cerro. Era cualquier cosa.

Yo creo que es un milagro de Dios, dice Torres Leiva muy serio y después sonrío, aunque García no alcanza a ver esa sonrisa, pues ya van llegando a Alto Hospicio y conduce con la mirada fija en el camino. Probablemente, piensa Torres Leiva, no sabe cómo llegar al colegio Patricio Lynch, donde será el acto.

¿Y cómo va el libro?, pregunta.

Avanza, responde García.

Qué bueno.

No sé si tanto. Hay que esperar lo de Tacna.

Pasan por afuera del Pedro Prado. Es temprano, los niños están en clases, no se ve a nadie alrededor del liceo. No sabe desde cuándo existe el Pedro Prado. Intenta recordar si esa vez que fue a Iquique con su madre pasaron por fuera del liceo. Quizá no había nada, solo la tierra y algunas fábricas. Ahora está lleno de casas de adobe pintadas de distintos colores, no deja de llamarle la atención eso: verde agua, amarillo, rosado, fucsia, celeste. En ese viaje con su madre no estaban, todavía, esos colores. Los vio, eso sí, pero en otro lugar, en La Tirana, cuando fueron un fin de semana. Su madre quería ir a ver a la Virgen del Carmen, había planificado el viaje a Iquique para coincidir con la fiesta de La Tirana, que se celebraba el 16 de julio. Fueron junto a su madre y a la amiga de ella en el Fiat 600. Torres Leiva tenía nueve o diez años, más o menos. Todavía no ocurría el atentado a Pinochet, de eso estaba seguro, pues el mismo día del atentado murió su abuela. Esa tarde él estaba en esa casa antigua de Gran Avenida, donde vivía ella, cuando le dio un infarto y poco después, mientras esperaban que llegara la ambulancia, en la radio interrumpieron la programación para dar la noticia: no se moría Pinochet pero se moría su abuela en esa casa de La Cisterna, y desde ese día, durante los 80, nunca dejó de pensar que la culpa de ese infarto fue de Pinochet: o moría él o moría su abuela. No había otra explicación. Pero arriba de ese Fiat 600 la muerte no existía. La vida era eso: viajar por el desierto, desviarse de la Panamericana y dirigirse hacia el interior, en un camino que combinaba la tierra con algunos trechos pavimentados, un viaje lleno de saltos y del polvo que entraba por las ventanas. Conducía su madre y su amiga la acompañaba, en el asiento del copiloto, mientras él miraba lo único que se podía mirar ahí sin morir de aburrimiento: las nubes y el cielo despejado, el sol arriba, muy arriba, y las ventanas del Fiat 600 cerradas, porque sino todo se llenaba de polvo. A veces, muy pocas veces, aparecía algún perro al costado de la carretera o caminando entre medio del desierto, y él se preguntaba cómo podía vivir un perro ahí, sin nada alrededor, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Adelante, las mujeres hablaban de los milagros de la virgen, de lo difícil que iba a ser encontrar alojamiento en La Tirana, pero que si había que dormir en el auto, iban a dormir, no tenían problemas, ya verían cómo se acomodarían en ese Fiat verde mientras tarareaban canciones de Franco Simone y Ricardo Cocciante entre las conversaciones. No tenía radio el Fiat 600, daba lo mismo, ellas cantaban fuerte y, en algunos momentos, Torres Leiva se sumaba, pues había escuchado tantas veces esas canciones en un español frágil, tembloroso, que se sabía las letras perfectamente, las letras, las melodías y esa fuerza con la que eran interpretadas, esa misma fuerza con la que él imaginaba que había que amar a las mujeres, esa energía desbordada, inexplicable. Le gustaban dos canciones, por sobre todo, y mientras avanzaban él

esperaba que en algún momento las cantaran, escuchaba atento y tarareaba algunas, pero guardó toda su energía para ese instante en que su madre empezó, en voz baja, casi susurrando: «No debemos de pensar que ahora es diferente / Mil momentos como este quedan en mi mente / No se piensa en el verano cuando cae la nieve / Deja que pase un momento / Y volveremos a querernos...».

Y él se sumó, se sumó con un susurro que fue tomando fuerza, junto a la voz de las mujeres, hasta que llegó el coro y explotaron: «Tú, no podrás faltarme cuando falte todo a mi alrededor / Tú, aire que respiro en aquel paisaje donde vivo yo / Tú, tú me das la fuerza que se necesita para no marcharse / Tú me das amor...».

Cuando terminó la canción, las mujeres aplaudieron y él se dio cuenta de que lo miraban por el espejo retrovisor, sonriendo. Él se puso rojo y no cantó más durante todo el trayecto, a pesar de que ellas siguieron cantando.

Entraron al pueblo tres días antes de que se celebrara el 16 de julio, día de la Tirana. Había gente en las calles, pero aún era posible recorrerlas en auto. Ahí estaba la iglesia. Se estacionaron frente a un almacén. Consiguieron arrendar una pieza, se quedaron a la fiesta, salieron esa primera noche a las calles y vieron a toda la gente bailando frente a la iglesia, eran miles de personas bailando y saltando al ritmo de las diabladas. Nunca antes Torres Leiva había visto algo así, esas mujeres con sus vestidos, bailando, esos hombres con aquellas máscaras de diablos, coloridas, esos trajes rojos, azules, dorados, las botas, saltando con sus capas al ritmo de una banda que los acompañaba mientras recorrían los alrededores de la iglesia de La Tirana, en la plaza, a la espera de que sacaran a la virgen para ser celebrada por todos los peregrinos que le iban a pedir favores y le iban a agradecer, miles de personas arrastrándose de rodillas, miles de kilómetros, por un milagro, en la noche, en mitad del desierto, el frío, dos grados Celsius, tres grados, la gente bebiendo en las calles, mirando cómo los diablos le bailaban a la Virgen del Carmen durante tres noches seguidas, sin detenerse nunca el carnaval.

Ahora que García acaba de estacionarse a una cuadra del colegio, Torres Leiva piensa que esa fue la única vez que viajó solo junto a su madre. Y piensa, también, que esa misma tarde del 16 de julio, cuando lograron entrar y escuchar la misa a pesar de lo repleta que estaba la iglesia de La Tirana, él se perdió. En un momento, probablemente cuando las personas se estaban dando la paz, él le soltó la mano a su madre y luego no la vio más, entre el tumulto de gente que se daba abrazos, besos, que se daba la mano. La buscó con la vista, primero. Decidió quedarse detenido, esperando que su madre volviera, pero cuando se dio cuenta de que eso no ocurría, se empezó a mover. La gente lo aplastaba, la gente no lo veía mientras se daba la paz y se abrazaba. Recordó, entonces, la vez que lo raptaron en Santiago y se desesperó. Pensó que nunca saldría de ahí, que nunca volvería a ver a su madre, que ella se cansaría de buscarlo y luego tendría que volver a Iquique y luego a Santiago y que él se quedaría en ese pueblo, lejos de todo, en mitad del desierto, abandonado.

No sabe si fueron quince minutos o dos horas, solo recuerda que terminó la misa

y ella no aparecía. El sacerdote dio las bendiciones, el coro empezó a cantar y él seguía solo, buscando a su madre. Cuando salió del lugar, cuando la gente empezó a salir de la iglesia y él se dejaba llevar, se acercó a un grupo de carabineros y les dijo que estaba perdido. Le pidieron que describiera a su madre y a la amiga de su madre. Él lo hizo detalladamente: habló del color del pelo, de la ropa, de los zapatos, de los ojos. Les dijo que les gustaban las canciones de Niño Bravo y de Ricardo Cocciante. Les contó que habían cruzado el desierto y que su padre ya no vivía con ellos. Se quedó junto a los carabineros hasta que la amiga de su madre lo vio.

Vamos a tratar de no quedarnos al discurso, ¿vale?

García apaga el motor, agarra su maletín y baja. Torres Leiva lo sigue. Desde ahí, a una cuadra del Patricio Lynch, ya se escuchan algunos instrumentos. El sonido de unas trompetas o algo parecido al sonido de unas trompetas, un poco desafinadas para el gusto de Torres Leiva, pero qué sabe él de música, la verdad, así que ni siquiera le comenta a García lo que está pensando mientras se acercan a la entrada. Hay varios autos de Carabineros y algunos guardias, que les piden sus credenciales para entrar. Aún no llega la primera dama, pero los niños ya están arriba del escenario, ensayando lo que será la presentación de la orquesta juvenil de Alto Hospicio. García conversa con el director del colegio y Torres Leiva empieza a fotografiar a los niños, que deben tener entre diez y dieciocho años, con sus instrumentos relucientes, un contrabajo, tres violonchelos, algunas flautas traversas, algunos violines, una trompeta y un bajo, un trombón, un piano de cola que lo maneja una niña muy alta y delgada, rubia, de dedos largos. Son cerca de veinte niños, mujeres sobre todo, que llevan el uniforme del colegio impecable, sus jumpers, sus camisas y calcetas blancas, sus vestones, sus corbatas, los niños peinados con gel, las niñas y sus pelos largos, tomados en una cola de caballo que les llega casi hasta la cintura. En el público, sus padres, sus profesores, sus hermanos mayores y menores, sus compañeros, orgullosos, todos, esperando a que llegue la primera dama, quien los premiará por haber obtenido el primer lugar en la competencia nacional de orquestas juveniles e infantiles. El premio es un viaje a Berlín para perfeccionarse y tocar junto a la orquesta juvenil alemana. Los niños están algo inquietos. El director de la orquesta, un hombre pequeño y calvo, moreno, intenta tranquilizarlos. Le dice a cada uno algo al oído. Torres Leiva se acerca y le explica que necesita sacarles una foto, que por favor se ponga junto a los niños.

Por supuesto, le dice él y se acomoda el poco pelo que le queda, agarra la batuta y se pone frente a la orquesta, como si le estuviera dando órdenes. Torres Leiva dispara una, dos, tres veces. Les da las gracias. El director se acerca y le pregunta para qué diario es la foto. Después le hace otras preguntas y le cuenta la historia de la orquesta y esos días inolvidables en Santiago, compitiendo con orquestas mucho más numerosas, con mejores instrumentos, pero sin tanto corazón, porque la gente del norte tiene un corazón inmenso, le dice, usted sabe, así somos los del norte, los de Alto Hospicio, los de Iquique, somos luchadores y generosos, por eso esta es tierra de

campeones, usted sabe de lo que hablo, dice y luego le pide permiso para volver donde los niños, porque ya está por llegar la primera dama.

García le sacó cuñas al director del colegio, a los padres, a los compañeros, al director de la orquesta y a algunos niños, también. Le dice a Torres Leiva que le falta conversar con la primera dama y que están listos.

¿Por qué en la orquesta hay puros niños de este colegio?, pregunta, pero García no le alcanza a responder, pues llega el alcalde de Iquique junto a la primera dama y, sorpresivamente, el Presidente. Algunas cámaras de televisión los graban; otros reporteros, otros fotógrafos les cubren el paso. García aprovecha para hacerle un par de preguntas a la primera dama mientras Torres Leiva agarra su cámara y dispara. La luz no le favorece, le llega muy de frente a la primera dama y rebota en sus lentes oscuros. Recibe un par de codazos de los colegas, se hace un alboroto, el Presidente les pide calma y les dice que después hablarán, que por favor los dejen pasar para premiar a los niños, que a ellos deberían estar sacándoles fotos porque son los protagonistas, los que obtuvieron el premio. Entonces, los guardias privados y los carabineros empiezan a empujar a los periodistas, a los fotógrafos, a los camarógrafos, se mueve la tierra y todo se llena de polvo a la entrada del colegio. Un camarógrafo golpea sin querer a García, un golpe en la ceja, un corte, la sangre y empieza a gritar. Torres Leiva trata de calmarlo, pero es inútil. Empuja al camarógrafo, lo amenaza, no tienes idea quién soy yo, le dice, no tienes idea, te voy a hundir, ¿me escuchaste?, te voy a hundir, le grita mientras guardias y carabineros intentan separarlos. Torres Leiva lo trata de calmar, no lo reconoce, está fuera de sí. Te voy a hundir, imbécil, le dice con la cara llena de sangre, pero nada de eso alcanza a ver el Presidente, ni la primera dama ni el alcalde, que ya están sentados, esperando que la orquesta ejecute la primera canción del día. El director se ubica frente a los niños, toma la batuta y mira a la pianista, que respira profundamente y empieza a mover sus dedos largos: toca «Gracias a la vida», sola al comienzo, hasta que luego se le suman los violines, el contrabajo y el resto de los niños. García está en enfermería junto a los guardias, Torres Leiva escucha a la orquesta, debería estar sacando fotos, lo sabe, pero prefiere escuchar a los niños y, en especial, a la que está frente al piano, tocando con una fuerza que es capaz de aliviar toda la tensión de sus compañeros, que la acompañan con entusiasmo, aunque también podrían estar en silencio, dejándola sola arriba del escenario.

Cuando termina la canción, la primera dama se pone de pie y aplaude. La imita el Presidente y el alcalde, el director del colegio, los profesores, todos aplauden, orgullosos. Después, la primera dama se sube al escenario y empieza a leer su discurso. Torres Leiva logra sacarle un par de fotos mientras habla sobre el porvenir. Estos niños, dice, son el fiel reflejo de que si se quiere, se puede salir adelante. Estos niños han dejado el nombre de Alto Hospicio en lo más alto, se los digo de todo corazón, en lo más alto, porque con la música han logrado romper barreras y prejuicios, y desde ahora en adelante todo el mundo recordará el nombre de Alto

Hospicio gracias a su talento, dice ella; hace una pausa, toma agua y va a continuar pero los gritos no se lo van a permitir. Son seis, siete, ocho, diez personas que se paran frente a la entrada del Patricio Lynch con pancartas y gritan, gritan lo más fuerte que pueden. Están la mamá de Daniela, la abuela de Ximena, los padres y los tíos de las niñas. Cada uno lleva colgada en su cuello la imagen fotocopiada de su hija, de su nieta, de su hermana, de su sobrina. Golpean ollas y siguen gritando. La primera dama intenta continuar con su discurso, pero el ruido no lo permite. Los guardias y carabineros salen a ver qué sucede. Torres Leiva mira hacia la enfermería, a ver si aparece García, pero nada. Entonces prepara su cámara y corre hacia la entrada. Fotografía a las familias, a la señora Mirna, que lleva en el cuello la imagen de Daniela. Los guardias se quedan tras la puerta, los carabineros salen e intentan hablar con alguien, pero ellos no los escuchan, gritan más fuerte, piden que salga el Presidente, piden que dé la cara, piden justicia, eso dicen, que necesitan justicia, que se pongan los pantalones, que los dejen de pasar a llevar, gritan; Torres Leiva dispara y se le suman otros fotógrafos y también los camarógrafos, pero los guardias se cruzan, los carabineros llaman a los refuerzos, el polvo, una vez más, el polvo empieza a subir hasta que lo cubre todo.

¿Es verdad que tú tienes un hijo?, pregunta Leonor. Está sentada en el *living*, mirando televisión, pero cuando dan comerciales se da media vuelta y le hace preguntas como esa.

Yo una vez tuve un hijo, pero se aburrió de nosotras, así que tuvimos que decirle que se fuera, dice ella muy seria. Torres Leiva la escucha y sonrío. Ana le pidió que la cuidara en la tarde, porque tenía una reunión en el trabajo, así que ambos la esperan, sentados en el *living* del departamento.

Yo creo que fue por culpa de Matilde, dice ella, no se llevaban muy bien.

A lo mejor estaba celosa, dice él.

No, Matilde es inteligente. Yo creo que ella se dio cuenta de que ese muñeco no nos quería.

¿Y qué hicieron?

No hicimos nada. El muñeco empacó sus cosas y se fue.

No es fácil ser padre, dice él.

Yo creo que lo mejor es ser hijo, dice ella, yo nunca quiero dejar de ser hija.

Pero si uno nunca deja de ser hijo.

Sí, cuando te conviertes en padre dejas de ser hijo, ¿cómo no sabes?, dice ella.

Se acaban los comerciales y Leonor se vuelve a concentrar en el televisor. Ha empezado a atardecer. Matilde duerme sobre la alfombra, al lado de los zapatos de Torres Leiva.

¿Y cómo se llama tu hijo?, pregunta de pronto Leonor.

Matías, dice él, tiene tu misma edad.

Eso es imposible, dice ella.

Tiene cinco, como tú.

No, yo tengo cinco años, tres meses y cinco días. ¿Cuántos meses y días tiene él?

Torres Leiva trata de sacar la cuenta, sin decir nada, pero en un momento confunde días con semanas y desecha cualquier posibilidad de responder de forma exacta, pero lo intenta:

Yo creo que tiene cinco años, tres meses y cuatro días.

¿Viste? Yo soy mayor.

Es verdad.

¿Y te gustaría tener otro hijo?

Torres Leiva se queda pensando, en silencio.

¿O una hija? ¿Así como yo?, pregunta ella.

Podría ser.

¿Y cómo se llamaría?

Yo tuve una hija, dice él.

¿Y dónde está?

Torres Leiva se queda pensando unos segundos y luego dice: te vas a perder tu parte favorita, y apunta con su mano hacia el televisor.

No importa, los veo siempre, dice ella, se levanta del sillón y va a su pieza. Vuelve con dos álbumes de fotos.

Mira, aquí estoy cuando tenía cuatro, dice y en la foto aparece con el uniforme del colegio, una falda verde, una polera blanca, los zapatos negros y las calcetas blancas que le llegan hasta la rodilla. Tiene los ojos cerrados. Le explica que estaba enojada porque no quería ir al colegio, quería estar en la casa con Matilde.

Y aquí tengo dos, dice y en la foto aparece sentada en la arena, en una playa donde no se ve a más personas: atrás, el mar y unas rocas.

Eras bonita cuando tenías dos, dice él.

Era hermosa, y mira: esta es mi mamá con su vestido de novia, dice y en la foto Ana sonríe, tiene el pelo muy largo, tomado con un par de pinches que no se logran ver. En la mano tiene el ramo.

Mira esta, aquí está bailando con mi tata, dice ella. Torres Leiva toma la foto. Ese hombre con el que baila Ana murió unos meses después del matrimonio. Ese día se puso a llorar cuando vio a su hija vestida de novia. Nadie podía consolarlo. Ella lo abrazó, le dijo que se tranquilizara, pero él no podía dejar de llorar.

Y esta es mi favorita, dice Leonor, tomando una foto y escondiéndola. Después se la pasa.

Aquí tengo menos de uno, dice ella y Torres Leiva ve la foto: un hombre, con un delantal verde, sostiene a una guagua que, al parecer, llora o grita. Él tiene cubierta la mitad de la cara con un tapabocas y también lleva un gorro quirúrgico. La guagua está roja.

Ese es mi papá, dice ella. ¿Es bonito, cierto?

Claro, es bonito.

¿Quieres ver más fotos tuyas?

Matilde se despierta. El sonido de unas llaves. Ana abre la puerta, viene con una bolsa llena de pan y con una botella de jugo.

¿Qué están haciendo?, les pregunta.

Nada, mamá, dice Leonor y agarra los álbumes y se va corriendo a su pieza. Se escucha un portazo.

Torres Leiva se levanta y le ayuda con las bolsas.

¿Qué era eso que se llevó?

Nada, unas fotos, dice él.

¿Y por qué se fue corriendo?

Torres Leiva deja las bolsas en la cocina.

La gente está muy loca, dice ella mientras agarra la tetera y le echa agua.

¿Qué pasó?

En la reunión una compañera se puso a hablar del maremoto. Que va a ocurrir en cualquier momento, que hay que estar preparados. Yo desde que llegué que están anunciando el famoso maremoto.

¿Y si hay un maremoto, hasta dónde se supone que va a llegar el agua?

No sé. Esto desaparecería, sí. Toda esta parte de El Morro.

¡Mamá!

Igual, se supone que habrá tiempo para arrancar. ¿Has escuchado las sirenas que suenan al mediodía? Bueno, si hay maremoto se supone que esas sirenas van a sonar más de siete veces.

¡Mamá!

¿Qué pasa!, grita Ana.

¡Ven!, dice Leonor desde su pieza.

Esta niña tiene mamitis, dice ella y la va a ver. Torres Leiva espera que hierva el agua de la tetera. En el refrigerador hay más fotos de Leonor: en todas aparece sola o con Matilde, cuando era una gata pequeña. En una aparece junto a Ana. Están muy cerca del lente, se puede ver la pequeña mancha que tiene en el ojo Ana. Sonríen. No sabe dónde están.

En la habitación, Ana conversa con Leonor. Ella se ha puesto a llorar. Matías también es así: enojarse, encerrarse en su pieza y después llamar a Lucía. Cuando ocurría eso él prefería no meterse. Ellos tenían una dinámica especial y no había motivos para interrumpirla. A veces, el llanto era por sueño; otras, simplemente porque quería regalinear con Lucía.

Esta niña también está loca, dice Ana cuando vuelve a aparecer en la cocina.

¿Por qué no nos vamos a la playa?

¿Ahora?

Mañana. ¿No te gustaría?

Pero mañana le toca con el papá.

Le tetera hierve, el pitido, el humo. Van a tomar un té. Ninguno de los dos tiene hambre todavía.

Dile que le cambias el fin de semana.

Sí, podría ser.

¡Y llevamos a Matilde!, grita Leonor desde su pieza.

Ana conduce, mientras Torres Leiva intenta sintonizar alguna radio. Atrás, Leonor va mirando por la ventana los carteles con los nombres de las playas. Intenta anotarlos en un cuaderno, pero el movimiento no le permite escribir bien las letras. Tampoco, en realidad, sabe escribir perfectamente. Recién está aprendiendo, pero lo intenta, insiste. Está rodeada de juguetes de playa. Torres Leiva sigue buscando alguna radio que llegue hasta donde van a ir, al sur de Iquique, a casi cien kilómetros de la ciudad.

Ana iba en tercer año de la Escuela de Investigaciones cuando quedó embarazada de Leonor. Llevaba pololeando unos meses con Gabriel, los papás de ella lo querían. Cuando les contó la noticia le dijeron que estuviera tranquila: la iban a ayudar para que pudiera terminar de estudiar. Gabriel estaba a punto de recibirse de abogado. Se casaron poco después de que naciera Leonor. Consiguieron arrendar un departamento en el mismo edificio donde vivían los papás de ella. Al poco tiempo le ofrecieron el traslado a Iquique. Necesitaban gente joven, le ofrecían un sueldo que doblaba el suyo. Habló con Gabriel y viajaron. Él encontró trabajo en la municipalidad. Se instalaron en el mismo departamento donde sigue viviendo Ana. Les costó adaptarse. No tenían amigos, se encerraron en ellos y en la niña, en una cotidianeidad que se armó a la fuerza, sin voluntad. Aguataron dos años. Él quería volver a Santiago. Ella empezó a ascender. Un día la discusión habitual del fin de semana se transformó en otra cosa. Él agarró una mochila, echó un poco de ropa y se fue a vivir a un hotel. Intentaron volver un par de veces, fue inútil, ya todo se había muerto. De todas formas, él se quedó en la ciudad. Iba a buscar a la niña todos los días al colegio, y fin de semana por medio se quedaba con ella en un departamento que arrendó cerca de Playa Brava. Él tiene una nueva mujer, que está embarazada. Leonor no la quiere, se lo ha dicho un par de veces. Él le echa la culpa a Ana. Ana dice que no tiene nada que ver en esa historia.

¿Y Matilde?

Matilde llegó un par de meses después de que Gabriel se fuera del departamento. Y ahora debe de estar durmiendo en la cama de Leonor.

La ciudad ya ha quedado atrás. A la derecha, el mar; a la izquierda, los cerros; adelante, la carretera. Ana quiere que pasen el aeropuerto y que lleguen hasta la playa El Águila. Aún es mediodía. Torres Leiva consigue sintonizar una radio AM que los acompaña. No se le entiende muy bien al locutor lo que habla, pero de vez en cuando se logra escuchar alguna canción, aunque ni Torres Leiva ni Ana han logrado identificar a ninguno de los cantantes.

¿Ustedes se van a casar?, pregunta Leonor.

Se ríen, pero ninguno responde.

¿Y si ustedes se casan, qué va a pasar conmigo?

Nada, bonita, ¿qué va a pasar?

¿Pero se van a casar?

¿Y por qué quieres saber eso?, pregunta Ana.

Yo sé que ustedes se dan besos. Los vi el otro día en la cocina. Y Matilde también los vio.

¿Y qué opinará Matilde de todo esto?, pregunta Torres Leiva, mirándola por el espejo retrovisor.

Ella no opina, es una gata, dice Leonor.

Falta poco ya, dice Ana.

Han dejado atrás el aeropuerto hace bastante rato. A lo lejos se ve el cerro con forma de águila. Torres Leiva no ve en ninguna parte la forma del águila, pero Ana le dice que es ese que está allá, en la punta; que pasando ese cerro llegan.

¿Fuiste a la playa con Matías?, pregunta Ana.

No, era imposible salir de Santiago.

Podrías invitarlo.

Sí, dice él.

Se quedan en silencio. Le gustaría contarle de esa vez que fueron a Las Cruces con la niña y Lucía. Le gustaría decirle que comieron en el único restaurant que abría en invierno y que después pasaron por la playa, los tres, contentos.

Deberías invitar a Matías, insiste ella, lo pasaría bien con Leonor.

Yo creo que sí, dice él sin mirarla y después cambia de tema: le pregunta si ha sabido algo más del viaje a Tacna.

No tengo idea, dice ella. Él sabe que está mintiendo. Está seguro. Prueba:

Yo pensé que ya estaba listo.

¿Quién te dijo eso?

García.

A García no hay que creerle nada. Tú no sabes.

¿Pero lo del viaje es cierto?

¿Cuánto falta, mamá?, pregunta Leonor.

Desde ahí ya se ve mejor el cerro, pero no tiene realmente la forma de un águila, o eso piensa Torres Leiva cuando lo observa. Toman un desvío, un camino de tierra hacia la playa. Cierran las ventanas del auto. Cuando llegan, Leonor es la primera en abrir la puerta. Se baja y corre hacia la orilla. Ana le dice que tenga cuidado, que hay cangrejos, pero Leonor no la escucha, sigue corriendo. Torres Leiva empieza a bajar las cosas del auto: el quitasol, dos bolsos, las toallas, el *cooler*, la pelota inflable, los juguetes para la arena.

Acomodan las cosas, ponen el quitasol y se acuestan sobre las toallas. Duermen un poco, o en realidad él duerme un poco, pues Ana no deja de mirar a Leonor, que

está persiguiendo a unos cangrejos en la orilla. Almuerzan unos sándwiches de jamón-queso, en pan de molde, que Torres Leiva preparó antes de salir. A la orilla de la playa corre viento, pero el mar está tranquilo. Primero entran al mar Ana con Leonor. En la orilla, Torres Leiva se sienta y les empieza a sacar fotos: ellas sumergiéndose, intentando capear olas, caminando hasta lo más adentro posible. Después deja la cámara y se mete al mar. No hay más gente en la playa. Leonor se sube a los hombros de Torres Leiva y Ana se sumerge, nadando muy adentro. Si alguien pudiera fotografiarlos desde la orilla, las imágenes los mostrarían sonriendo. Y así pasan la tarde, mientras el sol baja y los colores de la playa van cambiando. En un momento, Leonor se sienta en la arena a armar un castillo. Adentro del mar, Ana y Torres Leiva flotan, dejándose llevar por la corriente.

Cuando empieza a atardecer, deciden salirse del mar. Ordenan los bolsos, sacan el quitasol, recogen las toallas. Leonor no quiere irse. Se queda esos últimos minutos en la orilla, terminando de construir el castillo de arena. Torres Leiva le saca un par de fotos. Atrás, el mar y el viento, los colores pasando del rojo al azul. Una de las fotos la muestra de pie, con su bikini amarillo, junto al castillo que armó. Es una pequeña sombra azul, no se distinguen los detalles, pero sí su silueta y la del castillo. Está muy enojada, pero eso no lo alcanza a mostrar la foto. Sí el mar, que se mueve tras ella, y las rocas, muy a lo lejos, y esas olas que en unos minutos harán desaparecer toda la construcción de arena.

Se suben al auto cuando el sol está a punto de esconderse. Vuelven a Iquique de noche. Leonor y Torres Leiva duermen. El auto está lleno de arena. Desde la carretera ya se ve Iquique, la ciudad amarilla, algunas luces en el mar, los edificios y el estadio. Un camión los adelanta, parece como si el piso temblara. Torres Leiva empieza a despertar poco antes de entrar a la ciudad. Son cerca de las diez de la noche. Ana toma la costanera hacia su departamento. Hay pocos autos, poca gente caminando frente a la playa. Avanza, pero en un momento ve que el camino está cortado. Unos carabineros le indican con las manos que debe desviarse hacia la derecha. Entra a la calle Baquedano, una de las principales de la ciudad. Un poco más allá tendrá que doblar a la izquierda para retomar el camino.

Empiezan a sonar las sirenas: una, dos, tres veces. Torres Leiva abre los ojos. Baquedano completamente vacío. Un semáforo rojo. Cuatro, cinco veces. Leonor se despierta. Seis, siete, ocho. Luz verde. No hay más autos. Ana avanza un par de metros, el siguiente semáforo, rojo. Nueve, diez veces. Ya no podrá seguir avanzando. La gente en las calles, las familias con frazadas caminan hacia arriba, hacia los cerros. Los niños gritan, las casas empiezan a quedar vacías. La gente rodea el auto. Les dicen que se bajen. Aparecen unos carabineros, más allá unos militares. La gente avanza. Son cientos de personas.

Hay que bajarse, rápido.

Un carabinero le abre la puerta a Ana y le hace un gesto de avanzar, de sumarse a esas personas que caminan, gritando. Ha empezado a caer una neblina densa. Todos

caminan. Torres Leiva agarra una toalla, toma en brazos a Leonor y se suman a las personas. Todavía tienen arena en sus cuerpos. Leonor lleva un vestido delgado, Ana también. Torres Leiva está con *short*. Avanzan. La arena en los zapatos, la neblina, las personas que caminan rápido, algunas corren, los niños lloran. Leonor no ha dicho una palabra. Abraza con fuerza a Torres Leiva. Mientras más suben, más gente se suma. Ana va atrás de él. Ahora suenan las sirenas de distintos autos, la neblina baja y se vuelve cada vez más densa. No se ve el cerro, pero caminan. No se ve más allá de un par de metros de ellos. Las luces de la calle parecen pequeñas esferas que convierten todo en un sueño, o algo parecido a un sueño: los colores que parecen diluirse frente a sus ojos. Es la bruma y el olor a podrido de las pesqueras, siente Torres Leiva, la harina de pescado, la neblina. Avanzan. La gente no habla, algunos dejan de correr, otros, desde las puertas de las casas, los miran caminar. Un par de militares va custodiando a las personas, ahora se suma un grupo de diez, doce perros callejeros. Ladran. Ana se asusta. Leonor tiritita. Torres Leiva piensa en el departamento de Ana, en cómo el mar va a inundar todo. Avanza y piensa que eso que los rodea va a ser destruido por el mar, que no debe faltar tanto para que lleguen las olas. Unos niños gritan. Las sirenas no lo dejan escuchar el mar, pero él sabe que está ahí, que en cualquier momento va a salirse y no está seguro si llegarán a donde tienen que llegar para salvarse. La neblina se vuelve cada vez más densa. Adelante, muy adelante, logra ver que hay unos tanques. Se pregunta si esa será la meta, el lugar para estar seguros de que el mar no se los llevará. Faltan varias cuadras. Torres Leiva quiere correr, pero se da cuenta de que nadie avanza tan rápido. Pide permiso, no suelta a Leonor, ella lo abraza con fuerza. La gente le dice que tenga cuidado, que no sea estúpido. Él no los mira, no los escucha. Piensa que si la primera ola los alcanza, el mar se los llevará juntos. Piensa en Ximena, en el hospital, en el agua que entrará por los pasillos y se llevará a los pacientes, se llevará a esa niña, que duerme desde hace ya tantas semanas. Vuelven a sonar las sirenas, una, dos, tres veces. La gente se ríe, conversa, pero él avanza, no quiere mirar hacia atrás, las sirenas, cuatro, cinco, seis veces, el mar se va a salir, el mar ya se salió, el mar se los va a llevar a todos, pero él no va a soltar a Leonor, no la va a soltar, aunque la ola los golpee y los arrastre, él no la va a soltar, piensa, siete, ocho, nueve veces, los militares, los tanques adelante, la respiración de Leonor, la respiración de Ana, que lo agarra de la polera, suben, la arena en los pies, el frío, el olor a pescado podrido que aturde, los brazos que los siente acalambrados, las sirenas que han dejado de sonar, el ruido del mar arrasando todo, lo imagina, lo está escuchando, todo eso que ve ya nunca volverá a ser lo mismo, las olas, la primera ola y después vendrán más, piensa, y los van a arrastrar, pero él no va a soltar a Leonor, no lo va a hacer.

Las personas se detienen. Torres Leiva avanza un poco más, pero también finalmente se queda quieto, cierra los ojos y empieza a escuchar los aplausos, los gritos y los aplausos. Un militar, por megáfono, dice algo que él no alcanza a escuchar.

La gente no deja de aplaudir. Los niños gritan, se abrazan, ahora sí logra escuchar: los militares los felicitan, les dicen que regresen a casa, que todo salió perfecto.

Las personas obedecen.

Las calles se despejan.

No es fácil dominar el arte de conducir en carretera, menos el de adelantar autos. La técnica es la desconfianza, dice García, andar siempre a la defensiva; saber, en el fondo, que no somos nada, que cuando quiera, Jehová puede acabar con nuestras vidas.

Torres Leiva ha aprendido en estas semanas, también, una técnica difícil de describir, pero que consiste en escuchar y no escuchar a García. Aprendió eso: que cuando García maneja y habla, lo mejor es no decir nada, porque sino el viaje se puede volver un infierno absoluto.

Antes de subirse al *jeep* de García, Torres Leiva se prometió poner en práctica esa técnica de escuchar y no escuchar, pues el viaje iba a ser largo.

Ana no le habla desde que supo que viajarían con García a Tacna. Ella no quería. Se lo repitió muchas veces: es peligroso, es innecesario, van a interrumpir el trabajo de Investigaciones, pero García ya se había conseguido todo para ir, y Torres Leiva no podía decir que no: el editor les exigió que volvieran con la historia y con fotos, con muchas fotos.

Ahora ella va en una camioneta de Investigaciones un par de metros adelante.

Iquique, Alto Hospicio y Huara ya han quedado atrás. Lo que viene es Pisagua, Arica y después Tacna. Amanece en el norte de Chile. García sigue hablando, Torres Leiva lo escucha pero lleva hace mucho rato los ojos cerrados. Salieron a eso de las cuatro de la mañana desde Iquique. Un radiotaxi lo pasó a buscar y lo fue a dejar a la casa de García. Ahí vio cómo su mujer y sus hijos lo despedían, antes de que se subieran al *jeep* y partieran. Ella le habló un poco, también. Nancy. Le dijo que se cuidaran, y que tenía que ir un día a comer a su casa, que García les había hablado mucho de él. Puras cosas buenas, le dijo y luego ya no hablaron más, pues se subieron al *jeep* y partieron.

La noche que regresaron de la playa, Ana y Leonor se quedaron con Torres Leiva en su pieza. No sabe muy bien cómo entraron los tres en esa cama de plaza y media, pero no les costó dormirse. Llegaron abatidos después de esa caminata infernal por Iquique. A la mañana siguiente tomaron desayuno con el dueño de la residencial y con su nieto, que había llegado recién de Santiago: dieciocho años, estudiante de periodismo, gordo, muy silencioso. Y en eso estaba cuando lo llamó García y le dijo que viajarían a Tacna en un par de días, que ya todo estaba confirmado. Esos días, por cierto, se terminaron transformando en un par de semanas: se atrasó el viaje, se suspendió, se pensó que no se haría finalmente, pero aquí están, arriba de la

camioneta, rumbo a Tacna. Delante de ellos, los funcionarios de Investigaciones, comandados por Roberto Castro y Ana; atrás, ellos junto a los periodistas y productores del programa de televisión de Santiago; y más atrás, algunos de los padres de las niñas: la mamá de Daniela, los padres de Francisca, un tío de Tamara y otro de Constanza, junto al diputado Mamani, quien les consiguió ese furgón en el que van viajando. La señora Mirna los fue a despedir a la salida de Iquique junto a otros familiares. Más tarde va a volver al hospital a ver a Ximena. No se despegaba de su habitación, no va a almorzar, duerme ahí, con una frazada. Come escarabajos, día y noche. Reza.

Ya empecé a escribir el libro, dice García, pero no sé cuánto me voy a demorar.

No puede ser mucho, dice Torres Leiva por decir algo. Podría haber dicho: no, no te preocupes por el tiempo. O: sí, depende de cómo nos vaya en Tacna. O: tranquilo, seguro que nos va a ir bien; aunque no sabría realmente qué significaría que les fuese bien. Le hubiera gustado hablar con Ana antes de partir, pero ella no le contesta el teléfono desde hace un par de días. Cuando partieron en caravana, se saludaron a la distancia, ella no se despegó de su jefe, con el que va en la camioneta que los antecede. Le gustaría haberle preguntado por Leonor, por cómo le ha ido en el colegio. Estarán tres o cuatro días en Tacna, por lo que supone que ya habrá tiempo para hacer esas preguntas.

Todo esto es la pampa del Tamarugal, dice García, ¿habías venido?

No, nunca, responde Torres Leiva y saca su cámara: intenta fotografiar algunos de los tamarugos que hay cerca de la carretera: verdes, grandes, como si fueran arbustos gigantes, aunque algunos tienen el tronco más alto. Dispara una, dos veces, pero ni la luz ni el movimiento le favorecen.

Y esta es la pampa Dolores, dice García y después le indica un camino hacia el mar, por allá, lo ves, por allá se llega a Pisagua.

Torres Leiva fotografía el camino, que se pierde después entre los cerros, poco antes de llegar al mar.

Los trámites en la frontera serán rápidos. Van a llegar a Tacna pasado el mediodía, dejarán sus cosas en un hotel, muy cerca de la Plaza de Armas, almorzarán todos los chilenos juntos y más tarde se reunirán, por primera vez, con la policía peruana: los detectives chilenos, el diputado Mamani, el alcalde de Tacna y la policía peruana.

Los periodistas se quedan afuera, esperando, aunque García está tranquilo, al parecer, pues sabe que los detectives chilenos le van a entregar toda la información. Ya vas a ver, le dice a Torres Leiva.

La reunión dura más de dos horas. Ha empezado a atardecer en la ciudad. Los familiares de las niñas, durante todo ese rato, recorrieron Tacna, las ferias, los bares, los restaurantes, los colegios, las oficinas de gobierno, pegando una fotocopia con el rostro de las seis niñas, hasta llegar a la Plaza de Armas, donde se encuentran con otros chilenos, que deambulan siempre por ahí, y les cuentan su historia, les hablan

de las niñas, les preguntan si las han visto, si saben en qué lugar podrían buscarlas.

Pero ninguno de los chilenos es capaz de reconocerlas.

Poco antes de que termine la reunión, aparece el diputado Mamani, que le pregunta a García si está todo en orden para la entrevista. Torres Leiva escucha, atento, aunque alejado de ellos, que hablan y coordinan esa entrevista que le dará el diputado a García, una entrevista que hablará del viaje y de las familias de las niñas. Una entrevista grande, y que irá con una fotografía que lo muestre a él junto a las familias recorriendo Tacna, eso quiere y le pide el diputado a García, quien le dice que esté tranquilo, que así va a ser.

Así va a ser, le vuelve a decir García mientras empiezan a salir los detectives y los policías de la reunión. Es Roberto Castro quien lo mira y le hace una seña con la mano: lo sigue hacia una de las piezas del hotel junto a los otros detectives chilenos. Ana sale rápido hacia su habitación y Torres Leiva queda ahí, un poco a la deriva. No tiene mucho que hacer. También se va a su pieza —que comparte con García— y mira las fotos que sacó durante el viaje. Se acuesta y se queda dormido, no sabe por cuánto rato, pero cuando abre los ojos, cuando escucha que alguien golpea su puerta, ya es de noche, está todo oscuro. Abre y García entra y le dice que se apure, porque van a hacer el primer recorrido. García busca en su bolso su grabadora, mientras Torres Leiva se pone un chaleco y revisa la cámara.

En la reunión, uno de los policías peruanos dijo que estaba seguro de haber visto a una de las niñas, caminando por el centro de la ciudad, sola. Le preguntó su nombre y ella le respondió con un acento distinto, un acento que podía ser chileno, pero más que eso no podía decir. Es la intuición, dijo, algo inexplicable, ustedes me tienen que entender, no todo puede ser tan racional en este oficio.

Así que el primer recorrido lo diseña él: irán a un par de discotecas, unos bares y las calles donde se paran algunas prostitutas en el centro, la calle Arequipa y los alrededores. Mañana recorrerán los chupódromos y las salsotecas, y después irán al sector de Alto Chorrillos, a las afueras de la ciudad, donde hay un par de prostíbulos que mencionaron todos los policías peruanos.

El recorrido lo tiene anotado García en un pequeño mapa de la ciudad. Se terminan de arreglar y, antes de salir, le pregunta a Torres Leiva si está todo bien.

¿Está todo bien?, insiste.

Torres Leiva lo mira extrañado.

No quiero ser imprudente, dice García, pero me complica tu tema con Ana.

Y sigue:

Yo entiendo que sean pareja; no comparto las maneras ni los modos ni los tiempos, dice García, pero quién soy yo para juzgarlos. Es bueno, sí, que sepas que hay un Dios que nos observa en todo momento. ¿Lo sabes, cierto?

Y sigue:

Pero ese no es mi problema; ustedes pueden hacer su vida juntos, se pueden enamorar, convivir, yo no puedo meterme ahí, pero sí me complica esto, dice, tu cara,

tus problemas que al final se convierten en mis problemas.

Torres Leiva no sabe muy bien a dónde quiere ir García, pero lo deja hablar:

Tú viniste conmigo, ¿cierto? Yo conseguí que el director del diario nos financiara el viaje y nos debemos a él. Entonces tú tienes que andar conmigo, tienes que ser mi sombra, porque en cualquier momento las vamos a encontrar y si tú andas en otra parte, si tú andas en otra parte...

¿Cuál es el problema?

No sé qué pasa entre ustedes, no me interesa, pero te necesito acá, ¿me entiendes?

No te entiendo, no sé de qué estás hablando, dice Torres Leiva y empieza a subir el tono de la voz. Las palabras se cortan.

Quiero lealtad, dice García, eso es lo que quiero.

Torres Leiva lo va a interrumpir, pero García sigue: tú no sabes dónde te estás metiendo, no sabes, pero yo sí sé, yo los conozco a todos, desde mucho antes de que tú llegaras. ¿Me estás escuchando? Los conozco a todos, y especialmente a ella.

¿De qué estás hablando, huevón?

¿Te contó por qué se separó?

Para.

¿Te dijo que despidieron al marido por su culpa?

Para, huevón, de verdad.

¿Te contó lo del sumario interno?

Alguien toca la puerta. García abre. Es uno de los detectives. Les dice que ya se van. Torres Leiva agarra su bolso con la cámara fotográfica y lo sigue. García se suma después. No van a hablar durante toda la noche. Nada. Ninguna indicación, ninguna sugerencia de foto. Van a andar juntos para todos lados, siguiendo a los detectives que dirigen el operativo. Son tres grupos: en uno están ellos acompañados de los periodistas del programa de televisión, en otro Ana y la policía peruana, y en el último los familiares junto al diputado Mamani. Los primeros recorren las discotecas, los segundos, las calles de las prostitutas, y los otros, los bares y el centro de la ciudad.

Esa primera noche, Torres Leiva va a ver lo siguiente: dos niñas besándose, en un rincón de una discoteca, mientras en el escenario un grupo *sound* toca una canción de amor, o de desamor, más bien, aunque aquello no lo escuchan las niñas, que se besan, las niñas que podrían ser chilenas, que podrían vivir en Alto Hospicio, que a lo mejor conocen a esas otras niñas que ellos buscan, aunque ninguno se atreve a interrumpirlas; un hombre mayor coreando cada una de esas canciones, bailando solo, borracho; un dj que mueve sus manos, arriba del escenario, frente a una pista en la que ya nadie baila; un travestí, sentado en una cuneta, llorando; una mujer, que podría ser la madre de Torres Leiva, hablando con un hombre que conduce un BMW, los vidrios polarizados, la minifalda que le deja ver los muslos grandes, llenos de marcas; unos chilenos que le preguntan a Torres Leiva dónde conseguir cocaína; otros chilenos que lo insultan, que le dicen que deje de sapear, que guarde la cámara; una

niña que le entrega a cada hombre que entra a la discoteca un pequeño papelito en el que se ofrecen servicios amatorios, una noche inolvidable, un momento de compañía y amor; un camarógrafo del programa de televisión siendo amenazado por dos prostitutas, los labios color fucsia, el pelo teñido rubio, unos tacos que debían medir más de veinte centímetros y que Torres Leiva alcanzó a fotografiar una, dos, tres veces, los tacos y los rostros de las prostitutas, sin saber si eran hombres o mujeres; una mujer que se baja de un auto, avanza unos pasos y vomita en la vereda. Se cae al piso. No reacciona.

Pero de las niñas, nada. Ni ellos, ni el otro grupo, ni al día siguiente, cuando en la noche recorran los principales chupódromos de la ciudad y vean, los detectives, los periodistas, los camarógrafos, Torres Leiva, los familiares, a muchas niñas que se parecen a Daniela, a Amanda, a Constanza, a Tamara, diecisiete, dieciséis, quince, catorce años, atendiendo en aquellos lugares llenos de pasillos y habitaciones, una barra, algunas mujeres bailando, todas atendiendo a los hombres que buscan cariño, la cumbia, el *sound*, el tecno, las baladas que las niñas deben compartir con los clientes, quienes les besan sus cuellos y las toman de las cinturas. No se llaman Daniela ni Amanda, pero podrían ser ellas, lo son, de alguna forma, sus pelos largos hasta la cintura, sus caras de niña, las ojeras, los labios pintados, las piernas largas y delgadas.

La tercera noche van al sector de Alto Chorrillos, pero esta vez solo los hombres para evitar cualquier sospecha: tienen que entrar a los prostíbulos, mezclarse con la gente, perderse en esos laberintos. Torres Leiva ni siquiera lleva la cámara. En un momento les pierde la pista a García y a los detectives. Vuelve solo al hotel, en un colectivo pirata que le cobra en dólares. Piensa en llamar a la habitación de Ana, pero se contiene. Llama, eso sí, a Santiago. Sabe que es tarde, pero quiere hablar con Matías.

Nadie le contesta.

La cuarta noche, el diputado Mamani llama a una conferencia de prensa en el hotel para pedir la ayuda de los presidentes de Chile y del Perú en la lucha contra la prostitución infantil.

En estas tres noches que he estado aquí, dice frente a las cámaras de la televisión peruana, en estas tres noches he presenciado las cosas más horribles que he visto en mi vida, tanto, que si se las describiera ustedes no me creerían, porque no hay palabras para explicar esta pobreza, esta miseria con la que nos hemos encontrado. Aquí hay un grupo de personas a las que el Estado, el Estado chileno y también el Estado peruano, tienen en el absoluto abandono. Cientos de niños y niñas, cientos de padres y madres que no reciben ayuda para combatir a estas corporaciones que trabajan por la prostitución en el país, en Chile y en el Perú, y quién sabe en cuántos otros países están operando, porque nadie nos puede asegurar que esto termine aquí. Vinimos a buscar a seis niñas chilenas, que no sabemos si están aquí o en otra ciudad del Perú o de Bolivia o quizás adónde las han llevado, pero las vamos a encontrar,

quiero que eso quede claro. Vamos a hacer todo lo humanamente posible por encontrarlas y volver con ellas a Chile, a sus casas donde sus familias las están esperando hace tanto tiempo. Sabemos que hay gente poderosa involucrada en esto, pero no nos amedrentan. Aunque tengamos que recorrer todas las ciudades del mundo para encontrar a las niñas, lo haremos. Aunque estemos frente a un caso donde están involucrados los poderosos, no dejaremos de buscar. Por eso les pido, señores presidentes, por eso les pido de corazón: hagamos algo. Porque hoy son estas niñas, pero mañana pueden ser nuestros hijos, nuestros nietos. Es hora de acabar con esto...

La quinta noche, la última noche de esta historia, Torres Leiva saldrá por primera vez solo a recorrer Tacna. No ha hablado en todos estos días con Ana. Ella lo ha evitado, no se ha despegado de Roberto Castro durante todo el viaje. No hay nada que hacer, piensa Torres Leiva. García y los detectives pasarán esa noche planificando los próximos días. Les ha llegado la información de que las niñas estarían en las afueras de Tacna, o que incluso las habrían llevado a Santa Cruz, Bolivia, hasta que los chilenos dejen la ciudad.

Esa noche, entonces, Torres Leiva volverá a circular por el centro de Tacna. Recorrerá una vez más la calle Arequipa, entrará a un par de bares, comenzará tomándose un par de cervezas y luego se pasará al destilado, un par de cortos de pisco que lo tendrán alerta por un rato hasta que se cruce con esa peruana que lo va a convencer de que se vaya con ella a la cama. Son unos pocos soles, le dice ella y lo lleva a una casa que queda a un par de cuadras del centro, una casa de dos pisos, antigua, llena de habitaciones oscuras que Torres Leiva solo alcanza a ver de reojo. Se instalan, finalmente, en un *living* grande, donde hay un escenario rodeado de sillones en los que se besan distintas parejas, mientras dos niñas bailan en un caño, dos niñas que tienen los ojos desorbitados, y que él quisiera fotografiar, piensa, pero no tiene la cámara. Quiere tener esas imágenes, de alguna forma, en su memoria, esas niñas que bailan frente a sus ojos sin soltar el caño, bajo una luz roja, intensa, las niñas bailan una canción de Madonna, y una de ellas, con la mirada perdida, se acerca y le dice algo que él no alcanza a escuchar, que no va a escuchar, en definitiva, porque la peruana le trae un *whisky* y se lo lleva a una pieza al fondo, muy al fondo de la casa, lejos de aquel *living*, de aquel escenario donde las niñas seguirán bailando esa canción de Madonna hasta perderse con alguno de los hombres que llegará después que Torres Leiva a la casa, mientras él esté encerrado en esa pieza, sin baños ni ventanas, muy mareado ya, junto a la peruana que le pide que se la tire toda la noche, por favor, que le encanta cómo tiran los chilenitos, pero Torres Leiva no deja de pensar en las niñas bailando en el caño, no puede, las reconoce, sí, son ellas, piensa, son ellas, mientras la peruana lo desviste y se la empieza a chupar, arrodillada, y el mareo se vuelve más intenso, una bomba que late en la cabeza, no puede, pero son ellas, está seguro, son ellas. Trata de ponerse de pie, pero la peruana no lo deja. Finalmente la empuja y se pone de pie. Se sube los pantalones y sale rápido de la pieza. No sabe cómo llegar al *living*, son demasiadas habitaciones, una

luz verde, muy tenue, ilumina los pasillos. Avanza. Avanza todo lo que puede, dobla, vuelve a doblar, regresa, no, no sabe dónde está. En su cabeza sigue latiendo una bomba: la mezcla entre el *whisky* y el pisco lo revienta. Está perdido, mareado. Se escuchan los gritos y los gemidos, la música, escucha la música venir del *living*, la sigue, o cree seguirla, hasta que la luz verde cambia de color, es otro color ahora el que ilumina el lugar, rojo, es un tono intenso que lo llevará finalmente al *living*, al escenario, a esas niñas que ahora bailan y son otras.

Cae al piso.

Cierra los ojos.

La bomba estalla.

Despierta en un lugar que no reconoce.

Es una habitación blanca. Es un hospital o una clínica. No sabe. Está acostado en una camilla. No hay ventanas en la pieza. La puerta está cerrada. Intenta ponerse de pie, pero siente que todo se mueve. Es una sensación horrorosa de vértigo. Se vuelve a acostar. Le duele la cabeza, mucho. Cierra los ojos.

Recuerda.

Está la luz verde y luego la luz roja, intensa. Está la música de Madonna y el mundo que gira de forma grotesca, sin detenerse. En su cabeza las luces se mueven. Está la música y los gritos, también. Recuerda eso: él avanzando por unos pasillos angostos, llenos de puertas, el ruido que lo ensordece y el mundo que sigue girando.

Abre los ojos.

Aquí todo gira, también, pero al menos está acostado. No quiere seguir. Se levanta como puede y avanza hacia la puerta. La abre. Ahí está el mundo, los enfermeros, los médicos y García, que conversa con uno de ellos.

Vuelve el vértigo, se va a desmayar, lo siente, no lo puede evitar, se le doblan las rodillas, viene, se va a caer, se va a caer.

Se cae.

Los médicos y García escuchan el ruido y lo ayudan. Unos enfermeros lo devuelven a la cama. Torres Leiva está mareado, pero habla.

Pregunta: dónde estoy. Qué pasó. Dónde está Ana. Dónde están todos.

Los médicos le dicen que se tranquilice, que cierre los ojos. Le piden a García que salga, que tienen que ponerle suero, que los espere afuera.

Torres Leiva cierra los ojos, los enfermeros se mueven a su alrededor, el mundo completo se sigue moviendo a su alrededor.

Duerme.

Todo se detiene.

Pero afuera ocurren cosas, demasiadas cosas de las que aún no se entera. Afuera, los detectives chilenos preparan sus cosas para regresar a Iquique y García intenta que los esperen, que no se vayan sin ellos. Los detiene. Intenta detenerlos, decirles

que es mejor que viajen en un par de horas, pero le dicen que no quieren recorrer las cuestas que unen Arica con Iquique durante la noche, porque el camino es duro, y si los pilla la camanchaca todo puede volverse peor. No. Tienen que viajar antes del atardecer. Tienen que llegar lo antes posible a Iquique, pues Ximena despertó.

Ximena despertó, le va a repetir García a Torres Leiva un par de horas después, cuando abra los ojos, en esa habitación blanca y sin ventanas, y escuche cómo García le cuenta todo esto, cómo le dice que tienen que volver lo antes posible a Iquique porque Ximena despertó. Y habló.

Habló.

No saben qué dijo todavía, pero habló.

Vamos, vístete y vámonos, dice García y sale de la habitación.

El vértigo ha desaparecido. Torres Leiva lo comprueba cuando se pone de pie y el mundo ya no se mueve, sus pies están fijos en el piso, puede caminar sin problemas.

Se pone la ropa y sale del lugar.

Afuera, en la sala de Urgencia, hay un tumulto de gente, algunos gritan, unos niños lloran, unos hombres los miran fijamente, como si los estuvieran escudriñando.

Salen rápido. García tiene estacionada la camioneta a un par de cuadras del hospital. Ya sacó todo del hotel, van a partir de inmediato a Iquique. Los demás ya atravesaron la frontera.

Que Jehová nos proteja, dice García en voz alta cuando pasan la Línea de la Concordia, poco antes del anochecer. No ha dicho más palabras durante el camino. Entonces, Torres Leiva aprovecha ese momento y le comenta algo del viaje, si ha hecho muchas veces ese viaje entre Tacna e Iquique. Cualquiera cosa. Quiere hablar, quiere preguntarle cómo llegó al hospital, qué pasó en la noche, después de que todo se fue a negro.

Lo hace.

García no contesta nada, al principio. Mantiene la vista fija en el camino.

Finalmente dice: ¿no recuerdas qué hiciste anoche?

¿Qué hice?

No te hagas el huevón, conmigo no.

No sé de qué hablas.

Lo sabes perfectamente, dice García sin desviar la mirada de la carretera. Vuelven a quedarse en silencio. Torres Leiva piensa que debe explicarle todo, pero no sabe realmente qué tiene que decir. García conduce. Lo hace rápido, pues no quiere que lo pille la noche, no quiere encontrarse con la camanchaca en mitad del camino, en mitad del desierto. Eso lo dice en voz alta. Conduce rápido. Después no habla más.

Cuando ya es de noche y han pasado varias horas en la carretera, Torres Leiva empieza a recordar: la casa antigua de dos pisos, las luces rojas y verdes, las habitaciones que se multiplicaban.

Las niñas.

Ya sé donde estuve anoche, dice de pronto, cierra los ojos y habla: era una casa

grande y estaba llena de niñas. No sé cómo llegué ahí, pero había un *living* y muchas niñas bailando. Me acuerdo que una me habló, se acercó y me habló, pero no entendí qué me dijo, la música estaba muy alta, todo se movía, no pude entenderle.

García no comenta nada. No despega la vista de la carretera. De vez en cuando baja el vidrio de su puerta, enciende un cigarro y fuma. En estos días en Tacna casi no fumó, pero ahora ya lleva varios durante el viaje. No le pregunta nada a Torres Leiva. Conduce en silencio hasta que llegan a Iquique pasada la medianoche. García lo deja en la residencial y, cuando se va a ir al hospital, Torres Leiva le pregunta si puede acompañarlo, pero él le dice que mejor no, que estuvo enfermo, que descanse y que mañana hablan.

Torres Leiva entra a la residencial y sube a su pieza. En el pasillo están los mismos hombres de siempre, viendo un partido de fútbol. Toman cervezas. No le dicen nada. Hace un tiempo supo que trabajan en una mina. Que están dos semanas arriba y una abajo. Que no son de Iquique. No sabe de dónde son. Él avanza rápido y entra a la pieza. Enciende la luz. La cama está sin hacer. Deja su mochila y el bolso con la cámara. Se sienta. Están las sábanas en el piso. Más allá hay ropa, y más allá el sobre con las fotos que reveló Ana: las fotos que le alcanzó a sacar a la mochila de Ximena, los cuadernos, la lista con los verbos irregulares en inglés, los dibujos, las palabras, su nombre escrito en cada uno de sus cuadernos, su letra limpia, grande, redonda, impecable. También están las fotos que le sacó a los carabineros. Ana le dijo que nunca los había visto antes, que no podía ayudarlo.

Esa fue la última conversación que tuvieron antes de partir a Alto Hospicio. Ahora deja las fotos en el sobre y se acuesta.

Va a dormir unos minutos, quizás un poco más, hasta que golpean su puerta.

Una, dos, tres veces.

Amigo, lo buscan abajo.

Torres Leiva se levanta y sale.

Los hombres siguen viendo fútbol, aunque al parecer las cervezas se acabaron.

Baja, abre la puerta: es García.

Se sientan en el *living*. García habla: Ximena despertó. Ximena les dijo a los médicos que un hombre había intentado matarla cerca de un basural. Que la golpeó con una piedra. Que la tuvo secuestrada durante mucho tiempo hasta que decidió llevarla al desierto y lanzarla a un pique, y que mientras le arrojaba piedras le dijo que él había asesinado a las niñas de Alto Hospicio.

Torres Leiva no reacciona.

Anda a buscar la cámara y vamos, dice García. Sale de la residencial, se sube a la camioneta y lo espera. Enciende un cigarro. Ha comenzado a caer la neblina.

No saben cómo se llama, tampoco su edad. Tienen datos ambiguos: dicen que es moreno, pelo canoso, de contextura gruesa, bajo, y que conduce un auto blanco, más

o menos nuevo, que tiene unos muñecos de la serie infantil *Bananas en pijama* colgando del espejo retrovisor.

Lo buscan un par de días: Iquique, Alto Hospicio, Pozo Almonte, Huará. Lo buscan por las playas, por el desierto. García y Torres Leiva siguen a los detectives, pero no hay huellas, no hay nada. Registran las ciudades, los pueblos, los basurales y el pique donde cayó Ximena: no hay rastros del hombre. Ximena está en *shock*. No es capaz de recordar nada más. La interrogan. Todos los días, distintas personas, la interrogan, le piden detalles, que recuerde, por favor, que recuerde dónde quedaba la casa en la que estuvo secuestrada, que recuerde cómo era el hombre, más detalles, eso necesitan, más detalles, pero ella no es capaz de responder. La memoria falla y es tramposa, casi siempre hace lo que quiere. Se borra. Esos recuerdos se vuelven transparentes. Están ahí, pero no hay forma de recobrarlos.

Hasta que aparece.

Es un control diario, no hay especial inquietud por ese auto blanco que dos carabineros detienen a un costado de la carretera que lleva a Alto Hospicio. Una fiscalización cotidiana. El auto estacionado en la berma, con las luces intermitentes encendidas. Se acercan al conductor. Tiene el pelo rubio, aunque él es moreno. Sí, está teñido, pero no hay problema con eso. No. Le piden los documentos. Certifican que los datos estén correctos, miran la patente. Todo en orden. El otro carabinero mira el asiento trasero. Todo en orden. Se da una vuelta, rodeando el auto.

Mira el espejo retrovisor: los muñecos de *Bananas en pijamas* están ahí, colgando. El otro carabinero le entrega los documentos y le dice que puede seguir. El hombre enciende el motor, pero lo tiene que apagar inmediatamente, pues lo hacen bajar del auto y le dicen que abra el maletero.

El hombre, silencioso, obedece. Abre: hay unas frazadas extendidas y una caja de herramientas. Uno de los carabineros mueve las cosas y los encuentra: un cuchillo carnicero y un fierro con marcas de sangre.

Lo detienen. Lo esposan.

Dan el aviso.

La noticia se demora solo unos minutos en explotar.

Lo mantienen incomunicado por un par de días. Ximena lo reconoce, sí, dice, es él, y luego se vuelve a encerrar en su silencio. No va a salir de ahí por años. Dejará que esa vida, que esos recuerdos, desaparezcan por completo hasta que se vaya lejos de Iquique. Pero lo observa, en ese momento, y dice: sí, es él.

Entonces lo interrogan. Lo mantienen encerrado por días, no lo dejan dormir, no bajan nunca la intensidad de la luz que ilumina esa pieza sin ventanas en la que está durante esos días. Quieren que confiese, quieren que diga dónde están las niñas, pero él niega todo, una y otra vez lo niega, insiste en su inocencia. No es capaz de explicar de dónde es la sangre que encontraron en su maletero, no, inventa cualquier cosa, se defiende, pero el sueño puede más.

García irá contando esta historia desde *La Estrella*. Iquique se llenará de

periodistas de Santiago, pero será él quien consiga primero que todos la información.

El hombre se llama Miguel Ángel Paz Solís. Tiene 57 años, vive en Alto Hospicio hace dos décadas, es obrero, aunque no trabaja, pues lo mantiene su conviviente. Ella vende seguros de vida y los fines de semana ayuda a una hermana a vender en un puesto de verduras en el Terminal Agropecuario, es decir, está casi todos los días fuera de casa, por eso no entiende nada cuando le avisan que Miguel Ángel está detenido.

El interrogatorio final, antes de que confiese todo, dura varias horas. Miguel Ángel Paz Solís no se guardará detalles: su mujer salía temprano de casa, rumbo a Iquique, para vender los seguros en distintas oficinas. Mientras, él agarraba su auto —un Toyota blanco, más o menos nuevo, que se había comprado su mujer en la Zofri antes de conocerlo— y salía a recorrer Alto Hospicio. Fue uno de esos días, mientras manejaba, que vio a una niña haciendo dedo. Eran alrededor de las nueve de la mañana. Él se detuvo y le preguntó adónde iba. Ella le dijo que a Iquique, pero él le dijo que no, que era muy lejos y volvió a su casa. Días después volvería a salir temprano y esta vez encontraría a otra niña haciendo dedo cerca del Pedro Prado: ella iba hacia La Negra y él le dijo que sí, que la llevaba, y se subió. Arriba del auto le hizo preguntas: que por qué estaba regresando a su casa tan temprano, que a qué hora salía en las mañanas, con quién vivía. La niña, que tendría unos doce años, le respondió todo y luego se bajó fuera de su casa, donde la dejó Paz Solís.

Así aprendió —así entendió rápido— cómo debía proceder.

A la mañana siguiente saldría muy temprano. Su mujer le iba a preguntar por qué a esa hora y él mentiría: que había una posibilidad de trabajo en una construcción a las afueras de Alto Hospicio, que le habían pasado el dato y quería probar suerte.

Fue a recorrer La Negra y encontró a una niña haciendo dedo. Se detuvo y le dijo que la llevaba por cien pesos. Ella aceptó. La dejó afuera del colegio y volvió a casa. Iba a ser su trabajo, entonces: deambular por la ciudad como un taxi pirata. Y así anduvo un par de días, mientras su mujer creía que trabajaba en una construcción, hasta que se encontró con Constanza.

Iba a ser la primera.

El mecanismo lo iba a repetir con cada una de las niñas: recorría temprano La Negra y les ofrecía llevarlas al colegio por cien pesos; ellas se subían sin saber que minutos después él sacaría un cuchillo y les diría que se quedaran tranquilas, que les convenía hacerle caso en todo. Se alejaba de Alto Hospicio varios kilómetros y las llevaba hacia unos basurales clandestinos, primero, donde se estacionaba, las obligaba a bajarse y las violaba. Después las volvía a subir al auto y se desviaba de la carretera por unos caminos de tierra que llevaban a unos piques donde muchos años atrás se extraían minerales. Ahí tiraba a las niñas y luego les lanzaba piedras hasta que quedaban inconscientes y morían.

Con Ximena, sin embargo, el procedimiento fue otro.

Había descubierto unas casas abandonadas en las afueras de Alto Hospicio,

camino al desierto. Decir casas, en realidad, es demasiado generoso, pues eran construcciones de adobe que quedaron a medio terminar. Pero había una a la que habían alcanzado a hacerle el techo, así que ahí decidió instalarse. Quería probar: mantener a una niña por un tiempo y ver cómo reaccionaba. Eso le dijo a los detectives: ver cómo reaccionaba ahí, encerrada en esa casa en medio del desierto, encerrada en una pieza con candado de la que era imposible escapar.

Empezó a pasar el tiempo y sintió que le gustaba tener a Ximena en esa casa. Ya no recorría La Negra buscando niñas, no. Salía temprano, pero solo para ir a ver a Ximena. Le daba un poco de comida y la violaba durante la mañana, luego volvía a su casa a la hora de almuerzo. En la tarde volvía y la violaba, nuevamente, hasta que anochecía. Ese mecanismo convertido en una cotidianeidad: a veces la sacaba de la pieza y la llevaba afuera de la casa, le pasaba un bidón con agua y le decía que se bañara. No le quitaba, en ningún momento, la vista de encima, pero tampoco se preocupaba: estaban en medio del desierto, era imposible escaparse. Aunque esto ocurría solo un par de días a la semana. Los demás los pasaba encerrada en esa pieza, esperando que llegara Paz Solís todas las mañanas y le diera un plato de comida, que casi siempre eran los restos que quedaban de la noche anterior en su casa. Las primeras semanas evitaba comer, pero empezó a pasar el tiempo y no tuvo otra opción: comía desesperada, con las manos, manchándose toda la boca. Le pedía que la dejara salir, por favor, que ella no le contaría a nadie, que tenía una abuelita que no podía cuidarse sola, que estaba vieja, que por favor la dejara ir, pero a él le daba lo mismo. Cuando ella hablaba mucho, Paz Solís le pegaba hasta que se quedaba en silencio y, entonces, procedía a violarla. A esa altura, cuando las semanas se habían empezado a transformar en meses, ella casi no ponía resistencia. Era un cuerpo inerte. Él lo sentía así: un cuerpo débil, que ya no le producía placer, que lo cansaba, que le daba rabia. Por eso a veces no le llevaba comida, para castigarla, porque no era capaz de tolerar que ya no fuera como al principio, cuando ella ponía resistencia y forcejeaban un buen rato hasta que él obtenía lo que quería.

El tiempo fue pasando y él ya no quería visitarla más, pero no sabía qué hacer con ella. Sabía que podía matarla, como a las otras, pero algo —no estaba seguro qué— se lo impedía. Así fue dejando que pasaran las semanas, los meses. A veces le llevaba ropa para que se cambiara, pero ella no quiso sacarse su uniforme en todo ese tiempo. Solo se ponía la ropa encima cuando en las noches el frío se volvía insoportable. Dormía sobre un colchón que estaba en el piso y se cubría con una frazada que le dio Paz Solís a los pocos días de llegar a la casa. A esa altura, cuando ya llevaba casi dos años encerrada, él casi no la iba a visitar. Le dejaba comida temprano, a veces la golpeaba, como esperando que ese cuerpo volviera a tener vitalidad, y luego se iba.

Hasta que una mañana se aburrió —no fue capaz de explicar el por qué— y le dijo que iban a salir.

La subió al auto y tomó uno de los caminos de tierra que lleva hacia los piques donde había lanzado a las otras niñas. Estacionó el auto, se bajó y la violó por última

vez. Cuando terminó, se quedó echado encima de ella por un rato, con los ojos cerrados, descansando. Un par de segundos que fueron suficientes para que Ximena forcejeara y lograra arrancar. Corrió un par de metros, pero no tenía fuerzas. Él la alcanzó, la agarró del pelo y la arrastró hasta un pique. La empujó y luego le empezó a lanzar piedras. Mientras lo hacía, le dijo que él había violado a las otras niñas, y que no se iba a salvar.

Pero algo falló: las piedras le golpearon la cabeza, pero solo quedó inconsciente. Un par de horas después despertó y se encontró en el pique, rodeada de neumáticos y basura. No fue capaz de dar todos los detalles necesarios para que Carabineros e Investigaciones reconstruyeran aquella escena. Sí les dijo que intentó subir durante varias horas, pero que no lograba trepar con la fuerza necesaria, hasta que en un momento entendió que si no se esforzaba más iba a terminar muriendo ahí, en ese pique lleno de basura y de quizá qué otras cosas que ella no podía ver en la oscuridad. Así que hizo un último intento y logró trepar hasta salir del lugar, llena de tierra y de heridas en las piernas, casi sin fuerza. Salió del lugar y empezó a caminar sin rumbo, pues no sabía dónde estaba. En un momento, unos perros se le unieron en su caminata. Ella trató de espantarlos, al comienzo. Pensó que la iban a morder, pero luego entendió que solo querían acompañarla. Así avanzaron juntos por el desierto, hasta que vio a lo lejos la carretera y corrió, corrió muy fuerte, y se detuvo en la berma a esperar a que alguien la llevara a Iquique. Hizo dedo por varios minutos, pero nadie se detenía. Fue ahí cuando se encontró con Torres Leiva y García.

Las únicas fotos que le alcanzó a tomar Torres Leiva a Miguel Ángel Paz Solís fueron en la reconstrucción de escena. Hay una imagen en la que se lo ve con un peto amarillo, al borde de uno de los piques, y con una piedra sobre la cabeza. No se ve su cara, aparece de espaldas, es una foto tomada con todo el *zoom* que pudo aplicar Torres Leiva en esa cámara digital. Una foto de espaldas: el peto amarillo de imputado, los brazos extendidos hacia arriba, sosteniendo una piedra, al borde del pique, rodeado de efectivos de Investigaciones.

Hay un par de retratos más, que circularon por diarios de todo el mundo.

El diputado Mamani pidió que se iniciara una investigación para determinar las responsabilidades políticas del caso, pues Carabineros e Investigaciones habían actuado negligentemente, según dijo en una entrevista que le dio a García.

Finalmente, condenaron a Miguel Ángel Paz Solís a doble cadena perpetua por el asesinato de diecisiete mujeres entre los años 1994 y 1999. Las últimas de esa lista fueron las niñas del liceo Pedro Prado, cuyos restos fueron encontrados en dos piques, a varios kilómetros de Alto Hospicio. Hoy está encerrado en una celda especial, en el penal de Acha, cerca de Arica.

Destituyeron de sus cargos en Investigaciones a Ana Figueroa y Roberto Castro. Al suboficial mayor Ernesto Contreras y al suboficial Pedro Vega los trasladaron a Puerto Montt y Temuco, respectivamente.

La abuela de Ximena falleció unas semanas después de que ella despertara. Su

madre volvió a Iquique a buscarla. Ahora viven juntas en Chañaral.

## IV

Todo eso es mentira, dijo ella.

El pelo blanco, peinado hacia atrás, con laca. Unos lentes de sol que le cubren buena parte de la cara. Una chaqueta de cuero, unos bigotes blancos. La dentadura perfecta.

Se dan un abrazo. García le palmotea la espalda, le dice que está igual, que le falta la pura cámara fotográfica no más, y se ríe. Él también se ríe y toman asiento. García le envió un *e-mail* y le pidió que se juntaran en el Tavelli del Drugstore, y aquí están, sentados, esperando que un mozo los atienda.

¿Cómo está tu hijo? ¿Marcos?

Matías.

Cierto, Matías. Yo tuve otro hace poco. No me deja dormir, pero qué le vamos a hacer.

Llega el mozo, Torres Leiva pide un té, García un cortado doble.

Te traje algo, dice García y saca de su maletín un libro. Se lo pasa a Torres Leiva. En la portada, el cerro Dragón.

Lo saqué hace unos años, agotó dos ediciones, esta es la tercera. Quedó bonita, ¿cierto?

Torres Leiva lo hojea.

Hay un texto donde apareces tú, aunque no te nombro. Eres el fotógrafo. Es de cuando fuimos a ver a la virgen, ¿te acuerdas?

La de Pozo Almonte...

También estás en otro, en ese de la ballena. Pedí permiso en el diario para poner algunas fotos.

Torres Leiva vuelve al índice y busca el texto. Lo encuentra. Ahí está: una ballena jorobada en Playa Brava. La primera foto la muestra en el mar, todavía, cuando se acercaba a la orilla. En la segunda foto ya está varada, la gente a su alrededor. La tercera foto es el mar rojo, una ola grande, que revienta tras la ballena, una ola completamente roja.

Ahora trabajo asesorando a un ministro, y también estoy escribiendo a veces para una revista, dice García, es otra cosa una revista. Hubiera sido bonito que nos encontráramos en un trabajo así. Lo del diario era una mierda.

Seguro, dice Torres Leiva.

Hay otros reportajes que hicieron juntos: la orquesta juvenil de Alto Hospicio; el mendigo que fue encontrado muerto en su casa, rodeado de billetes; el campeón de caza submarina que vio cuerpos en el mar en los 80; el día que Deportes Iquique volvió a primera división. Torres Leiva hojea y hojea y no encuentra lo que está

buscando.

¿Y qué estás haciendo tú? ¿Trabajando en algún medio? ¿Te viniste hace mucho tiempo a Santiago?

Sí, estoy pituteando, dice Torres Leiva, volví a los matrimonios y a los bautizos.

Qué buena, dice García.

Llega el mozo con el té y el café, los deja en la mesa. No hay más de qué hablar, piensa Torres Leiva. No quiere responder ninguna pregunta más, no quiere escuchar a García hablar de todo lo que ha hecho en estos diez años. No quiere saber qué ha sido de Nancy, tampoco qué edad tiene su hijo, nada. No sabe, en realidad, por qué aceptó juntarse. O quizás sí sabe, pero no lo quiere admitir.

La otra vez tuve que ir a Iquique, a acompañar al ministro. ¿Tú has vuelto?

No, ¿para qué?, dice Torres Leiva.

Está distinto, mucho boliviano, mucho colombiano. Buenos autos como siempre, pero se chacreó. Llegó una colonia de libaneses, muy raro todo. Creo que en ninguna parte del mundo hay más libaneses que en Iquique.

Aparte del Líbano, dice Torres Leiva y García se ríe.

Es una risa falsa, piensa, en eso no ha cambiado.

Te quiero mostrar otra cosa, dice García y esta vez saca de su bolso unas hojas anilladas, son varias, puede que sean doscientas hojas, quizás más. Torres Leiva las recibe. La primera página está en blanco. Las que la siguen también. Avanza rápidamente. Ahora sí: son muchas palabras escritas, distintos capítulos, en algún momento ve su nombre, llega al final: 360 páginas.

Empieza en la siete, dice él, y Torres Leiva le hace caso. Abre el texto en esa página. Lee:

«La historia es así: se perdieron hace unos años, cuatro, cinco, tal vez seis. Salieron de sus casas una mañana rumbo al liceo y no volvieron más. Eran niñas, tenían entre nueve y quince años, todas iban a un mismo liceo —el Pedro Prado—, todas llevaban su uniforme, sus zapatos negros, sus jumpers, sus corbatas rojas, sus camisas blancas, sus mochilas llenas de cuadernos...».

García lo ve leer un par de párrafos más. Cuando llega al final de la página, le dice que necesita su ayuda.

Hay, en la mitad del texto, varias de las fotografías que sacó Torres Leiva durante el tiempo que estuvo en Iquique: los padres encadenados frente a la municipalidad; la protesta frente al presidente Lagos; las madres de las niñas con una imagen de cada una de ellas colgándole del cuello; García cambiando una rueda del *jeep*, a un costado de la carretera, en mitad del desierto, con la camisa arremangada; un retrato de Miguel Ángel en la reconstitución de escena: lleva un peto amarillo, está esposado frente a uno de los piques donde lanzó a varias de las niñas.

Cuando estuve en Iquique me quedé varios días, dice García, fui a Alto Hospicio y aproveché de escribir sobre el caso. Se cumplieron diez años, ¿supiste?

Torres Leiva niega con la cabeza.

La historia es larga, le advierte García.

¿Qué tan larga?

Larga.

¿Qué pasó?

Voy a necesitar tu ayuda, le dice.

Y empieza.

Se iba a quedar un par de días. Necesitaba eso: un fin de semana solamente, pues ya había contactado a los familiares de las niñas, estaba todo coordinado. Había conseguido reunirlos en la casa de una de las madres, sería algo breve, pero intenso: una entrevista grupal, las preguntas necesarias para reconstruir esos diez años, qué había ocurrido con sus vidas durante esa década. Se sabían algunas cosas: el Estado los había indemnizado con una pensión miserable, a Miguel Ángel Paz Solís lo habían trasladado desde el Penal de Acha hacia Colina I sin que se conocieran los motivos legales, algunos de los familiares directos de las niñas habían muerto por motivos muy diversos: accidentes automovilísticos, cáncer, incendios, pequeñas tragedias domésticas que parecían tener su momento cúlmine con esa madre que agoniza ahora en el hospital de Iquique, luego de que le explotara un calefont en la cara.

Se iba a quedar un par de días, pero aquella madre iba a retrasar su viaje.

Era la madre de Constanza.

García se juntó con los demás familiares, los entrevistó, hizo las preguntas correspondientes y así fue dándose cuenta de cómo aquellas familias se transformaron en cuerpos inertes, atrofiados, enfermos. Pequeños muñones con los que no había mucho que hacer. Vivían así, un poco a la deriva, en una cotidianidad que les costó años volver a armar. Vidas destrozadas que García reconstruyó en su reportaje, y en las que profundizaba en ese libro que estaba terminando de escribir. Pero, entonces, alguien habló de la mamá de Constanza y todo su plan tuvo que cambiar. Porque necesitaba saber de ella, necesitaba que le contaran más del accidente, pero ninguno de los familiares de las niñas tenía más información. En realidad no se habían juntado desde hacía años, cuando se cerró la investigación del caso. Vivían algunos en un mismo pasaje, aunque casi todos se habían ido de La Negra. Seguían en Alto Hospicio. A veces se cruzaban en la feria o en el supermercado, pero no hablaban. Cuando se encontraban, nunca dejaban de saludarse, pero era todo rápido: no querían recordar lo que les tocó vivir juntos. Por eso se evitaban. Era un acuerdo tácito, le dijeron a García. No había problema en eso. Nadie reclamaba. Tenían más hijos, más nietos. Debían continuar con sus vidas, le explicaron. Por eso no sabían qué había sido de la vida de esa mujer que agonizaba desde hacía semanas en el hospital de Iquique. Al parecer, permanecía estable, pero sin recuperar la conciencia.

García la fue a ver al día siguiente. Tenía que regresar a Santiago en la noche, pero retrasó el vuelo. Estuvo varios días en Iquique. No dejó de ir a visitarla todos los días. Esperaba encontrarse con alguno de sus familiares y así reconstruir su historia. Necesitaba eso. Esperó y esperó, pero nadie la iba a ver. Se dio cuenta de eso al tercer día, cuando uno de los enfermeros le preguntó por qué no venían más personas a visitarla.

La tienen abandonada, le dijo.

García no supo qué responder. Inventó una historia. Eso hizo. Le dijo que él era un sobrino lejano, que no sabía, pero que tenía entendido que la familia estaba distanciada de ella. Aunque quizá ella había sido la que se distanció. No lo tenía claro. Él tampoco hablaba con su familia.

Qué pena, le dijo el enfermero y continuó revisando a los demás pacientes.

García volvió a contar esa historia el resto de los días que estuvo visitándola: a otros enfermeros y a los pocos médicos que la iban a controlar.

Pudo reconstruir la historia de la mujer, finalmente, gracias al relato de ellos: había comprado un perfume en uno de los supermercados de Alto Hospicio, una imitación de Calvin Klein, una de esas que se conseguían en la Zofri. Pero el frasco tenía un problema. El pituto por el cual salía el perfume estaba malo. Intentó arreglarlo con un cuchillo. Fue a la cocina y lo puso en el lavaplatos. Arriba del lavaplatos estaba el calefont. Intentó cortar el pituto con el cuchillo. Puso la botella frente a su cara. Lo cortó. No se dio cuenta. El sonido del fuego absorbiendo el alcohol. Un segundo, quizá dos, y la explosión que se escuchó en todo el pasaje. El fuego la envolvió en un par de segundos. Ella cayó al suelo, trató de quitarse la ropa, pero el fuego no la dejaba. Su ropa incendiándose. El olor a pelo quemado, el olor de ese perfume Calvin Klein impregnado en la piel. Finalmente pudo sacarse la ropa y se paró. Abrió la llave del lavaplatos. Se mojó la cara, el cuello, las manos. No sentía nada, no había dolor. Fue al baño a mirarse en el espejo. No pasaba nada. El fuego había alcanzado a quemarle un poco el pelo, pero estaba bien. Se mojó la cara durante un buen rato. Alguien le tocó la puerta. Una vecina. Había escuchado la explosión. Ella abrió y le contó todo esto. Le preguntó si notaba algo raro en su cara. La vecina le dijo que no, que estaba roja, pero nada más. De todas formas le dijo que fueran al consultorio de Alto Hospicio. Salieron de la casa y mientras iban caminando, la cara empezó a ponerse más roja y aparecieron unas llagas. Pero no había dolor. Ella insistía en eso, le decía que no se preocupara, que no le dolía. Apenas llegaron al consultorio, fue a la recepción y pidió un número. Cuando la mujer que atendía la vio, llamó de inmediato a los enfermeros. La atendieron en un pasillo. Las quemaduras ya eran visibles y empezaban a deformar sus facciones. Pero ella no sabía, no sentía nada. Llamaron a una ambulancia. En un momento se vio en un espejo y entró en *shock*. El dolor no aparecía todavía, pero iba a llegar mientras la ambulancia se dirigía al hospital de Iquique. Eran quemaduras muy profundas. Perdió la conciencia.

Y sigue sin despertar, le dice García a Torres Leiva, que acaba de pedir otra taza de té.

Qué mierda.

Yo me vine y he estado en contacto con uno de los enfermeros, que me cuenta detalles, pero no hay avances.

¿Y pusiste esa historia en el reportaje?

Sí, terminaba con ella.

Qué mierda, vuelve a decir Torres Leiva.

Pero después vino lo otro, y por eso necesito tu ayuda, dice García. Mira, escúchame. Es difícil explicarlo, pero pasó algo muy extraño.

¿Qué cosa?

Me contactó una mujer, me llamó por teléfono porque quería saber sobre esta señora: dijo ser su hija. Me contó que no hablaba hace años con ella.

Ah, pero entonces la señora tiene más hijos.

No, ese es el problema.

¿Cómo?

Tiene una hija, no más. La que desapareció.

Torres Leiva lo queda mirando fijamente.

Me dijo que vivía en Aysén y que necesitaba conversar conmigo, pero que no tenía plata para viajar a Santiago.

No entiendo.

Eso. Yo le compré un pasaje, vino a Santiago y nos juntamos. Va a quedar la cagada.

¿Pero qué te dijo?

Me dijo que todo es mentira, dice García y agarra su manuscrito: que todo esto es mentira.

Se conocen en el aeropuerto, pocos minutos antes de subirse a un avión que los llevará a Iquique. García los presenta, se saludan, no hablan nada más. Ella viste unos *jeans* que le quedan levemente sueltos, el pelo es largo, ondulado, tiene lentes, zapatillas, una polera que también le queda levemente suelta.

Esperan sentados. Torres Leiva piensa en por qué habrá elegido el nombre Camila. Por los altoparlantes una azafata llama a los pasajeros del vuelo 736 con destino a Iquique. La mira de reojo, intenta reconocer las facciones, imagina cómo habrá sido con doce, trece, catorce años.

Se van sentados en la misma fila del avión. El único que habla es García, da indicaciones, les explica el itinerario que tendrán en esos días que van a pasar entre Iquique y Alto Hospicio.

Torres Leiva quisiera hacerle muchas preguntas, pero no se atreve. García le contó la historia, le dio detalles, le explicó que es difícil de creer todo, que hay

demasiados cabos sueltos, pero a él le dan lo mismo. Él se guía por la intuición, le dijo, y apenas la conoció tuvo la certeza de que ella no mentía. Podía ser cierto: una mañana salió de su casa rumbo al liceo y no volvió nunca más. Iba atrasada, se encontró en el camino con un taxi pirata y no dudó en subirse. El hombre, de hecho, le ofreció llevarla gratis. Iba todo bien. Llegaría a la hora al liceo, pero en un momento el hombre se desvió del camino para internarse en el desierto. Sacó un cuchillo, la amenazó: si se intentaba bajar, la mataba. Era así de simple. Viajaron unos kilómetros por un camino de tierra. Se detuvieron un momento. El hombre la violó y luego la golpeó en la cabeza hasta dejarla inconsciente. Todo fue rápido. Iba a despertar unas horas después en el sótano de una casa. Pasó varios días ahí hasta que unos hombres la doparon y la sacaron del país. Primero estuvo en Tacna, luego en Santa Cruz, Bolivia, después regresó a Perú y se quedó ahí por una cantidad de años que aún hoy le cuesta calcular. Porque en un momento perdió el sentido del tiempo. Pasaba encerrada en casas donde la obligaban a acostarse con distintos hombres. Trabajó en varios prostíbulos. Vivió profundamente drogada todos esos años, fuera del mundo, Aprendió que eso era lo mejor: dejar que los días pasaran sin darse cuenta. No saber dónde estaba ni quiénes eran los hombres que aparecían en las distintas piezas en las que debía esperarlos y satisfacer sus necesidades. Dejar que la usaran. Pasó años comprendiendo que no iba a haber otra vida fuera de esas casas grandes que recorrió en todo ese tiempo. Casas antiguas, llenas de habitaciones en las que había otras niñas iguales a ella. Casas como pequeños y oscuros laberintos que hoy no sería capaz de describir, le dijo a García, porque borró de su cabeza todos esos años. Hay un vacío, le dijo, una muralla blanca que es imposible derribar. Pero eran casas grandes, siempre con sótanos en los que las mantenían a todas juntas. Niñas peruanas, bolivianas, argentinas, chilenas. Niñas que pasaban de una casa a otra, que crecían en esos lugares, que aceptaban que aquello iba a ser su vida. No había otra posibilidad. Las que tenían suerte partían a Europa o a Estados Unidos. Ese era el futuro que le esperaba a algunas, a las elegidas. Las otras vivían ahí hasta que ya no servían para el trabajo.

Entonces vino ese temblor fuerte que se convirtió en terremoto. Vino ese movimiento que las encontró en uno de los prostíbulos, un movimiento que empezó a romper vidrios y a sacudir con fuerza esa casa que en cualquier momento se iba a derrumbar, entre los gritos y la desesperación, las luces que explotaban en la calle y los hombres que arrancaron del lugar.

Ella no lo dudó: mientras la tierra se movía arrancó de la casa. Era agosto de 2007. Estaban en las afueras de Lima, en un pueblo que se derrumbó casi por completo. Corrió y corrió sin mirar hacia atrás. Corrió hasta llegar a una carretera. Hizo dedo. Y fue recorriendo distintos pueblos hasta que consiguió volver a Chile, pero con otra identidad, con otro nombre.

No me explicó cómo entró, le dijo García, pero cruzó la frontera y decidió empezar otra vida muy lejos de Alto Hospicio. Tenía miedo de que la buscaran, así

que se fue, al otro extremo de Chile, a Puerto Aysén, cerca de la Patagonia, donde llueve todo el año, un par de calles, un puente que cruza el río que divide a la ciudad, un lugar en el que nadie la podía reconocer.

Empezó una vida ahí, en ese pueblo con olor a leña y personas silenciosas que la recibieron sin preguntar nada. Trabajó primero atendiendo un local de comida, luego en el supermercado, después como recepcionista de un hotel hasta que llegó a trabajar como secretaria de una de las radios comunales de Aysén. Hoy le arrienda una pieza al dueño de la radio y con lo poco que le sobra del sueldo consigue vivir sin mayores apuros. Sabe que algún día tendrá que irse de ahí a probar suerte a otro lugar, pero no quiere moverse todavía. Le gusta estar rodeada de la naturaleza, de ese río y esos árboles, y la lluvia y el viento y la nieve, todavía no cree que sea real eso: despertar, salir de la casa y ver todo el pueblo cubierto de nieve.

No tiene pareja, no tiene hijos, no tiene nada, le dijo García a Torres Leiva ese día que le contó toda la historia en el Tavelli. No hubo preguntas.

García le ofreció el dinero suficiente como para que dejara de trabajar un buen tiempo sacando fotos de matrimonios y bautizos. Quería dejar de hacerlo desde hacía mucho tiempo, pero no podía dejar de enviarle dinero a Matías. Era lo único que lo obligaba a salir de esa casa en la que vivía junto a su tía, en La Cisterna.

García le pidió que lo acompañara a Iquique. Camila iba a viajar con él a ver a su madre al hospital. Él pagaría el viaje, y a cambio ella le iba a dejar contar toda la historia. Todo. Iba a proteger su identidad en la entrevista que publicaría en la revista donde colaboraba y después todo aparecería en su libro. En el libro revelaría su nombre e iban a estar las fotos de ella. Esas que tenía que sacar Torres Leiva.

Por eso te necesito, le dijo García, hay que dejar registro de todo. Tenemos que cuidarnos. Yo sé que Dios nos va a proteger, pero nunca se sabe.

El avión empieza a descender al aeropuerto de Iquique.

García duerme, mientras Torres Leiva hojea un libro. No ha sido capaz de concentrarse, no ha leído ninguna página completa, pero ha disimulado de manera perfecta.

Camila mira por la ventana mientras van descendiendo.

Abajo, las playas desiertas.

Abajo, el mar.

Tú no sabes lo que es haber crecido acá, dice García, mira ese cerro, siempre estaba ese cerro ahí, grande, como tapando la vista del porvenir. Una cosa horrorosa.

Están afuera del hospital de Iquique. Tras él, a lo lejos, se ve ese cerro donde alguna vez hubo un reloj que daba la hora en formato digital. Ahora no hay nada.

Salieron a comprar algo para tomar. Adentro, Camila está junto a su madre. García la llevó hasta la habitación. Le dijo que estuviera tranquila, que nadie visitaba a su madre así que no había problema. Camila no se saca los lentes de sol. Ni siquiera

cuando entró al hospital. Ahí está ahora, junto a su madre, en silencio.

Mañana van a ir al cementerio donde está su tumba, al día siguiente piensan visitar en auto La Negra, pasar por afuera de la casa donde creció, recorrer esas calles, el Pedro Prado, y luego ir a esa última casa donde dice ella que estuvo antes de partir a Tacna. García quiere que recorran todos esos lugares, los días que sea necesario; quiere reconstruir aquella historia y que Torres Leiva los acompañe en todo momento. El registro es lo importante, que no se escape nada.

Esperan a Camila en la entrada del hospital, García fuma un cigarro. En cualquier minuto aparecerá algún guardia y le preguntará si no vio acaso los carteles que dicen «No fumar», pero aún no ocurre eso. Fuma. Un cigarro, y antes de que se termine enciende otro. Con la misma colilla enciende el otro.

Crecimos sabiendo que ese cerro se nos iba a venir encima, dice García, o que se iba a salir el mar. Ustedes no tienen idea cómo es crecer sabiendo eso.

Torres Leiva mueve los hombros. Están esperando que vuelva Camila. Le quiere preguntar antes de que regrese, pero no se atreve. Sabe que no está. No, mejor no. Para qué.

Pero lo hace.

¿Y si todo es mentira?

¿Qué cosa es mentira?

Lo que te contó ella: Tacna, el terremoto, Aysén, no sé. ¿Cómo te escapas de un lugar así?

No, no, estoy seguro de que es verdad. Necesito que lo sea. No hables huevadas, ¿vale?

Pero es que...

No, para, en serio. Si vas a seguir dudando, mejor pesca tus cosas y vuelve a Santiago. Yo no necesito esto.

¿Pero no te parece todo muy raro?

Escúchame, huevón, dice García con el cigarro en la boca, era más raro que cerraran el caso con un culpable. Tú estabas ahí, ¿no te acuerdas? ¿Cómo era posible que ese pobre huevón matara a todas esas mujeres durante tantos años sin que nadie supiera? ¿Ah?

Sí, si yo sé eso.

¿Y entonces? ¿Para qué preguntas?

No sé.

García se saca el cigarro de la boca y lo bota al piso. Se queda un rato en silencio. El horario de visitas ya se acabó, pero aún no aparece Camila.

García le dice que tienen que creerle. Ha soñado todos los días con el momento en que publique la entrevista y explote todo. De hecho, ya empezó a hacer las gestiones para entrevistar a Paz Solís en Colina I. Lo visitó hace unas semanas. No pudieron hablar, pero se vieron, lo vio García en su celda, rodeado de tortugas de greda, porque a eso dedica su tiempo libre: hace figuras de greda con forma de

tortugas: grandes, chicas, medianas. Después las vende y hace más. García lo vio ahí, rodeado de esas tortugas, y luego se fue. Las gestiones para la entrevista están avanzadas. Quiere que reabran el caso. Sabe que lo van a invitar a todos los programas de televisión para contar cómo logró encontrar a Camila. Quiere salir del anonimato. Quiere que el libro se venda muchísimo. Por eso necesita terminar de escribir lo antes posible. Ya conversó con varias editoriales.

No nos puede ir mal, le dice García mientras enciende otro cigarro, pero no va a alcanzar a fumarlo por completo: aparece Camila y le dice algo que no alcanza a escuchar Torres Leiva. Se alejan un poco de él. Conversan. Ella se pone a llorar y él intenta abrazarla. Camila lo empuja. García se vuelve a acercar, pero ella se va. Cruza la calle y toma un colectivo. García se queda solo, mirando cómo se aleja en el auto.

Torres Leiva se acerca y le pregunta qué pasó. Nada, son muchas cosas, dice.

¿Y qué viene ahora?

¿Cómo?

Que adónde vamos.

No sé.

El cementerio está a un costado del cerro. El pasaje se llama Las Hortensias. Al fondo está el mausoleo lleno de flores, pintado de color rosado. Cuando llegan con García, hay dos hombres sentados frente a las fotos de las niñas. Pasen, pasen, les dicen y ellos se sientan. En una bolsa esconden unas latas de cerveza. Están en silencio, todos. García lleva una libreta y un lápiz. Torres Leiva aún no saca la cámara. Los hombres empiezan a hablar, les preguntan si son familiares de las niñas. García y Torres Leiva dicen que no. Yo soy el papá de una de ellas, dice el hombre que tiene barba, el otro dice que es el padrino. Hablan y beben, hablan sobre una de las niñas, sobre Amanda. El papá dice que la echa de menos, pero que sabe que ella lo cuida desde el cielo. Vienen a verla siempre con su compadre.

Es difícil vivir con este dolor tan grande, dice. Nosotros siempre venimos a limpiarles las cosas a las niñitas, dice el padrino.

García, entonces, empieza a hacerles preguntas. Ellos beben y responden, alegres. Torres Leiva saca la cámara y los fotografía. A ellos y al lugar: los peluches, los cuadernos, los globos, las flores, las placas donde están escritos los nombres de cada una de las niñas, las muñecas, los cuadernos llenos de agradecimientos, las flores nuevas que alguien ha dejado hace poco, relucientes, vivas. Están en eso cuando llega una mujer mayor junto a una niña. Los queda mirando a los cuatro. Tiene en su mano una bolsa y una escoba. No los saluda. Empieza a limpiar el lugar. Le dice a la niña que vaya a buscar agua. Uno de los hombres le habla y ella no responde. García la reconoce: es la abuela de Francisca. Se lo dice a Torres Leiva y le pide que le tome fotos mientras limpia el lugar.

Esta vieja siempre anda enojada, dice uno de los hombres.

Torres Leiva toma la cámara y la mira con atención. No han pasado diez años: han pasado veinte, treinta.

Ustedes vienen a puro tomar acá, les dice ella.

Pero si venimos a ver a la hija de mi compadre, responde el padrino.

Qué hija de tu compadre, viejo asqueroso.

Cómo que viejo asqueroso, dice el otro hombre y se pone de pie.

La señora no responde nada. A García le empieza a sonar su celular, se levanta. Torres Leiva se queda ahí, junto a los hombres. Baja la cámara. A ellos se les empiezan a enredar las palabras. El que está de pie le dice a la señora que no se enoje, que ellos siempre vienen a cuidar a las niñas. Ella prefiere guardar silencio, limpia con un trapo los floreros y los peluches.

Hay que irse, compañero, dice el padrino. Agarra la bolsa negra con las latas de cerveza y empieza a caminar. El otro hombre lo sigue. Se despiden de Torres Leiva y se alejan.

García sigue hablando por teléfono. La mujer continúa limpiando. Ahora le echa agua a las flores y le pide a la niña que la ayude a barrer. Torres Leiva quisiera fotografiarlas, pero se contiene. Quisiera retratarlas a las dos ahí en el mausoleo. Sin embargo, se pone de pie y se aleja. Avanza por el pasillo hacia el lado contrario del mausoleo. Mira los nichos. Se encuentra, en un momento, con el de los obreros que murieron en la explosión de la fábrica de bombas de racimo, en los 80, en Alto Hospicio. Enciende su cámara y dispara: los floreros vacíos, la placa en la que aparecen los nombres completos de los veintinueve obreros.

Sigue recorriendo el cementerio. García le cuenta que esa señora no quiso aparecer en la entrevista. Que logró contactarla a través de otra abuela de las niñas, pero que no quiso reunirse con él. Que las dejara tranquilas, le dijo por teléfono y le colgó.

Esperan a que ella se vaya para volver al mausoleo. Atardece. Torres Leiva vuelve a disparar: el retrato de esas flores y de los peluches, los cuadernos, las mandas y los agradecimientos que le han escrito a las niñas durante todos estos años. Hacen hora, esperan a que llegue Camila. Vuelven a recorrer el lugar. Ella aparece unos minutos antes de que cierren el cementerio. Se encuentran los tres en el pasaje Las Hortensias. Ella mira hacia el fondo, donde está el mausoleo. Empieza a caminar. García le dice a Torres Leiva que la fotografíe. Él le hace caso. Ella camina rápido, revisa el lugar, mira su nombre en una de las placas. García le hace preguntas que ella no responde. Torres Leiva dispara: sus manos, sus ojos, su cara, todo, dispara todo lo que puede hasta que ella dice que es suficiente. Torres Leiva sigue disparando y ella se da media vuelta y le tapa la cámara con una de sus manos. La última fotografía que saca ese día es esa: la mano tapando el lente de la cámara.

El último matrimonio que le tocó fotografiar a Torres Leiva fue en una iglesia a la

orilla de un lago, cerca de Llolleo. Era una pareja muy joven, no debían de tener más de veinticinco años. La misa fue poco antes del atardecer. Luego, la fiesta sería en una casa de Santo Domingo, frente al mar, pero ahora mira las fotografías que le tomó a la pareja junto al lago, afuera de la iglesia. Se queda un rato mirándolas, una iglesia de madera, pequeña, no más de treinta personas, los amigos de los novios, los padres, el sacerdote casi tan joven como ellos. Se queda pegado en una imagen: los dos sonrían, pero tienen los ojos cerrados. Atrás, el cielo está rojo, tal vez medio anaranjado, algunas nubes, el lago.

Aún no puede creer que se los haya encontrado a la salida del cementerio. Habían ido a visitar a la abuela del novio. Lo saludaron, pero no hablaron mucho más.

Ahora, acostado en la pieza del hotel, revisa las fotos y los recuerda en esa iglesia, en ese lago. Revisa también las fotos que le tomó a Camila en el cementerio. Poco antes de que ella llegara, García le preguntó si siguió teniendo contacto con Ana. La pregunta lo tomó de sorpresa.

Yo la vi hace poco, le dijo García pero él prefirió no escucharlo. Por suerte llegó Camila y la conversación quedó en el aire. Cuando llegaron al hotel, no le dio tiempo a García para que volviera a preguntarle: entró rápido al hotel, subió a su pieza, se duchó y ahora está acostado, viendo las últimas fotos que tiene guardadas en su cámara.

Cuando se fue de Iquique, hace unos años, logró llevarse en discos todas las fotos que había sacado en ese tiempo. También las que alcanzó a revelar, pero entre mudanza y mudanza las perdió.

No queda, entonces, registro de esos años. Las fotografías que consiguió García eran las que estaban guardadas en el diario. Pero él no tiene ninguna copia. Ahora piensa en esas imágenes, en todas esas fotos que les tomó a Ana y a Leonor. Había una en la que aparecían los tres abrazados en el sillón del departamento. Él salía levemente desenfocado, pero ellas estaban felices, riéndose.

Un día, hace unos meses, creyó verlas caminando por un parque de Santiago. Fue una imagen rápida que pasó frente a él: Ana y Leonor —ya convertida en una adolescente— junto a una niña que iba tomada de las manos de ambas. Pensó en acercarse, pero no tenía sentido.

Ahora apaga la cámara y duerme un rato. Despierta unas horas después, cuando ya es de noche. Necesita tomar aire, le duele un poco la cabeza. Sale a caminar por la playa. No hay mucha gente en las calles. Se sorprende de que ya no haya ese olor a podrido de las pesqueras. Piensa, por un segundo, que es imposible que se haya acabado, que seguramente es una cosa del azar.

Camina por la calle Baquedano, que ahora es un paseo peatonal. En el camino aprovecha de llamar a Matías para preguntarle cómo le fue en una prueba de matemáticas, pero no pueden conversar mucho: él está comiendo con sus hermanos. De todas formas parece que le fue bien, aunque le faltó responder una pregunta: no supo cómo resolver una ecuación de segundo grado, que en realidad ninguno de sus

compañeros fue capaz de resolver.

Avanza por Cavancha. Ahora los edificios son más altos y por todos lados hay señaléticas enormes, verdes, con una ola y la palabra tsunami. Llega hasta el casino. Nunca ha entrado, ni siquiera cuando vivió en la ciudad. Ahora piensa en la posibilidad de jugarse los quince mil pesos que lleva en su billetera. Se imagina apostándolos en el póquer, quizás, y ganando esa primera partida, y luego la siguiente y la siguiente hasta tener el dinero necesario como para comprar un pasaje, regresar a Santiago, a la casa de su tía, y poder vivir tan tranquilo como va a vivir cuando le pague García. No es difícil, piensa. Todos los días, un hombre o una mujer se detiene en la entrada del casino y piensa en cómo cambiaría su vida si lograra ganar un par de juegos. Todos los días, un hombre o una mujer decide entrar y apostar. Y a veces ese hombre o esa mujer gana, y su vida cambia para siempre. Todos los días, también, ese hombre o esa mujer de pie, frente al casino, decide no entrar y sigue con su vida.

Torres Leiva se queda detenido un rato, quizá demasiado largo, frente a la entrada. Se escuchan desde ahí las olas. Mira su celular: son pasadas las diez de la noche. Vuelve a pensar que tiene quince mil pesos en su billetera.

Entra.

Van arriba de una micro rumbo a Alto Hospicio. Se supone que irían en auto, pero Camila dijo que no. Iba a ser muy evidente, mejor caminar por las calles de La Negra. Cuando fueran a los otros lugares, dijo, necesitarían el auto, pero ese viaje había que hacerlo así, arriba de una micro.

Se bajan un poco antes de la pasarela que une las dos partes de Alto Hospicio. Hay en ese lugar de la carretera, cuando se empiezan a ver las primeras casas de la ciudad, un monolito en conmemoración de las niñas, con placas que llevan sus nombres. García le pide a Torres Leiva que le saque fotos. Camila no se acerca. La Negra queda lejos de ahí, pero ella quiere recorrer antes el centro, las nuevas calles, ver el supermercado Unimarc, las farmacias, el pequeño centro comercial que están construyendo, darse cuenta de que ya no existe su liceo, o que, mejor dicho, cambió el nombre por un número. Se les va la mañana en eso, en descubrir por primera vez la ciudad. En reencontrarse con esas personas que no los reconocen: ni a ellos, que pasaron tanto tiempo deambulando por esas calles, ni a ella, que era una niña cuando desapareció.

Pasado el mediodía toman otra micro y llegan a La Negra. Torres Leiva guarda su cámara en una mochila. Caminan rápido por esos pasajes donde creció Camila. No pueden detenerse. Avanzan. Torres Leiva empieza a recordar el lugar. Las calles están ahora pavimentadas, casi todos las casas tienen segundo piso y un auto frente a sus puertas. Ella mira una casa y dice, en voz baja, el nombre de la niña que vivió ahí. Lo volverá a hacer dos, tres, cuatro veces. Cuando llegan a la casa de Ximena, no dice nada. García le pide a Torres Leiva que saque la cámara, porque parece que están

llegando al lugar donde vivió Camila. Necesitan esa foto: Camila afuera de su casa. Camila de espaldas a ellos, observando el lugar donde creció. Torres Leiva saca la cámara. La casa está desocupada, afuera un auto sin neumáticos, lleno de tierra. Torres Leiva dispara las veces que puede hasta que ella se da cuenta y le dice que guarde la cámara, que no sea imbécil, que los van a pillar. Llama a García a un lado y discuten. Torres Leiva no sabe de qué hablan, pero ve que él le hace caso a ella: finalmente vuelven al centro de Alto Hospicio. Camila no habla, no quiere comer, quiere regresar a Iquique. Quiere ir de nuevo al hospital y quedarse toda la tarde en la habitación de su madre, acompañándola. Pero el trato era que debían recorrer juntos Alto Hospicio y ella lo cumple. Llegan a un local de sándwiches y se sientan a almorzar. Camila no pide nada. García está comiéndose un completo cuando suena su celular. Se levanta y se aleja, habla. Ellos siguen sentados a la mesa, en silencio. Cuando él vuelve les dice que tiene que regresar a Iquique, que hay un pequeño problema, pero ya lo va a solucionar. Que por favor sigan con lo planificado: ir a un lugar especial de Alto Hospicio para que Torres Leiva haga un par de retratos de Camila. Es importante que apenas terminen de tomar las fotos vuelvan al hotel para ir al hospital.

Nos vemos allá, dice. Se va rápido. Ellos se quedan ahí. Él come y ella mira el celular que le pasó García. Después de un rato le pregunta si ya sabe adónde va a tomar las fotos. Torres Leiva había pensado en la carretera o en la pasarela o, simplemente, en algún lugar donde se vea el desierto. Pero ella le dice que hay una plaza, no tan lejos, un pequeño parque con juegos para niños, cerca de un mirador que da hacia Iquique, hacia el mar. Torres Leiva se acuerda de haber estado ahí junto a Ana y Leonor. Les tomó muchas fotos juntas, columpiándose: Leonor tomaba más vuelo que Ana, e intentaba llegar al cielo con su impulso. La cámara digital le permitía sacar todas las fotografías que quería, una secuencia infinita donde ellas se columpiaban sin parar. Se queda un rato —son solo unos segundos— pensando en esa tarde, en esas fotos. Entonces no le cuesta imaginar el retrato que le hará a Camila. Le dice que conoce esa plaza, que está muy bien.

Termina de comer su sándwich y se van caminando; no es tan lejos ni tan cerca, como todo en ese lugar, aunque el sol pega fuerte a esa hora.

En la plaza no hay nadie. Los juegos parecen nuevos, como si nunca los hubieran usado. Si uno avanza un poco hacia el mirador, se puede ver Iquique, el cerro Dragón, el estadio, el mar.

Lo vio muchas veces desde ahí. Se acuerda de una foto que le tomó a Ana, con la ciudad de fondo, poco antes de que atardeciera: el mar de color naranja y ella con los ojos muy abiertos, esa pequeña mancha al lado de la pupila, el cielo celeste, abierto.

Torres Leiva le pide a Camila que se pare junto a los columpios. Busca un lente dentro de su mochila, se lo pone a la cámara, dispara. Dispara una, dos, tres veces. Revisa las fotos: revisa la luz, los detalles. No se ve el mar, pero atrás está el cielo. Camila no sonrío, tampoco mira hacia la cámara. Ahora dos niños juegan en el

resbalín. Torres Leiva los mira un momento, parece que están solos. Vuelve a concentrarse y dispara: cuatro, cinco, seis, siete veces. Y empieza a temblar. Los columpios se mueven, la madera que los sostiene, el resbalín, los demás juegos, todo se mueve lentamente. Al principio no se dan cuenta hasta que el sonido de las cadenas de los columpios lo envuelve todo. Los niños se ponen a gritar. Es el ruido de la tierra y los gritos, la madera que cruje y el movimiento que se transforma en otra cosa, mucho más fuerte. Camila se queda inmóvil. Él la agarra de un brazo y se alejan de ahí, pero no logran sostenerse de pie, se tambalean. Torres Leiva la abraza con fuerza y mira cómo se mueven los postes de luz, escucha el ruido de las sirenas de los autos, el aullido de los perros, las personas que salen de sus casas y corren, gritan.

Esto no se termina nunca, piensa Torres Leiva, y Camila empieza a llorar, se escuchan más gritos a lo lejos, el ruido de la tierra retumba, miles de pies golpeando la tierra, el polvo, desde ahí se ve cómo el polvo empieza a cubrir la ciudad, todo se mueve, están sobre el pasto, lejos, en un lugar donde nada podría caerles encima, pero Camila tiembla y a él le empiezan a sudar las manos, pero no la suelta, no lo hará hasta que el movimiento se calme, hasta que la tierra deja de moverse.

No sabe dónde están los niños.

Ella tiembla, llora. Es un sollozo hacia adentro, como si en algún momento se fuera a quedar sin aire. Torres Leiva la abraza lo más fuerte que puede.

Ya pasó, le dice él, pero ella no lo escucha. Ella está en otra parte, muy lejos, piensa él: es la carretera, los autos y ella haciendo dedo. Es el miedo y la noche, el frío. Va arriba de un auto atravesando el desierto, no se detiene. Es el sur y la lluvia, la vida nueva. Está en ese lugar, escondida; él la abraza con fuerza y le dice que ya pasó, que esté tranquila, que vuelva, pero ella no quiere regresar y llora.

Torres Leiva le dice que se sienten en el pasto y ella le hace caso. Se cubre la cara con sus manos, tiembla. Él también quiere irse, pero no puede, no debe. Mira el celular de ella, no hay señal. Mira su celular: tampoco. Ella deja de llorar y vuelve, después de mucho rato vuelve y le dice que tienen que regresar a Iquique, rápido, que su mamá, que necesita saber cómo está su mamá. Se pone de pie y corre hacia el centro, hacia la carretera. Él la ve alejarse, entre el polvo, que está suspendido, cubriendo todo el lugar. Siente el sabor de la tierra en su boca. Lo siente. La ciudad parece esconderse detrás de esa polvareda, como si quisiera desaparecer. La gente sale de sus casas, quizás adonde van, piensa. Sabe que debería seguir a Camila, correr tras ella, pero se queda ahí, sentado en el pasto. Cierra los ojos, aún siente como si la tierra se estuviera moviendo. Recuerda que dejó tirada la cámara en los juegos. Se levanta y la va a buscar. Desde ahí ya no logra ver a Camila, quien desaparece entre medio de las casas de colores, el cielo celeste, abierto, la tierra, más allá la carretera y el desierto.

Torres Leiva toma la cámara, avanza hacia el mirador y se queda detenido: observa la ciudad, observa cómo el mar empieza a recogerse.